Narrativa Cardinal Argentina

4. PROVINCIA DE BUENOS AIRES
CIUDAD DE BUENOS AIRES

CUENTOS AL SUR DEL MUNDO

Narrativa Cardinal Argentina

4. PROVINCIA DE BUENOS AIRES
CIUDAD DE BUENOS AIRES

CUENTOS AL SUR DEL MUNDO

Presidenta de la Nación
Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Ministro de Educación
Prof. Alberto Sileoni

Jefe de Gabinete de Asesores
Lic. Jaime Perczyk

Secretaria de Educación
Prof. María Inés Abrile de Vollmer

Secretario del Consejo Federal de Educación
Prof. Domingo De Cara

Directora del Plan nacional de Lectura
Margarita Eggers Lan

Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Canciller Héctor Marcos Timerman

Jefe de Gabinete
Embajador Antonio Gustavo Trombetta

Presidenta del Comité Organizador Frankfurt 2010
Embajadora Magdalena Faillace

Selección, edición y diseño
Plan Nacional de Lectura

Selección
Graciela Bialet, Ángela Pradelli, Natalia Porta, Silvia Contín y Margarita Eggers Lan

Corrección
Marta Guyot

Diseño gráfico
Juan Salvador de Tullio
Mariana Monteserin
Elizabeth Sánchez
Natalia Volpe
Ramiro Reyes
Paula Salvatierra

Textos seleccionados por la coordinadora de esta región Ángela Pradelli.
Contacto: planlectura@me.gov.ar
plecturamarga@gmail.com

PRÓLOGO

Cuentos al sur del mundo conforman una antología que pretende "leer" a nuestra Argentina de la cabeza a los pies. En un país cuyas identidades culturales son tan diversas como cada una de las regiones y provincias que la componen, esta pequeña selección quiere mostrar una pincelada de las valiosas producciones que construyen nuestra Narrativa Cardinal Argentina.

El Plan Nacional de Lectura extiende los brazos más allá de sus límites naturales para mostrar al mundo la riqueza de sus palabras y provocar en quienes tengan la oportunidad de recorrer estas páginas la pasión por la buena lectura, por la que trabaja a diario en todos los rincones de la patria.

Esperamos que estos cuentos, seleccionados por cada una de las coordinadoras del Plan Nacional, conozcan nuevos ojos para seguir asombrando al mundo.

Plan Nacional de Lectura
Ministerio de Educación de la Nación Argentina

ÍNDICE

Capítulo Primero
Miguel Briante
Pág. 9

El Laucha Benítez cantaba boleros
Ricardo Piglia
Pág. 13

El padre
Antonio Dal Masetto
Pág. 22

La piel del agua
Ema Wolf
Pág. 26

Islas
Ema Wolf
Pág. 28

El día robado
Ema Wolf
Pág. 29

El arte del espectáculo
Jorge Di Paola
Pág. 33

Arena
Guillermo Saccomanno
Pág. 41

El eucalipto
Ángela Pradelli
Pág. 44

Timote
Ángela Pradelli
Pág. 45

La pasión según San Martín
Mario Goloboff
Pág. 48

El traje con dos pantalones
Hebe Uhart
Pág. 54

Nadar de noche
Juan Forn
Pág. 57

Los que volvieron
Esther Cross
Pág. 64

Cuando hablábamos con los muertos
Mariana Enríquez
Pág. 69

Otras fotos de mamá
Félix Bruzzone
Pág. 77

El cantar de los abuelos
Vicente Battista
Pág. 83

Moisés
Soledad Barruti
Pág. 87

Cientos de mails
Ariel Bermani
Pág. 92

Todo por dos pesos
Pablo Toledo
Pág. 97

PROVINCIA DE
BUENOS AIRES

Capítulo primero

Miguel Briante

A Jorge Cedrón

No había esperanzas: lo dijo mi abuela, mientras comíamos. Mi tío se limitó a mover la cabeza, en un gesto ambiguo, casi torpe. El efecto de esas palabras iba a resucitar recién al rato, en un sollozo de mi tía. Intentó disimularlo con otro ruido semejante, que salió de su nariz; hasta usó el pañuelo. Pero fue inútil: yo advertí que luchaba por no llevárselo a los ojos. En ese momento hubiera necesitado saber qué pensaban. En el patio, de pronto, las escenas volvieron, una a una, mientras mi tío, al pasar, me acariciaba. Traté de apartarlas, retrocediendo hasta el lugar donde se amontonaba mi rabia. Sobre todo, me enfurecía que no se animaran a decírmelo, y anduvieran con palabras o gestos raros, como cuando jugaban a las barajas. Tu papá –había dicho la abuela– está muy mal. Pero nada más. Nadie me decía por qué ahora pasaba todo el tiempo con ellos. O por qué a cada rato volvían las escenas: papá que tardaba en llegar; mamá, diciéndome: Vamos a buscar a tu padre. Pero no, no era así. Dijo: Andá a buscar a tu padre. Era la una de la tarde, en verano. Nadie, por la calle. El pueblo, a esa hora, estaba siempre quieto: seguía así hasta las cuatro. Antes, estaba ese pequeño mundo de la siesta: la payana en el umbral del negocio, los viajes en el carro de Don Juan, o las charlas en el vagón del ferrocarril sobre la vía muerta. Caminé dos cuadras: en el bar, tras la vidriera, vi a papá, tumbado sobre una mesa. Entré. Papá –dije–, vamos. Le toqué el hombro. Más allá de la mesa, no había nadie. El dueño quería cerrar. Llevátelo de una vez, estaba diciendo, con la mirada. Vamos, repetí. Entonces, papá levantó la cabeza. Nunca supe cómo, por qué, pero en los ojos había algo, una especie de señal, o de aviso. Miraban con una intensidad distinta, tan distinta que yo sentí miedo. No –dijo con voz decidida, una voz que nunca usaba al hablarme–, no, dejame, no voy. Y me rechazaba con la mano, con los mismos ojos que volvían a ocultarse, mientras se derrumbaba sobre la mesa, hundiendo la cara entre las manos.

—Qué tenés —me preguntaron—, nene, qué tenés. Había vuelto a entrar en la cocina: lavaban los platos. Tuve ganas de contarles todo: sentí que enrojecía rápidamente, que estaba a punto de llorar. Salí: caminaba hacia la quinta, mientras recordaba cómo, después de haber sacudido una vez más a papá, éste había repetido que lo dejara, mientras Don Pedro decía, saliendo de atrás del mostrador: Está bien, Vicente, es hora de comer, hacele caso al pibe, andate. Y eso también me había dado rabia: que ese hombre le volviera a decir Vicente andate, y lo agarrara por los hombros, como mamá hacía conmigo, y lo arrastrara hasta la puerta. Rabia, que papá no se parara solo y le dijera que se iba porque quería, que no necesitaban arrastrarlo. Pero solo murmuraba palabras incomprensibles. Después, papá se dejó resbalar hasta el suelo, apretando la espalda contra la pared. Y yo sentí un dolor extraño, en algún lugar de mi cuerpo. Pero no el mismo dolor de siempre, no esa especie de vergüenza que soportaba todos los mediodías, cuando lo ayudaba a volver a casa. Lo demás –el pueblo, la gente en la ventana– no existía, se iba borrando hasta quedar nada más que yo, ahí, sobre papá, que era un ovillo desarmado, en el suelo. Tenía miedo y buscaba, sin saber por qué, sus ojos.

Y ahora, para colmo, eso: tres días en casa de la abuela, sin ver a papá. Mamá había venido una sola vez. Además, en la mesa, todos estaban serios: cuando hablaban, era para decir cosas que nunca entendí del todo. Y me miraban, todo el tiempo me miraban. Después, mi abuela y mi tío me hablaban suavemente, me decían: Mañana vas a ir a casa; me decían: Andá a jugar a la quinta. Pero de papá, nada. Como si no existiera, como si no me acordara de que tres días antes yo estaba repitiendo: Vamos, papá. Y él contestaba: No, Pablo, andá a casa, dejame. Andá con mamá, a casa. Y yo decía: Vos también tenés que venir a casa, la comida está lista y mamá está esperando. Y lloraba. Como lloraba, también, al volver, solo, y después, cuando veníamos con mamá y lo vimos, de lejos, acercarse tambaleante, apoyándose en las paredes y haciéndonos señas con las manos: un ademán grotesco para señalar que lo esperáramos. Pero seguimos caminando, corriendo cuando lo vimos derrumbarse en mitad del asfalto, al cruzar la primera calle. Tenía sangre en las manos cuando lo levantamos. Quise decir algo; mamá tenía la misma cara apagada de siempre, solo un temblor en los labios y apenas los ojos un poco más abiertos, un poco más asustados. Pero no hablaba. En el umbral de casa papá había vuelto a caerse. Se quedó ahí: hablando. Al bajar los ojos, encontré los de mamá: sus dos rostros unidos, casi debajo mío, tenían una mueca parecida, casi idéntica. El mismo gesto: volvía a tener miedo y ese dolor inexplicable, en algún lugar de mi cuerpo. La mirada de papá era la misma que había visto antes, en el bar. Y ahí estaba, otra vez, esa sensación extraña.

Caminaba por la quinta. Tenía ganas de contarle todo eso a alguien, en voz alta. Decirle que mamá me mandó a comer: la mesa estaba detrás del negocio, oculta por un tabique. La comida se había enfriado y el ruido de los cubiertos, cada vez más lento, más apagado por mi propia angustia, tenía algo de triste: como a la noche, cuando sonaban las campanas de la iglesia. Lentamente, todo iba achatándose, reduciéndose al silencio. Las cosas habían resuelto inventar una nueva calma. Me sentí flotar, envuelto en una capa transparente que no dejaba pasar ningún ruido, como en los sueños. Y de pronto sucedió eso: mamá dijo –y su voz fue repentina, como un latigazo solo atenuado por la distancia–: Vicente, por qué tomás. Y enseguida, como si comprendiese que era demasiado dura, agregó en tono dulce otras palabras. Pero ya estaba hecho: papá había estallado y pude adivinar que intentaba pararse. Mientras, gritaba que lo dejara tranquilo y yo sentía, detrás del tabique, cómo ella trataba de calmarlo; imaginaba la lucha que estaban entablando en la puerta del negocio, mientras los gritos crecían, los insultos roncos, las voces que no hubiese querido escuchar. Y presionaba sobre mis orejas con los dedos, continuamente, hasta que llegó un ruido más fuerte que los otros. Cuando aparecí, papá estaba en el suelo: en el primer recuadro de la puerta, por sobre su cabeza, había un hueco y sangre, deslizándose por el vidrio astillado. Mamá le sostenía el brazo: en el brazo, bajando desde el puño apretado, también había sangre. Y él decía que lo perdonara. Ella decía sí, está bien, Vicente, ahora vamos, tenés que dormir. Y él decía eso:

—Perdoname.

Sentado sobre el pasto, veía moverse las cañas, lentamente; aleteaba un viento silencioso en la siesta. De pronto, una calma conocida, anterior, había ido rodeándome. Sentí ganas de llorar y lo hice silenciosamente, hundiendo la cara entre las manos, esperando que alguien viniera y me encontrara así. Pero no pasó nada: ya no podía esperar explicaciones de nadie. No me vieron cruzar el patio, abrir la puerta de alambre. Cuando pasé frente a una ventana, oí hablar a mi tío. Me quedé quieto, con peligro de que volvieran a encerrarme. Sí, decía, está peor que otras veces. Y volvió a repetir que ya no había esperanzas. Después, las voces se alejaron, hacia el interior de la casa. Seguí caminando: había barro en la calle; había un rostro de mujer asomado a una ventana del colegio de monjas. Pero, también, estaban ahí las escenas, mostrándome cómo papá volvía a levantarse trabajosamente, mientras lo ayudábamos. Y después, la siesta. Yo trataba de simular que dormía; papá, vestido, estaba tirado en la cama grande. Como en sueños oí entrar a mamá. Abrí los ojos: ella me miraba, silenciosa y triste, como si quisiera decirme algo. Vino hasta mi cama y cuando abrió la boca comprendí que había ocurrido algo extraño —una especie de trampa—, porque dijo que me vistiera, que me iba a llevar a casa de la abuela.

Ahora volvía. La abuela, mis tíos, todo estaba atrás: faltaba poco y nadie me había detenido. Al llegar a la cuadra de casa vi el carro de Don Juan, avanzando lerdamente, como si viniera a mi encuentro. Después, un grupo de gente, rodeando algo, frente a casa. En el mismo instante en que empezaba a correr sentí el ruido de un coche que se ponía en marcha. Recordé, de golpe, las palabras de mi tío, los ojos de papá. Seguí corriendo y me metí entre la gente. Un coche blanco, alargado, tal vez el mismo que yo viera muchas veces, frente al hospital, había llegado a la esquina, doblaba, perdiéndose de vista. Entonces vi a mamá: estaba en medio de la calle, con los brazos apretados al cuerpo. Avanzó hacia mí y me puso la mano en el hombro. Sobre el ruido del motor, que se alejaba, el sonido de la sirena, vertiginoso, comenzó a crecer en la distancia. ■

MIGUEL BRIANTE

Escritor, periodista y guionista argentino, nació el 19 de mayo de 1944 en la ciudad de General Belgrano, provincia de Buenos Aires, murió el 25 de enero de 1995. Entre sus obras se destacan los libros de cuentos *Las hamacas voladoras* (1964), *Hombre en la orilla* (1968), *Ley de juego* (1983) y la novela *Kincón*, publicada originariamente el año 1975 y reeditada con modificaciones en 1995. Fue crítico y editor de la sección de artes plásticas del diario *Página/12* desde 1987 hasta su muerte.

El Laucha Benítez cantaba boleros

Ricardo Piglia

1

Nunca llegaré a saber del todo si el Vikingo intentaba contarme lo que realmente sucedió esa madrugada en el club Atenas, o se quería sacar de encima la culpa o estaba loco. La historia de cualquier modo era confusa, deshilvanada: pedazos de su vida, el desconsolado saludo de guerra de los escandinavos y un estropeado recorte de *El Gráfico*, envuelto en trapos, con la finísima y luminosa cara del Vikingo mirando la cámara de frente.

De salida yo había sospechado que algo no andaba en la historia que contaban los diarios, pero si tuve alguna esperanza de que él mismo descifrara los hechos, se me borró no bien lo vi llegar, receloso, la piel de la cara llagada por el sol, escondiendo las manos en el pecho, con un aire obsesivo y brutal. Se movía despacio, en un bamboleo suave y era fatal acordarse, con melancolía, de ese modo suyo tan indolente de caminar el ring para entrar en distancia, de su elegancia natural para salir pegando y hacer juego de cintura sin dejar el infaitin. Estaba allí, arrinconado, la espalda contra la pared, medio perdido, y miraba sin ver en el fondo del pasillo la última luz de la tarde, disuelta ya entre los álamos y las rejas del hospicio. Le alcancé un cigarrillo y él ahuecó las manos para resguardar la llama, sin tocarme, avergonzado por los lamparones de suciedad que le teñían la piel; fumó, abatido, hasta casi no poder despegar la brasa de los labios y después se quedó quieto, con los ojos vacíos, y de golpe estaba hurgueteando en los bolsillos de la camisa, desenterrando un montón de trapos que fue abriendo con prolijidad hasta encontrar el ajado recorte de *El Gráfico* donde se veía su cara, joven y borrosa, al lado de la cara de Archie Moore. Me estiraba el papel, respirando con la boca abierta, hablando dificultosamente, con una voz gutural, incomprensible, amontonando sin orden las palabras hasta que sin querer se quedaba callado y me miraba, como esperando una respuesta, antes de comenzar de nuevo,

regresando una y otra vez a esa madrugada en el club Atenas de La Plata, al cuerpito destrozado del Laucha Benítez tirado en el piso, boca arriba y como flotando en la temblorosa luz del amanecer.

De algún modo toda esa historia va a parar al club Atenas; la historia o lo que vale de ella empieza allí la tarde en que el *Laucha* Benítez se arrimó a la figura desolada y feroz del Vikingo y en una prueba de lealtad, de imprevista lealtad hacia ese monstruo estrafalario, él, con su cuerpito escuálido y su cara de monito tití, se acercó a los otros, a los que acosaban al Vikingo y les arrebató el trofeo, la única insignia o escudo heráldico que el Vikingo había logrado conquistar en años de batallas perdidas y fracasos heroicos. Los ahuyentó, embravecido, a punto de largarse a llorar y después se arrinconó junto al Vikingo y trató de sosegarlo, sin saber que se estaba buscando la muerte.

Nadie sabrá jamás lo que pasó, pero es seguro que el secreto hay que buscarlo en ese desvencijado club de box que alza sus paredes carcomidas y su techo a dos aguas en el fondo de una calle vacía: allí, una tarde de mayo del 51, el hombre que años después se verá obligado a hacerse llamar El Vikingo, se calzó por primera vez un par de guantes, tiró hacia delante la pierna izquierda, levantó las manos, se puso en guardia y empezó a boxear.

Introvertido y delicado, era ágil, rápido y demasiado elegante para ser eficaz. Se movía con la soltura de un liviano y todos elogiaban la pureza de su estilo, pero era imposible ganar con esos golpes que parecían caricias. En el fondo no había nacido para boxeador y menos para peso pesado, con su dulce rostro de galán del cine mudo, con su figura espigada y romántica hubiera hecho mejor papel en cualquier otro lado, pero era boxeador sin haberlo elegido, fatalidad de nacer con ese cuerpo espléndido y cerca del club Atenas. Daba tristeza verlo aguantar, impávido y sin sombra de duda, las arremetidas confusas de los brutales mastodontes de la categoría. Era más bien un hombre para boxear entre livianos, a lo sumo con algún peso welter; de todos modos, inexplicablemente y en una especie de traición que lo llevaba al desastre, su cuerpo estricto como un junco siempre pasaba los noventa kilos aunque él se matara de hambre. No llegó a ningún lado y nunca tuvo otra virtud que la pureza de su estilo, una loca obstinación para asimilar el castigo, un empecinamiento, un orgullo que lo obligaba a seguir en pie y arremetiendo aunque estuviera destrozado.

La culminación de su carrera la alcanzó una tarde anónima: una tarde de agosto del 53, en el gimnasio iluminado a medias y vacío del Luna Park, en el que se aguantó de pie frente a Archie Moore, en la única sesión de entrenamiento que el campeón del mundo hizo en Buenos Aires antes de pelear con el uruguayo Dogomar Martínez. Fue una tarde vertiginosa que después siempre le dolió recordar. Nadie se

atrevía a ser sparring de Archie Moore y él se decidió porque aún conservaba inalterable esa cualidad, digamos adolescente, de despreciar los riesgos y confiar sin la menor vacilación en la fuerza de su insensata voluntad. Ilusionado pensó que era su chance, se convenció que era capaz de pelear de igual a igual, durante cinco rounds de tres minutos, con esa perfecta máquina de hacer box que era Archie Moore.

Estuvo mucho tiempo solo, sentado en un rincón, cerca de las duchas, esperando. Miraba la luz grasienta que bajaba de los focos enrejados y se mezclaba con la claridad de la tarde, sin pensar en nada, tratando de olvidar que Moore era, en ese entonces, uno de los tres o cuatro boxeadores más grandes de la historia del box. Durante un momento le pareció que se dormía, acunado por el sonido confuso de los hombres que se movían al fondo, pero de golpe llegaron los fotógrafos como un torbellino y se encontró encima del ring con Archie Moore enfrente. Empezaron liviano, haciendo cambio de frente y trabajo en las sogas. Moore era más bajo, usaba guantes rojos y botitas de terciopelo. El Vikingo se sentía muy duro, atado, demasiado atento a lo que pasaba fuera del ring, a los fogonazos que caían imprevistamente no bien Moore se movía. Además sentía curiosidad más que miedo. Ganas de saber hasta dónde le iban a doler los golpes de un campeón del mundo. Al rato Moore le había acorralado dos veces, pero las dos veces consiguió zafarse haciendo juego de cintura. El campeón quedó descolocado, de cara al vacío y dejó de sonreír. El Vikingo empezó a darle vueltas alrededor, siempre fuera de distancia y Moore lo punteaba de zurda, quieto, hamacándose, y de repente se le iba encima con una velocidad fulminante. El Vikingo no hacía otra cosa que mirarle las manos, tratando de anticipar, con la oscura sensación de que el otro adivinaba lo que iba a hacer. En una de esas se movió un poco más despacio y Moore lo cruzó con dos derechas y una izquierda abajo y al Vikingo le pareció que algo se le quebraba, adentro. Moore lo tocó suave con la izquierda, como queriendo tomar distancia, amagó dar un paso al costado buscando perfilar la derecha y cuando el Vikingo se movió para cubrirse la zurda de Moore bajó como un latigazo y lo encontró a mitad de camino. Al Vikingo se le nublaron los ojos, levantó la cara buscando aire pero sólo vio los globos de luz del gimnasio que daban vuelta. Moore se ladeó, sin tocarlo, esperando que se derrumbara. El Vikingo sintió que se le cruzaban las piernas, se hamacó para dejarse ir pero se sostuvo de algún lado, del aire, vaya a saber de dónde se sostuvo, lo cierto es que cuando bajó la cara estaba otra vez en guardia.

A partir de ahí Moore lo empezó a buscar en serio, para tirarlo. Cuando estaban en el centro del ring y había espacio el Vikingo se las arreglaba con el juego de piernas, pero cada vez que Moore lo acorralaba contra las sogas tenía ganas de levantar los brazos y ponerse a llorar. Al rato navegaba en una niebla opaca, sin entender cómo podían pegarle tan fuerte, toda su energía concentrada en no despegar los pies de la tierra: única

certidumbre de que aún estaba vivo. Trataba de mantenerse fiel a su estilo y salir boxeando pero Moore era demasiado veloz y siempre llegaba antes. Hacia el final había perdido todo, menos ese instinto fatal que lo llevaba a buscar la salida más clásica y conservar cierta elegancia pese a estar medio ciego, deshecho por los golpes cruzados y la combinación de jab y aperca que lo frenaban como si continuamente chocara contra un muro. A esa altura el mismo Moore parecía un hombre piadoso, obligado a pegar porque ese es el trabajo, con un suave relámpago de respeto y consideración alumbrando sus ojos levemente bizcos, una suerte de ruego, como si le pidiera que se dejara caer para no seguir golpeándolo.

Cuando todo terminó casi no se dio cuenta. Siguió cubriéndose y no bajó los brazos ni siquiera al ver subir a los fotógrafos, como si tuviera miedo que pensaran que Moore había podido noquearlo al final. Recién cuando alguien lo puso al lado de Moore y vio enfrente a un fotógrafo, comprendió que había logrado resistir: entonces miró la cámara, se puso rígido y trató de concentrarse para no cerrar los ojos cuando llegara el estallido del flash. Bajó del ring pensando cada gesto, atontado por el dolor pero invicto y satisfecho, habiendo adquirido para siempre una fatal confianza en su valor y su hombría, como si realmente hubiera peleado con Moore por el título mundial, entre mareas de embriagadora fama y sin ver el vacío, la pálida, enfermiza claridad que diluía los rostros, la silueta de los hombres que rodeaban a Moore, sin que nadie se ocupara de él, solo como nunca volvió a estarlo.

2

En los cinco años que siguieron no hubo otra cosa que una larga sucesión de masacres heroicas, en las que únicamente tuvo para ofrecer la extraña belleza de su rostro que a menudo llenaba de inquietud a las señoras del ringsai y una torva altivez, una manía de perfección, imperceptible para alguien que no estuviera con él entre las sogas. Claro que la emoción de las señoras del ringsai fue siempre una ansiedad secreta y ninguno de sus rivales resultó un caballero capaz de respetar ese orgullo suicida.

De modo que su campaña se cortó, sin sorpresas, una noche de febrero del 56, en el club Atenas. En ese galpón casi desierto boxeó por última vez, enfrentando a un desconocido brutal y de mirada turbia, que lo persiguió diez rounds tirándole lerdos mazazos, frente a los que él sólo oponía la absurda perseverancia y la fútil pureza de su estilo, un elegante juego de cintura que parecía destinado a encontrar todos los golpes que anduvieran sueltos por el aire. Cayó cuatro veces pero terminó de pie, borroso y tambaleante, la vista fija en el vacío. Cuando sonó la campana lo arrastraron a su rincón y él los miraba, arisco, los ojos muy abiertos, como alucinado o dormido, la cara rota, borrada por la sangre.

Nunca decidió dejar el box, porque para hacerlo tendría que haber dudado de sí mismo y era inútil esperar que hiciera eso; sencillamente dejaron de ofrecerle peleas, lo miraban rondar las oficinas de los promotores, lo veían llegar todas las mañanas al gimnasio con su bolsón de mano y empezar a entrenarse, terco, incansable, inspirando esa piedad irritada que suele provocar la sobrevaloración y el exceso de confianza. Seguro de sí y arruinado, jamás pidió otra cosa que una chance para volver a pelear y demostrar lo que valía. Al final, cuando estaba por morirse de hambre, alguien lo sacó del letargo y lo enganchó como luchador profesional en una troupe de catch. Allí, al menos, servía de algo su mirada grisácea, su cara delicada y aristocrática; subía al ring con una barba roja que lo avergonzaba y una especie de casco con cuernos para justificar el nombre de batalla. Tenía que abrir los brazos e inventar un rito aparatoso que, según el promotor, era el saludo vikingo. Lo hacía mal, torpemente, y sin darse cuenta trataba de estar siempre de espalda al público, como no queriendo que lo reconocieran.

La troupe andaba de gira por el interior y él se pasaba las tardes encerrado en los cuartos desvencijados de tristes hotelitos de provincia, tirado boca arriba en la cama, esperando la noche, esperando los saltos absurdos y las risas, sin otro consuelo que el de desenterrar, de vez en cuando, el amarillento recorte de *El Gráfico* en el que aparecía su cara invicta y joven, al lado de la cara de Archie Moore. Se pasaba las horas alisando el papel contra la mesa, tratando de borrarle las arrugas que le iban deformando la cara en la foto, tajeando su hermosa cara rubia que parecía haber envejecido, cuarteada en el papel quebradizo.

Todos lo soportaban porque les era útil, porque su expresión melancólica y su figura altísima, de melena rojiza y barba al viento atraía al público que no parecía notar su torpeza, su aire ausente que mostraba a las claras que estaba a miles de kilómetros de ese cuadrado de soga levantado en medio de una plaza.

Para disimular su indiferencia terminaron diciendo que era sueco o noruego, que no hablaba una palabra en castellano, y esa fábula, inventada para fortalecer el mito, favoreció su hosquedad, su silencio. Al tiempo, todos terminaron por creérselo, hasta el que lo había inventado, y quizás él mismo se convenció de que había nacido en algún remoto país del que sólo le quedaba una nostalgia vaga.

Anduvo en eso más de dos años en los que apenas si habló con los otros, arrinconado y siempre solo, atrapado por la vertiginosa y monótona sucesión de pueblitos, de caras brutales y saludos vikingos, y nadie se extrañó cuando desapareció de improviso, una tarde. La troupe había desembarcado en La Plata y él se fue sin avisar, súbitamente, como obedeciendo a un llamado, sin llevarse otra cosa que una vieja valija de cartón, el seudónimo que conservaría hasta su muerte y

la barba iluminándole la cara. Caminó por las calles desiertas, en el ardiente calor de la siesta de febrero, enfundado en una tricota negra de cuello volcado, llamando la atención con su cuerpo tan alto, con su figura estrafalaria, sin mirar a la gente que se daba vuelta para ver pasar a ese gigante rubio; atravesó el espeso y dulce aroma de los tilos y buscó el club Atenas como quien vuelve a casa después de una tormenta. No tenía otra cosa para ofrecer más que su misma obstinación, pero se quedó hasta hacer estallar la tragedia.

Fue allí después de cruzar el jol desmantelado del Atenas y agacharse para trasponer la puertita que daba al gimnasio, cuando vio por primera vez el cuerpo diminuto del Laucha Benítez. El chico, un peso mosca de diecisiete que prometía mucho pero que no se decidía entre su innato talento para el box y sus ganas de ser cantor de boleros, estaba al fondo, perdido entre las sogas y el olor de la resina y, según dicen, apenas hizo un gesto, un leve balanceo y ese fue su modo de decirle que lo estaba esperando desde siempre. Los dos se miraron, casi inmóviles, y después de un instante el Laucha siguió golpeando con sus manitas delicadas una bolsa de arena más alta que él, todo el rostro concentrado en el esfuerzo por parecer feroz. El Vikingo siguió caminando hacia el medio, como si lo buscara, mientras el Laucha se abrazaba a la bolsa de arena y lo veía acercarse, fascinado ya por esa figura a la que el sol de la siesta bajando por los cristales empañados otorgaba un aire fantasmal. Se lo quedó mirando, una leve sonrisa aquietada en su boquita de mujer, como si entreviera la altivez y el furor secreto del Vikingo, o mejor, como si adivinara que ese furor y esa altivez le estaban dedicados.

Tal vez por eso, de allí en adelante, el Laucha fue el único que pareció reparar en la existencia del Vikingo. Cautivado, atento a sus menores gestos, lo vigilaba, emitiendo extrañas señales, muecas, murmullos, equilibradas representaciones en las que su cuerpo adquiría la armonía y el fulgor de una pequeña estatua. Estas celebraciones culminaban cuando el Vikingo estaba cerca: entonces el Laucha dejaba lo que estuviera haciendo, echaba la nuca hacia atrás, clavaba sus ojos en la cara desolada del Vikingo y con su voz aguda, tristísima y casi de mujer, cantaba uno de los boleros de la época de oro, en el estilo de Julio Jaramillo.

El Vikingo no parecía escucharlo o saber que existía, como si se moviera en otra dimensión, siempre ausente. Se arrinconaba con los ojos perdidos y pasaba las horas, aturdido por el rumor del gimnasio, sin hacer otra cosa que cambiar la posición de vez en cuando. A veces, sin embargo, parecía excitado, se movía nervioso con un brillo azul en los ojos y de pronto, en los momentos más inesperados, lo asaltaban extrañas inquietudes, temblaba levemente, empezaba a murmurar en voz muy baja, agitado y manoteando el aire, hasta terminar enfurecido, contando en un tono indescifrable una historia confusa: la historia de

su sesión de guantes con Archie Moore. Repetía los movimientos boxeando solo, agazapado y en guardia, largando al vacío lerdos mazazos tímidos. Saltaba o se movía, pesado, torpe, tratando de rescatar algo de todo aquello, siquiera una visión fugaz de ese pacto con Moore, de ese loco, insensato y nunca valorado heroísmo. El resto (todos los que usaban el Atenas como templo de sus esperanzas, de sus catástrofes) le formaban un círculo, lo excitaban con gestos de aliento, con risas, sabiendo que al final, indefectiblemente, sudoroso y cansado, respirando con la boca abierta, con ademanes lerdos y cuidados, hurguetearía en su camisa hasta encontrar el recorte de *El Gráfico* que sostendría con firmeza pero lejos de su cuerpo, con un gesto de tristeza, de abatimiento y de secreto orgullo.

El Laucha era el único que parecía impresionado, el único que miraba la foto del recorte, la cara del Vikingo un poco magullada que se alcanzaba a descifrar en el pedazo de papel. Los demás hacían bromas, se reían, mientras el Laucha se alejaba, parecía esconderse, refugiarse en un rincón y desde allí vigilaba a todos los que se amontonaban alrededor del cuerpo vacilante del Vikingo. Asustado, sin animarse a intervenir, miraba con dolor al Vikingo que intentaba contar de cualquier modo aquella pelea, la fulminante velocidad de Moore y sus botitas de terciopelo.

Y esa tarde, cuando alguien le arrancó un pedazo de papel, el Vikingo se quedó quieto, como sin entender y después pareció que algo le nublaba los ojos porque se cruzó una mano por la cara y de golpe estaba en medio de ellos, sin ver al Laucha que a su lado, enfurecido y diminuto, los insultaba y los hacía retroceder, hasta que al final se dio vuelta hacia el Vikingo y lo rozaba apenas con la palma de las manos, despacio, arreándolo como si fuera un gran animal enfermo. Lo llevó hacia un costado, lejos de los demás y empezó a hablarle en voz baja, arrullándolo, mientras el Vikingo dejaba de moverse y de gemir, sosegado ya, los ojos perdidos en el aire, la hermosa cara en paz.

Desde ese día empezaron a andar siempre juntos, separados del resto. Se arrinconaban al fondo del gimnasio, quietos, sin hablar, y de golpe el Laucha empezaba a cantar los boleros, muy bajito, sólo para el Vikingo, dejándose ir en los agudos como si fuera a desarmarse.

En ese tiempo, según dicen, el Vikingo pareció renacer. Empezó a entrar en el ring con el Laucha y le servía de sparring. Algunos atribuyen a esto la causa de todo, hablan de accidente, de una mano incontrolada. De todos modos, era cómico verlos cambiar golpes, el Laucha menudo, casi un chico, saltando ágilmente, con su cara de monito tití y al lado la mole encorvada del Vikingo moviéndose pesadamente. Uno solo de los golpes del Vikingo hubiera bastado para quebrar en dos al Laucha que sin embargo entraba en el ring seguro y pavoneándose, como un domador en la jaula de los osos. Se ponían en guardia y

empezaban un simulacro de combate, el Vikingo plantado en el centro, el Laucha bailoteando alrededor. El Vikingo lo golpeaba con delicadeza, como si lo acariciara y ponía la cara impunemente, orgulloso de haber recuperado su fabulosa resistencia al castigo. Al fin el Laucha se cansaba de pegar y se dedicaba a hacer soga. El Vikingo se sentaba en un costado, los ojos quietos en la cara del otro, tenso por el esfuerzo, todo el cuerpo brilloso de sudor.

Cuando caía la tarde los dos se metían juntos en las duchas; desde afuera se escuchaban los chillidos del Laucha que se demoraba horas bajo el agua, cantando con los ojos cerrados, mientras el Vikingo se vestía y lo esperaba, tendido sobre uno de los bancos de madera sin respaldo, las manos en la nuca, dormitando hasta que el Laucha aparecía, la piel azulada, oliendo a jabón de coco y empezaba a vestirse, elegante y teatral, haciendo muecas frente al espejo empañado. Los dos salían a caminar por la ciudad en el atardecer, y la gente se paraba a mirarlos como si vinieran de otro mundo, el Laucha con su pinta de jockey pero vestido como un dandy, caminando al lado de ese gigante melancólico, de melena rojiza.

Terminaban siempre en los alrededores de la estación de trenes, sentados frente a una mesa, en la vereda del bar Rayo, bajo los árboles, tomando cerveza negra y respirando el aire suave del verano. Se pasaban las horas ahí, mientras crecía la noche, mirando el movimiento de la estación, adivinando la llegada de los trenes por el aluvión de gente que cruzaba junto a ellos. No hablaban, no hacían otra cosa que mirar la calle y tomar cerveza, tranquilos, como ausentes, hasta que al fin, sin que ninguno de los dos dijera nada, se levantaban y se iban, guiados por el Laucha que miraba atentamente a un lado y a otro antes de cruzar, caminando siempre un poco atrás del Vikingo, como si lo arreara entre los autos.

Así pasaron lo que quedaba del verano: cada vez más aislados, perfeccionando entre los dos el final secreto de la historia. Todos opinan que en ese tiempo el Laucha se quedaba a dormir en el Atenas. Incluso llegaron a verlos, una mañana durmiendo juntos, la cabeza del Laucha apoyada en el pecho del Vikingo que parecía acunar a una muñeca. De todos modos nadie previó o pudo saber lo que pasó esa noche: se vio luz en el club hasta la madrugada y alguien escuchó la voz aguda y suave, desafinada del Laucha cantando *El relicario*. Un viento espeso sopló toda la noche, arrastrando el olor a madera quemada del río. Pareció extraño que nadie saliera a abrir; la puerta estaba rota, como si el viento la hubiera desencajado, y del otro lado, en la temblorosa luz del amanecer que se filtraba por las ventanas, encontraron al Laucha agonizando, destrozado a golpes, y al Vikingo en el suelo, llorando y acariciándole la cabeza sucia de sangre y polvo. Todo

el gimnasio vacío, el suave murmullo del viento entre las chapas y al fondo la figura encorvada del Vikingo abrazado al cuerpo del Laucha que tenía la cara destrozada y una sonrisa en su boquita de mujer, como una oscura señal de amor, de indolencia o de agradecimiento. ■

RICARDO PIGLIA

Nació en 1940 en Adrogué, Provincia de Buenos Aires. Vivió en Mar del Plata. Publicó en La Habana su primer libro de cuentos, Jaulario, que obtuvo una mención en el Premio Casa de las Américas y apareció en Buenos Aires con el título de La invasión. Reside en los Estados Unidos, donde se desempeña como docente en la Universidad de Princeton. También ha desarrollado una intensa labor como crítico y ensayista. Entre sus obras figuran: *Nombre falso*, *Respiración artificial*, *La ciudad ausente*, *Plata quemada*, *El último lector*. Basada en su novela *La ciudad ausente* realizó con el músico Gerardo Gandini la ópera homónima, estrenada en el Teatro Colón en 1995.

El padre

Antonio Dal Masetto

Cuando pienso en mi padre me vienen a la memoria los regresos a casa, al terminar nuestra jornada de trabajo. Volvíamos de noche, él en bicicleta y yo trotando. Corría a la par, a veces me atrasaba un poco y luego lo alcanzaba. La bicicleta era de mujer, el asiento estaba demasiado bajo y mi padre, un poco echado hacia atrás, pedaleaba despacio por la calle de tierra. Estoy seguro de que no hablábamos. En realidad tengo la impresión de que nunca hablábamos. Si intentara recuperar algún diálogo con mi padre me resultaría imposible. Sólo frases sueltas. Esto de los regresos ocurría en Salto, el pueblo de la provincia de Buenos Aires donde fuimos a vivir cuando emigramos de Italia. Un hermano de mi padre estaba en la Argentina desde antes de la guerra y le había ofrecido una participación en su carnicería. Yo tenía doce años.

Recorrimos ese trayecto durante meses y meses. Con frío, con calor, con lluvia. Después de tantos años, la memoria rescata una única carrera nocturna que las resume a todas. Esa imagen siempre vuelve y se impone sobre los demás recuerdos. Aunque son muchas, nítidas y fuertes las imágenes que tengo de mi padre. En general de la época de mi niñez, en el pueblo italiano, antes del largo viaje en barco a través del océano. Podría intentar hacer una lista y creo que no acabaría nunca. Ahí está la figura de mi padre, oscura y quieta bajo una nevada, esperándome en el portón del colegio de monjas al que yo iba. Mi padre guiándome por un atajo, a través de una colina que dominaba el lago, hasta llegar a la desembocadura de un río donde nos deteníamos a pescar. Mi padre caminando cauteloso unos pasos delante de mí, en los bosques que comenzaban más allá de las últimas casas: bajo el brazo llevaba la escopeta belga de dos caños de la que estaba orgulloso. Mi padre cortando pasto desde el amanecer hasta el anochecer, en el campo de un terrateniente, parando unos segundos para sacarle filo a la guadaña, secarse el sudor de la frente y tomar un trago de agua. Mi padre vaciando la letrina con

dos baldes colgados en los extremos de una larga vara de madera que se cruzaba sobre los hombros. Mi padre abonando los surcos de la huerta con el contenido de esos baldes. Mi padre hachando troncos, apretando los dientes y soltando un soplido ronco en cada golpe. Mi padre llegando a casa de noche, con un pino para el árbol de Navidad, seguramente arrancado de algún lugar prohibido. Mi padre emparchando la cámara de una bicicleta. Mi padre con el torso desnudo, afeitándose en el patio, frente a un espejo colgado de un clavo, explicándome por qué había dos zonas de la cara que necesitaban ser enjabonadas más que el resto. Mi padre fabricándome una flauta. Mi padre lavando una oveja en el arroyo para luego esquilarla. Mi padre realizando trabajos de albañilería, de carpintería. Mi padre sembrando, cosechando, pisando la uva para hacer vino, injertando frutales. Teníamos un ciruelo que daba frutos amarillos en un rama y rojos en otra. Un peral que daba peras de diferentes estaciones. Yo estaba asombrado con tantas habilidades. Aquel hombre sabía hacer de todo. Parecía que nada tuviera secretos para él.

Mi padre era un montañés callado y tímido. Pero podía irritarse y mucho. Una vez lo vi perseguir a un tipo por la calle hasta que el otro saltó por encima de una cerca que daba a un barranco y escapó. Se trataba de una disputa entre vecinos. No recuerdo la razón o nunca la supe. Tengo una imagen muy clara de esa violencia al aire libre. Todavía me parece oír el jadeo de los dos hombres corriendo. Me pregunto qué hubiese pasado si mi padre lo alcanzaba.

Con nosotros nunca se enojaba. Nos quería y nos respetaba. Pocas veces tuve oportunidad de aplicar tan adecuadamente la palabra respeto. De él, sin duda, heredé la inconsciencia y la tozudez. Estoy pensando en la actitud de mi padre durante la guerra. Trabajaba en una fábrica de gas y a veces su turno terminaba en la mitad de la noche. De nada servían los ruegos de mi madre y los consejos de sus compañeros. Volvía a casa sin esperar que amaneciera, desafiando el toque de queda y las balas, porque quería dormir en su cama, era su derecho, y no existían Hitler o Mussolini o guerra que se lo impidieran.

Partió para América en 1948. El día de la despedida reía, bromeaba, se lo veía de buen humor, pero a mí me pareció que lo hacía para darse ánimo y cubrir el desconcierto. Recuerdo el reencuentro en el puerto de Buenos Aires, pasados dos años de separación, su abrazo torpe y sin palabras. En el viaje en tren a través de la llanura invernal, rumbo al pueblo, tampoco habló demasiado. Iba sentado junto a mí y su brazo se mantuvo rodeándome los hombros todo el tiempo. De tanto en tanto sus dedos se comprimían para darme un apretón.

Después vino el trabajo a su lado, en la carnicería, donde aprendí la recorrida de los clientes antes de memorizar la primera media docena de palabras en castellano. Salía al reparto a la mañana y a la tarde y, cuan-

do terminaba, ayudaba en el negocio. Siempre había algo que hacer. Limpiar la picadora de carne, la sierra eléctrica, lavar el piso, pelar ajos para los embutidos, darles agua a los animales. Empecé a jugar al fútbol en la sexta división del Club Compañía General. Estaba contento con los botines, el pantaloncito y la camiseta que me habían dado y podía llevarme a casa. Los partidos eran los sábados después de mediodía y a veces llegaba con un poco de retraso al trabajo. Entonces, durante toda la tarde, vivía en un clima de acusaciones silenciosas. Las acusaciones provenían de mi tío y mis dos primos. Mi padre no me decía nada. A lo sumo rumiaba una frase en voz baja cuando me veía aparecer corriendo. Se sentía obligado con su hermano mayor que lo había traído a América, y la deuda me incluía. Estoy seguro de que esa dependencia lo amargaba. Pero no podía hacer nada y guardaba silencio. También en el reducido territorio de aquel negocio éramos extranjeros y había que ganarse el espacio y soportar las humillaciones cuando llegaban. Yo intuía que mi padre hubiese deseado un destino distinto para mí.

Una noche, cinco años después de la llegada al pueblo emprendí otro viaje. Partí a descubrir la ciudad. A esta altura mi padre se había separado de mi tío y había instalado su propia carnicería. No le iba bien. Mi padre no era el mismo de antes. América lo había golpeado. Yo no estaba con él en el negocio nuevo. En los últimos tiempos había trabajado de cadete en una farmacia. Me fui sin que lo supiera. Mi madre y mi hermana me vieron dejar la casa porque se despertaron mientras yo preparaba la valija. No lograron retenerme y tampoco se animaron a llamar a mi padre. Ignoro cuánto pudo dolerle aquella huida. Nunca me la reprochó. Después, en los espaciados regresos al pueblo, me encontraba con pequeños cambios en la casa. Algunas comodidades en el baño, en la cocina. Me enteré que una vez, al comprar un calefón, mi padre comentó: “Para cuando venga Antonio”. Por lo tanto pensaba en mí con cada mejora.

Cuando murió, yo estaba lejos. Una enfermera iba a aplicarle inyecciones día por medio. La última fue un sábado. La enfermera se despidió hasta el lunes. Mi padre dijo: “Vamos a ver si aguantamos hasta el lunes”. No aguantó. Sé que en el final preguntó por mí. Llegué al pueblo el día posterior al entierro. Venía desde Brasil, viajando en trenes y en ómnibus. En la puerta encontré al marido de mi hermana que me dijo: “Papá murió”.

Muchos años después de su muerte, mientras mirábamos unas fotos, oí a mi hermana murmurar: “Qué hermoso era papá”. Nunca había pensado en eso. Eran fotos de sus veintisiete años, tenía a un chico de meses en brazos, estaba tostado por el sol y se le notaban los músculos bajo la camiseta clara. Se lo veía feliz. El chico era yo.

De tantas cosas relacionadas con mi padre me acuerdo especialmente de aquellos regresos a casa después del trabajo. Eran siempre noches grandes, cargadas de estrellas y de silencio. Así las veo.

Avanzábamos a través de un decorado de casas mudas y luces fantasmales en las ventanas y en los patios. Yo me sentía extraviado en esa oscuridad y la sensación no me gustaba. Quería llegar rápido, para que pasara la noche, y luego el día, y otra noche, y otro día, hasta que el cerco de las noches y los días se rompiera. ¿Y mi padre? ¿Qué pensaba? ¿ Qué significaba para él ese tránsito entre la agitación de la jornada y la promesa del descanso? ¿En qué medida mi presencia le servía de compañía, de incentivo, de alivio? ¿Me vería como yo me veo ahora en el recuerdo? Lo que veo es un cachorro impaciente, agazapado en el fondo de sí mismo, esperando su oportunidad para dar un salto. Mi padre pedaleaba y yo trotaba a su lado. No teníamos otra referencia que el foco de la bicicleta alumbrando un óvalo de tierra, hipnótico, surgido como desde un sueño, renovándose en una calle que podría no tener un fin. Esa luz mínima marcaba el camino y finalmente nos sacaba de la oscuridad. Nos guiaba a la mesa familiar preparada para la cena, a los rumores de las sillas arrastradas sobre el piso de ladrillos y de los cubiertos en los platos. Pero durante ese trayecto permanecíamos lejos de todo. Ahí estábamos solos y estábamos juntos. Nos movíamos en una zona de vacío entre un mundo que ya no existía, perdido del otro lado del océano, y este otro que se proyectaba en los días futuros y estaba hecho de necesidades e insatisfacciones y furias contenidas y esperanzas obstinadas. ■

ANTONIO DAL MASETTO

Nació en Intra, Italia, en 1938, de padres campesinos, Narciso y María. Después de la Segunda Guerra, en 1950, emigró a la Argentina. Se radicó con su familia en Salto, provincia de Buenos Aires, y aprendió el castellano leyendo libros que elegía al azar en la biblioteca del pueblo. "Sufrí mucho con el traslado. Me sentía un marciano en el mundo", dice Dal Masetto de sus comienzos en el nuevo país. El tema de la inmigración está presente en sus libros, como en las novelas *Oscuramente fuerte es la vida* y *La tierra incomparable*. A los 18 años llegó a Buenos Aires. En 1964 publicó su primer libro de cuentos, que mereció una mención en el Premio Casa de las Américas. Recibió dos veces el Segundo Premio Municipal por *Fuego a discreción* y *Ni perros ni gatos* y el Primer Premio Municipal por la novela *Oscuramente fuerte es la vida*. Su libro *Siempre es difícil volver a casa* fue traducido al francés y llevado al cine por Jorge Polaco. Su novela *La tierra incomparable*, recibió el Premio Planeta Biblioteca del Sur 1994. Es un asiduo colaborador del periódico *Página/12* de Buenos Aires.

La piel del agua
y otros cuentos
Ema Wolf

Al ver que sus discípulos tenían dificultades para controlar la barca porque el fuerte viento les era contrario, el Hijo del Carpintero se quitó las sandalias, recogió el borde de la túnica y se echó a caminar sobre las olas en dirección a ellos.

Los discípulos se asustaron mucho porque pensaron que era un fantasma, pero él les dijo que no tuvieran miedo, que era él y que iba en su ayuda. En efecto, apenas los alcanzó y saltó dentro de la barca, el viento se calmó y pudieron llegar sin inconvenientes a la costa.

Todos quedaron muy maravillados y preguntaron cómo era posible que alguien pudiera caminar sobre el agua. Él les dijo que solamente aquellos cuya fe fuera bastante poderosa serían capaces.

Ahora el Hijo del Carpintero descansa en la orilla de la fatiga del milagro.

Al lado de él está Leonardo, el genio, que por un rato abandonó los pinceles y se prepara para ensayar una de sus teorías.

Toma dos bolsas grandes hechas de piel de cerdo y las infla con el aire de los pulmones. Después se ata las bolsas a la planta de los pies. Calzado, por así decir, con esos artefactos, se echa a caminar sobre el agua. Para no perder el equilibrio, se ayuda con dos pértigas largas que va apoyando, clavando más bien, alternadamente sobre el fondo a cada paso que da.

Avanza con dificultad, el andar es torpe, vacila, tantea aquí y allá, le cuesta mantenerse en pie, cien veces está a punto de caerse, pero bueno, hay que rendirse a la evidencia: está caminando.

Leonardo acaba de desempolvar el descubrimiento que hizo el viejo Arquímedes el día en que su bañadera desbordó, sólo que está listo para

mejorarlo con un toque de inventiva florentina. En este momento le enseña al mundo que un hombre puede sostenerse de pie encima del agua siempre y cuando respete el principio de que su peso no debe superar el peso del agua que desaloja. Para eso se acopló a los pies las dos vejigas infladas: al provocar un aumento del volumen del líquido desalojado, hizo aumentar también el empuje del agua de abajo hacia arriba, por lo tanto no corre peligro de hundirse. Con las vejigas, pues, y un par de pértigas resistentes que impidan que el sujeto se desplome hacia un costado, caminar sobre el agua es bien posible.

Leonardo se sienta para reponerse del estrés de la demostración. La humanidad va a aplaudirlo, entre muchas otras cosas, por ésta.

El tercero, ahí en la orilla, es un pequeño saurio de color pardo, con la cola larga, de los llamados 'basiliscos'. Un lagarto menor. Sin calzarse ni descalzarse, se echa a andar sobre el agua.

Corre por la superficie a gran velocidad dando zancadas largas y graciosas, erguido sobre las patas traseras, fornidas y con membranas en el borde de los dedos. Mientras va y viene por el agua, caza moscas. No está tratando de probar nada, caminar sobre el agua está en su naturaleza.

—¿Lo estás viendo, Leonardo?

—Sí.

—Lo hace bien. ¿Ya lo hizo otras veces?

—Todos los días, dicen.

—Vaya.

Ninguno de los dos puede apartar los ojos del basilisco. Su caminata los tiene muy impresionados, también confundidos.

El Hijo del Carpintero lo ve andar y piensa en la anatomía admirable del animal, con las patas diseñadas para aprovechar la tensión de la superficie allí donde las moléculas se estrechan y el agua se transforma en un elástico, con la cola afilada que funciona como contrapeso y timón. Piensa en el certero cálculo de velocidad que le permite autopropulsarse, en la máquina insuperable que es su cuerpo describiendo el principio de aceleración reacción: está ante un modelo de hidrodinámica perfecto.

Leonardo, en cambio, lo ve andar y piensa que es un milagro. ■

Islas

—¡Qué maravilla, Porfirio! Desde que estoy aquí no puedo dejar de mirar esas islas. ¡Me dan vuelta, le juro que me dan vuelta la cabeza! ¡Son increíbles! Vistas así, de lejos, con ese poco de bruma, parecen tortugas gigantes. ¿Lo notó?

—Bueno, no sabría decirle, nunca las vi de esa manera.

—No se preocupe, es un comentario poético. Tómelo como eso, nada más, como un comentario poético. Es algo que me sale a veces. Me nace, le juro que me nace, así, de golpe, no puedo reprimirlo. Yo debo conservar todavía mis asombros de niña. Bien dicen que los poetas son hombres que han conservado ojos de niño. ¿Usted nunca hace comentarios poéticos? Confiese...

—Algunas veces sí, creo, no han de ser muchas.

—¡Anímese, hombre! ¡La humanidad entera sueña a través de sus poetas! Anímese con la poesía, que es para todos. No hay un alma, por simple que sea, que no esté preparada para la poesía. Piense en el cartero de Neruda. ¿Se acuerda de aquella película? ¡Tan linda! Con ese muchacho bruto que, sin haber ido a la escuela, era capaz de entender la belleza que emanaba de esos versos. Ponga un poco de imaginación, entonces, y va a ver las islas como las veo yo, ¡como galápagos fantásticos! Es muy triste que usted viva acá, como vive desde que nació, frente al mar, y no sea capaz de observarlas de una manera más... ¿Cómo le diría...? No sé si me entiende.

—Puede ser. La verdad, eso que usted dice me confunde. Desde que yo recuerdo...

—Esta bien, está bien, déjelo así, no voy a insistir con el tema. Me doy cuenta de que a veces hay que tener ojos de forastero para descubrir las cosas. Para el que las ve todos los días son de lo más comunes, no tienen nada de maravilloso. ¿Conoce el proverbio chino?: "Quien mira el cielo en el agua ve peces en los árboles". Me parece que un poco tiene que ver con esto que le estoy diciendo. Es como una magia, ¿me comprende? La magia no es algo que esté en las cosas, sino que uno la lleva adentro y a veces..., a veces sale para afuera.

—Por supuesto.

—Ahora ayúdeme a levantarme, Porfirio, y vamos para la casa, que nos están esperando. Además refrescó y ya tengo hambre. Me parece

que lo dejé pensando. ¿O me equivoco?

—No se equivoca, no. Sí que me dejó pensando. La ayudo.

Ella acomoda las piezas de su esqueleto y completa el difícil trámite de colocarse en posición erguida. Él la asiste en la maniobra con delicadeza. Después la toma del brazo y la guía por el empinado camino de la playa hacia el edificio de tejas.

Antes de entrar vuelve la vista atrás y alcanza a distinguir los caparazones inmensos elevándose en medio del agua. Se abren paso a través de la superficie rasgándola con dolor. Los pescuezos, arrugados como rocas paleolíticas, se estiran y obligan a las patas a avanzar pesadamente mar adentro, una vez más, a la caída del sol, como desde el principio de los tiempos. Al amanecer volverán de su monstruoso paseo.

Recuerda que su madre siempre decía que aquellas tortugas, vistas desde la playa, parecían islas. Averiguará si también eso es poesía. ■

El día robado

—¿Qué día es hoy Pepa?

—Es lunes, Juan Sebastián.

—¿No es domingo?

—No, es lunes.

—¿Estás segura?

—Siete veces te lo dije ya.

Elcano mira abstraído el agua del Guadalquivir mientras descansa en los brazos de la Pepa. Se merece el descanso: acaba de dar la vuelta al mundo.

Nadie lo había hecho antes. Tres años navegados, catorce mil leguas, todos los mares con sus tormentas, todos los fuegos: de San Telmo, San Nicolás y Santa Catalina, todos los demonios al acecho de las quillas, y, para mayor fajina, siempre escapando de los portugueses, que querían echarles el guante nada más que para colgarlos del pescuezo en el palo mayor.

De los cinco barcos y los doscientos setenta tripulantes que componían la expedición solamente el *Victoria* ha vuelto a España, con un puñado de infelices a bordo. Dieciocho infelices en total: diecisiete marineros y él, Elcano. Habían partido de Sanlúcar gordos y con salud, limpios de alma por confesión, con todo el pelo en la cabeza, con todos los dientes, o casi, y han vuelto doblados de culpas, sucios de costras, sin carne, tan consumidos y estropeados que en tres años parecen haber envejecido veinte.

Durante ese viaje increíble comió galleta húmeda de meos de rata y el cuero de las jarcias remojado. Vio morir al Capitán General y a casi todos los demás. Muertos de flecha, de mala mar, de traición, de frío, de enfermedad en la tripa, de hambre, comidos... Otros jefes resultaron inútiles o desertaron. Nunca imaginó que le tocaría a él, un hombre al que sacaron de la cárcel para subirlo a bordo, sin más rango que el de contramaestre, comandar el único barco que completaría la hazaña. Porque cuando eso ocurrió, cuando le tocó comandar, no tuvo otra idea más tibia que la de seguir adelante. Por algo es vasco.

—Pepa, ¿de veras es lunes y no domingo? ¿No estarás loca como la Reina?

—Lunes y lunes, hombre terco, cabeza de piedra.

Es que ocurre algo raro. A Elcano no le cierran los números.

Cada día de aquel viaje se anotó. Cada día, sin faltar uno, se hizo una muesca con una cuchilla sobre una plancha de madera. El cronista italiano —aunque joven, fidelísimo— no dejó un solo hueco en su diario, ninguna fecha se salteó del calendario. Tampoco se distrajo el piloto, Álvaro, que llevó escrupulosamente el registro de bitácora.

Pero ahora cuentan y vuelven a contar y descubren que el *Victoria* entró a Sevilla con un día de menos. En la tierra es lunes y a bordo es domingo. Un auténtico misterio. Nunca antes había ocurrido algo así, que se recuerde.

Elcano piensa dónde pudo haber perdido ese día. O mejor dicho, cuándo.

Muchas cosas habían quedado por el camino en ese viaje. El barco había llegado tan destartalado al puerto, tan parecido a un colador que bien podía ser que se le hubiera caído un día por alguno de los agujeros y ahora anduviera flotando por ahí, en el único mar, inmenso, o estuviera en la boca de un pez o de un pájaro marino. Que se hubiera ido, simplemente, así, sin más, o que lo hubieran olvidado en tierra, o cambiado sin darse cuenta por un saco de arroz. Se acuerda de que un viernes santo comieron came. ¿Sería éste el castigo? Aunque viendo como están ahora las cosas, tal vez era sábado, no viernes. Pudo

haber ocurrido incluso que en una empresa tan ambiciosa, donde se habían perdido tantas vidas, salud, horas de sueño y dinero, también al tiempo se le hubiera perdido una rodaja. ¿O es obra de la magia, que evapora las cosas?

—No es magia, Juan Sebastián —la Pepa le acaricia los piojos.

La Pepa es sabia. En un rato le hizo recuperar la memoria de gustos que tenía olvidados. Por lo visto también es más sabia que los cosmógrafos, porque dice:

—La Tierra no sólo es redonda, como ya habrás notado, sino que además da vueltas. Gira sobre sí misma de oeste a este como una peonza, sin parar nunca, porque nada ni nadie la detiene, y en ese trabajo tarda tantas horas como casi veinticuatro.

—¿No es el Sol el que gira?

—El Sol también, pero eso no debería importarte ahora.

—¿Es así, Pepa?

—Es así. Verás: quien acompaña a la Tierra en su marcha hacia el Levante y la envuelve en su completa redondez, esto es unas siete mil doscientas leguas por lo más ancho...

—Me confundo.

— ...quien acompaña a la Tierra en su marcha hacia el Levante, como te decía, puede arrebatarle a la eternidad un día entero y se lo queda para él. Pero quien hace la contraria y avanza hacia el Poniente, lo pierde. Es tu caso, Juan Sebastián: perdiste un día por haber emprendido el viaje a contrapelo del giro de la Tierra. Pero bueno, así hacen los hombres las cosas.

—¿Y por qué nadie me dijo eso antes?

—No lo saben. Ya se enterarán.

Él no está tan convencido. No entiende las explicaciones de la Pepa. ¿De dónde saca ella esas cosas? Si no las está inventando, será que alguien se las contó. Alguien del mundo oscuro le entregó saberes que los buenos cristianos desconocen. Así son las mujeres de peligrosas, mejor no preguntarles nada. Elcano duda y cree al mismo tiempo. Se persigna. Lo que dice la Pepa se le antoja parecido al poder secreto que orienta a la piedra imán.

Mientras tanto, no puede evitar la idea desgraciada de que le escamotearon un pedazo de vida. No muy grande, pero que era suyo, al fin de cuentas, y le correspondía sólo por haber nacido. Todos allí en Sevilla tuvieron un día más que él, y bien que lo habrán gozado mientras él remaba.

Elcano no se resigna. Piensa que el mundo le debe algo. ■

EMA WOLF

Nació en Carapachay, provincia de Buenos Aires, en 1948. Escritora. Es licenciada en Letras, trabajó en periodismo, y se dedicó a la literatura para niños. En 1984 publicó su primer libro: *Barbanegra y los buñuelos*. A partir de entonces alternó sus textos de ficción con artículos, encuentros con lectores y conferencias en Argentina y en el exterior. Algunos títulos, que sobresalen por su humor: *¡Qué animales!*, *Libro de los prodigios*, *Pollos de campo*, *Los imposibles*. Entre otros premios, obtuvo el Nacional de Literatura Infantil, Alfaguara de Novela (en colaboración con Graciela Montes) y Mención en el Iberoamericano SM 2008. Sus libros integraron las listas de Honor IBBY, White Raven y Banco del Libro de Venezuela. Entre 2002 y 2006 fue candidata por la Argentina al Hans Christian Andersen. Parte de su producción ha sido traducida a varios idiomas.

Estos relatos pertenecen al *Libro de los Prodigios*, Colombia, 2003.

El arte del espectáculo

Jorge Di Paola

Hoy Dúo Gardel Razzano Hoy
34 australes
No traiga ropa de nylon

Cuando bajé del ómnibus, con sed, el afiche no me llamó la atención. Lo miré al pasar, pero no lo vi. Como dicen que decían en el campo, el paisano tiene dos tiempos.

Así que me tomé la Paso de los Toros, y entonces di un respingo y volví a mirar para atrás.

Debe ser cosas de este pueblo, me dije. Nadie ha de dar mucha bola, así es el Sur. Pero igual pregunté. El mozo, sonriendo con algo de sorna, me dijo:

—Son cosas de Pardal.

—¿Qué Pardal? —pregunté.

—Pardal Gómez, el inventor —me dijo, como si yo que soy de afuera tuviera que saber—. Vea, hay gente que fue y dice que es cierto. Ha de ser pero yo no me meto en la carpa ni aunque me paguen.

—¿Qué carpa?

—La carpa de Pardal —me dijo, y se fue a atender otra mesa.

Yo tenía que seguir preguntando porque la empresa me mandó sin información para abrir el mercado. Correteo pilchas Pierre Dupie, remeras con la Cruz de Lorena aunque los fabricantes son coreanos.

En este negocio no es cuestión de caer así nomás, a la primer boutique, y abrir la valijita, mostrar.

Al fin el mozo volvió y me dijo, no hizo falta tirarle de la lengua:

—Vaya a “Pituco`s” y pregúntele de mi parte al *Churri* Molinaro, que ahora anda fabricando trajes cruzados y a rayas…

—¿Y quién se va a poner eso? —le dije.

—¿Qué quién? Usted va a ver mucha gente peinada a la gomina y vestida así, en el centro del pueblo. De no, no pueden entrar a la carpa… El Churri se asoció con Pardal…

—¿Para qué?

El mozo se me fue de zopetón y sin contestar.

—¡Eh! —le grité— ¿Dónde queda eso?

—¿Qué eso?

—La fábrica de Molinaro.

—Vea —me mostró —, métale derecho por acá, y a cinco o seis cuadras va a ver un cartel que dice: "Molinaro`s made". Ahí pregunta.

Salí caminado. Me manejo con poco viático. Por suerte la valija casi no pesa. Había carteles por todos lados, me refiero a los de Gardel Razzano, medio despegados, y también otros, que anunciaban Juan Moreira.

Ya me andaba preguntando si este pueblo atrasaba tanto cuando en la oficina de Molinaro, tipo tranquilo y muy amable, como un duque, fuera de lugar en este mundo, el empresario empezó a hablar:

—¿Atrasando? Para nada, estamos prosperando para atrás, para antes, que no es lo mismo. Incrementamos la producción en un 89 por cierto. Y eso se lo debemos a Pardal Gómez.

—Lo que puede un individuo... —dije. En realidad, pensé en voz alta.

—Dos individuos —dijo Molinaro, clavándose el índice en el esternón–, no se olvide de que un invento no sirve para nada sin producción y comercialización. ¿Qué es la Coca Cola?

—Un remedio —dije por decir.

—Una mierda —dijo. ¿Qué tal si almorzamos? ¿O quiere tomarse antes un aperitivo? Vamos al mejor lugar de la ciudad, vamos.

Se prendió el saco, se pasó el peine, y salimos.

Cuando encontramos una mesa en "Hugo`s food" y el maitre nos puso las sillas y por poco nos cepilla, el empresario me miró fijo un rato y se puso a hablar. "Algo se trae", pensé.

—No se preocupe. ¿Chirom me dijo que se llamaba? No se preocupe, Chirom. No se venden más remeras en la zona, así que usted no está perdiendo el tiempo tomando unos vermuses… Acá no lo perdemos —dijo, y se rió un poco. Para nada. Yo ando necesitando un vendedor de experiencia, que conozca la Capital. Antes de Pierre Dupie ¿para quién trabajaba? Ah, ¿usted es ingeniero? Ahora entiendo su curiosidad por la máquina de Pardal… él ya debe estar por venir. No, no.

Gardel Razzano no es ninguna imitación, no —dijo, un poco ofendido–. Todo auténtico. Hoy es la primera función de la gira del 28 en el Cervantes. ¿Un chablis bien helado?

—¡Qué vino! —dije, paladeando.

—Vea, Chirom, me tomé la libertad de invitar a Pardal Gómez, ya que como usted es ingeniero creo que se van a entender. Viene tarde porque está con Margot —agregó—. ¡Salud! ¡Por los negocios!

Comimos salmón con roquefort y nos tomamos otra botella. Pardal cayó a los postres, acompañado.

Empezó a comer al revés, por el flan con crema. Mientras tanto, exponía su teoría, dibujando diagramas sobre el mantel. Después de la explicación, que cambió todo lo que sabía sobre física, quedé más bien confundido. Pardal miró el reloj que tenía en la mano derecha. Se puso nervioso y miró también el reloj de la izquierda. Comió el jamón con melón, que para él era el postre, apurado. Mientras tanto miraba los dos relojes.

En el de la izquierda, el común, las agujas marcaban la 1 y 16. En el de la derecha, que tenía las veinticuatro horas, casi la medianoche.

"Ha de ser la Cenicienta", pensé y le miré a Margot los zapatitos. Eran de charol, bastante ajados, como pisoteados en el subte. Era muy linda, parda.

Se fueron a las corridas pero no me llamó la atención.

Tomé otro trago y pensé:

"Que este pueblo me resulte rarón debe ser por vivir tantos años en la Capital. Yo soy oriundo de Ramallo, y sueño tantas veces con el río y los cantos de los pájaros al clarear. En las pesadillas, oigo el barullo de las cotorras. Supe cazarlas de pibe, con pega-pega."

—Qué nervioso este Pardal —le comenté a Molinaro.

Tranquilo, el empresario empinó la copa y después me dijo, como al pasar:

—¿Sabe que tiene 35 años?

—¡Parece de 60 con ese pelo blanco!

—Ayer era morocho… pero viajó como cinco veces en el día y volvió así.

Haciendo los cálculos que me habían enseñado, comenté:

—No se debe poder…

—¡No me venga con ecuaciones! Ya tengo bastante con Pardal —me dijo Molinaro–. Yo también estudié, ¿sabe? Pero en el 66 me sacaron a

bastonazos. Cuando se me fue el aturdimiento, tomé una decisión: “Guita, en este país lo único que se puede hacer es guita”.

—Yo me conseguí un trabajo en Segba, para empezar.

Me miró de arriba abajo y no dijo nada. Al rato sacó el tema:

—Vea, Chirom, vamos a poner de moda el funyi.

—Y con los espectáculos, ¿qué va a hacer?

—¡Ah! ¡No! Se los vamos a dejar a Pardal. A él se le ocurrió, cuando andaba desesperado.

—¿Desesperado por qué?

—Lo apretaban de la financiera, ¿sabe? La máquina la fue haciendo él, con unos pibes, en el taller, juntando válvulas y condensadores. Basura tecnológica. Pero al fin tuvo que pedir crédito para comprar un osciloscopio. De no, se le desfasaba la tecnología. Doce mil dólares que con el tiempo se le hicieron noventa mil. ¿Y de dónde iba a sacar la plata? —se calló un rato y me miró fijo. Después agregó:

—Usté ve esto muy tranquilo, ¿no? Saludadora la gente. Pero cuando se trata de guita, entran a tallar los hermanos Montejo. Que son de una familia muy recaudadora.

—¿Y qué pasó?

—Déjeme hablar, hombre. Vino a la fábrica Pardal, lívido a pedirme consejo. De regalo me trajo un gliptodonte, que en un solo día me comió todo el jardín. ¡Si será desubicado! “Pardal, Pardal —le dije—, tranquilizate. Tranquilizate y vamos a tomar algo a “Hugo`s”. “¿Y si van los Montejo?” –me dijo. “No seas cagón. Estás conmigo.” Y ahí, en la barra, le dije: “¿Vos hiciste la máquina por joder? Se le puede sacar plata, melón. Es única. Y con la plata te salvás de los Montejo. Yo no tengo efectivo, pero por unos días te los paro con unos checonatos. Dejámelos a mí; pero no tenés más de una semana”.

—Pero ¿qué iba a hacer con la máquina? –le dije. Molinaro me interrumpió:

—No le quepa duda de que es muy inteligente. Muy inteligente para hacerla, pero un salame para usarla, para sacarle jugo…

—¿No se le ocurrió comprar unos dólares?...

—Sí, el negocio es comprar dólares y volver en el día, venderlos más caros hoy y regresar a comprar más. Y así, en un ir y venir, del día más barato para comprar al día más caro para vender… una y otra vez. Mire, con la máquina se podría dominar el mundo.

—¡Fantástico! ¡La bicicleta de Minkowski!

—No sé, no lo conozco al ruso ese. Pero al final el truco financiero no anduvo… tantos viajes producen un desgaste. Inesperado.

—¿Y usté no se podía prender en dos o tres idas y vueltas? Así no deben ser peligrosas…

—Mire, hace unos diez años que lo vengo bancando a Pardal y lo tengo bien junado. Es un amigo, desde ya. De comer le doy, no le va a faltar. Pero que él haga su negocio y yo el mío. Nunca se sabe con lo que va a salir. Pero los que estamos en la producción hacemos equilibrio en un pelo. Pero él viene y te dice, con esa cancha que tiene para mangar: "Con menos de mil no puedo, de no son muchos viajes." "Y, hacelos", le dije. "Mirá Negro, no se puede abusar." Me sacó la pluma fuente y me hizo vertiginosamente unos cálculos. Y al ver los números se quedó paralizado, como le pasa a veces a los gatos, y mirando vaya a saber qué. "Qué pasa" le pregunté. "Mirá, hay algo que todavía no entiendo, no me da. En matemática se diría que no converge.

"Hablá en cristiano, che.

"…debe ser por el frío.

"Qué frío.

"Cómo te lo explico… un viaje en el Tiempo es un viaje en el Espacio… pero uno no viaja entero, viaja desparramado en partículas… uno es… como una cooperativa, por eso se desparrama y se vuelve a juntar… ya en otra época.

"Para mí es chino.

"Imaginate que tenés un espejo enfrente y no te ves, porque viajás más rápido que la luz. Pero el asunto, según esto –me mostró la servilleta llena de signos— tiene dos soluciones…"

"Dos soluciones son un problema, le dije –agregó el empresario.

"Entonces Pardal se quedó pensando. Enseguida afirmó:

"¡Flor de problema si se da A y no B!

"Decime —le dije—. ¿Cuántas veces fuiste, no te estarás pasando?

"Fui un montón de veces.

"Tenés un ojo violeta, che… El otro está bien.

"Si fuera eso solo… —me dijo—. Tenía una cara el pobre…"

Yo no podía opinar del tema porque las teorías de Pardal superaban todo lo que yo sabía. Pero de algún modo Molinaro, con sus maneras campechanas, había entendido que si su amigo había abusado estaba en peligro, un peligro misterioso.

Hoy Dúo Gardel Razzano Hoy

36 australes

No traiga ropa de nylon

Frente a la carpa se leía el cartel que había aumentado de precio desde la mañana de mi llegada. Pero nosotros no íbamos a pagar la entrada.

—Vea, Chirom, un viaje solo no nos va a hacer nada, ¿no?...

Lo esperamos a Pardal Gómez en la entrada, para pasar gratis. Frío, lo que se dice frío, se siente. Me pareció entrever un sol verdoso y helado. No sé cómo pudo ser eso, ya que estábamos desparramados y disparados a esa velocidad de locos. Pero la memoria es un misterio y capaz que también inventa.

Nos quedamos tiritando en la puerta del teatro. Fuimos los primeros en entrar porque nos introdujo Pardal Gómez, que parecía reinar en ese ambiente. Lo que es tener relaciones. Más de cien no pudieron entrar y se quedaron esperando al aire libre. Allá, en los camarines, todos saludaban al inventor como si fuera de la casa. Carlitos en persona le palmeaba el hombro. Yo le di la mano al cantor pero él se sobresaltó porque estaba helada. Las voces retumbaban un poco, como si hubiera parlantes mal ajustados.

Gardel, que estaba gordo, se hacía unos buches y escupía en una palangana. Aunque no soy lo que se dice tanguero, era emocionante estar cerca de él. Me llamó la atención ver a Pardal afinando una guitarra. ¿Se acuerdan de los dos guitarristas, esos que suenan a la lata en los discos de pasta? Bueno, eran tres. Pardal en persona completaba el trío.

Con un gesto seco nos mandaron a la primera fila porque estaba por empezar.

Fue una cosa de no creer. Pardal, en la viola, era tan malo como los otros. Pero Gardel mucho mejor en vivo.

El inventor, que se había vuelto canoso y zarco, quedaba raro en el escenario. No parecía de la época, tampoco salía en las fotos, como se ha visto después.

La parda Margot, sentada al lado mío, le tiraba besos.

Él se distraía y desafinaba de tanto mirarla.

—Qué piensa de este romance —le dije bajito a Molinaro.

—¡Chist! ¡Deje escuchar canejo que esto es único!

Después, en el intervalo, me contestó:

—¿Qué pienso? Que Pardal no cambia nunca, ni desparramando sus partículas cooperativas por el espacio-tiempo. Pero vea a toda la gente colgada de los palcos. Ya debe haber juntado toda la guita para los Montejo.

Salvo por lo linda que era (o que será o que fue) Margot me parecía una coqueta que lo tenía agarrado a Pardal y que lo llevaba de fandango en fandango. ¡Él le compraba unas pilchas!

Después de los bises y los aplausos, el espectáculo terminó. Pardal se acercó y nos invitó a cenar, con champán Pommery. A la minusha le daba todos los gustos. La plata no la gastaba, la volanteaba. Para mí que ella lo vivía.

Cuando volvimos, Molinaro y yo fuimos los primeros en salir de la carpa y nos quedamos esperando en la entrada.

—¿Qué hacen los Montejo relojeando por ahí? –dije.

—¿Adonde? —se sobresaltó Molinaro y se fue de frente hacia los hermanos, que se perdieron entre la gente que empezaba a salir.

Molinaro volvió corriendo. Me empujó hacia la entrada y me dijo:

—¡Este boludo no pagó!

—¡Hay que avisarle! –le grité.

Pero fue decir eso y estallar la molotov. Saltamos para atrás, asustados. Apenas alumbrados por el resplandor de las llamas los vimos a los Montejo, que escapaban hacia la oscuridad del campo trabuco en mano.

El fuego se comía la carpa con ruido de chaparrón. Había olor a goma quemada y estaban estallando los tubos.

No sé en qué momento los habrá agarrado el incendio, ligero como una pincelada.

Cuando se apagó nos fuimos a ver la chamusquina. Buscamos pero no encontramos ningún cuerpo.

Yo vi un zapatito de charol, medio quemado, cerca de lo que fue la escotilla de la máquina.

Nos quedamos pensativos un rato, oliendo a ceniza.

—Vaya a saber —dijo Molinaro, tristón. Vaya a saber si no salieron de gira con el Mudo, si no arrancaron antes para Niú Yorc.

—Capaz —le dije, mientras nos volvíamos–, capaz que el fuego no pasó al otro lado y que desde esta noche Gardel cantó siempre con tres guitarristas. ■

JORGE DI PAOLA

Nació en Tandil, Provincia de Buenos Aires en 1940. Publicó el libro de cuentos *La virginidad es un tigre de papel* (1974). Escribió para *Panorama*, *Confirmado* y *La Opinión*, y fue uno de los fundadores de la revista *El Porteño*. Publicó *Hernán* (1963), la novela *Minga!* (1987). En colaboración con Roberto Jacoby escribió la novela de espionaje *Moncada. El arte del espectáculo* (2001) es un libro de relatos. Falleció en Tandil en 2007.

Arena

Guillermo Saccomanno

No hace mucho que dejó de llover y amaneció en el campo. El rastrojero avanza a los tumbos enterrándose en el barro. La marcha es cada vez más lenta. El motor se ahoga. En la caja del rastrojero viajamos la abuela, mi madre, mi hermana y yo. Viajamos abrazados, ahí atrás, entre valijas, bolsos y paquetes, protegidos por una lona. Es enero y vamos de vacaciones. Unos parientes de la abuela tienen una casa en Santa Teresita. Y nos invitaron a pasar unos días.

A mi padre esos parientes no le caen simpáticos. Según la abuela, sus parientes prosperaron porque son trabajadores y creyentes. Si ellos pudieron tener una casa en la costa se debe a una recompensa del cielo. Dios ayuda a quienes trabajan, dice. Y lo mira a mi padre: No como algunos. Mi padre le contesta: Esclavos y chupacirios, dice mi padre. Eso es lo que son sus parientes.

La abuela se calla. Los ojos le brillan con malicia. Es cierto que la abuela admira a esos parientes suyos. Pero, mirando la situación desde otra perspectiva, cuando la abuela comenta la invitación a ir al mar que hicieron sus parientes esa admiración resulta, como nunca, otra forma de rebajar a mi padre, quien al hacerse delegado en cada sastrería en que empieza a trabajar, al poco tiempo es despedido por enfrentar a la patronal, y tiene que buscar otro empleo.

Me cuesta comprender por qué si mi padre desprecia a estos parientes de la abuela, no se opuso a que mi madre, mi hermana y yo viniéramos al mar. En estos días mi padre se empleó de nuevo en una sastrería. No puede disponer de francos. Pero vendrá a visitarnos apenas pueda. Los tiempos no están para andar haciéndose los ricos, dice la abuela. Sin duda alude a mi padre. Así es que con mi madre y mi hermana subimos a la caja del rastrojero de los parientes rumbo a Santa Teresita.

La casa de los parientes es un chalecito que se levanta en el campo, a unas cuantas cuadras del mar. Esta casa en la playa es otra ventaja de los parientes sobre mi padre. La abuela la aprovecha como propia. Los días se hacen largos, interminables, como las caminatas con mi madre por la playa. Para encontrar un almacén también es necesario caminar bastante. Santa Teresita es un pueblo incipiente entre cardales quemados por el sol, extensiones apenas alambradas que recién empiezan a delimitarse. El viento áspero y caliente levanta polvo y arena. Por las noches el viento trae el sonido del mar. Es bueno dormirse escuchando el oleaje como un susurro. Me duermo imaginando cómo será ir al mar con mi padre, cuando venga. Pero pasan los días y mi padre no viene.

Un domingo por la mañana mi madre nos lleva al pueblo. De un micro baja mi padre. Besa a mi madre, levanta en brazos a mi hermana y me palmea campechano. No, no trajo equipaje. Ni un bolsito, se divierte. Apenas esta campera que ahora se cuelga al hombro. Es que vino apenas por este domingo, porque mañana lunes debe estar otra vez en la sastrería. No quiere perder tiempo, me dice. Que lo acompañe al mar, me pide.

Es temprano todavía, pero el sol calcina. Con seguridad será un día pesado, sofocante. En lugar de ir a la casa mi padre prefiere ver antes el mar. Mi padre avanza con agilidad y rapidez. Y, a medida que nos aproximamos a la costa, mi madre y mi hermana van quedando rezagadas. Yo lo sigo al trote. Mi padre encara unos médanos. Trepamos. Mi padre primero. Y yo detrás. Hay un instante en que lo pierdo de vista. Mi padre ya pasó del otro lado del médano. Yo todavía estoy intentando alcanzar la cima. Y cuando la alcanzo, lo veo otra vez.

Allá abajo mi padre corre por la playa, hacia el mar. Se quita la campera, después la camisa. Sin perder el envión, los zapatos, las medias, los pantalones, hasta quedarse en esos calzoncillos anatómicos que usa. Corre sin parar hasta las primeras olas. Se zambulle. Una y otra vez asoma en la espuma y vuelve a clavarse en las olas. Mi padre no es un nadador experimentado. Su estilo es caótico, con mucho de improvisación. En sus brazadas se nota más esfuerzo que habilidad. Su silueta apenas se divisa a lo lejos. Pronto lo devoran las olas más altas y violentas.

Me apuro detrás suyo, juntando la ropa que dejó tirada en la arena. Freno antes de llegar al agua. Con terror advierto que su figura, una silueta hace un instante, ha desaparecido después de unas olas gigantescas. Ahora mi madre y mi hermana están a mi lado. Asustada, mi madre lo llama. Grita su nombre. Varias veces, al borde del llanto, lo grita. Mi voz se suma a la suya. Para mi hermana estamos jugando. Y se ríe imitándonos. La desesperación se apodera de nosotros. Gritamos al mar.

Mi padre tarda en insinuarse en la distancia. Cada tanto una ola vuelve a ocultarlo. Está intentando volver. La corriente lo tironea mar adentro, pero

él, con su tozudez, obstinado, se las ingenia para nadar hacia la playa. Cuando emerge de entre las olas, ahora haciendo pie, levanta los brazos con una alegría de pibe, como invitándonos a una zambullida. Recién al acercarse, cuando está ya con nosotros, repara en la expresión angustiada de mi madre, su llanto. El susto de mi madre lo divierte.

En francés el mar es mujer, me dice. Tu madre se puso celosa.

A mi padre el mar lo entusiasma.

Y me cuenta esta historia. En el tercer día de la creación la Tierra era plana y las aguas la cubrían. Cumpliendo una orden de Dios, las aguas se distribuyeron recorriendo valles y montañas. Pero las aguas eran arrogantes. Y se levantaron amenazando anegarlo todo. Dios las reprendió y puso un pie frente a ellas estableciendo el límite del mar. Cuando las aguas vieron la arena se burlaron. Los granos de arena eran insignificantes. "No les tememos", dijo una ola. Y otra: Cualquiera de nosotras, aún la más pequeña, puede destruirlos." Los granos de arena se aterraron. Pero uno dijo: "Es cierto que somos insignificantes cuando estamos separados y hasta una brisa suave nos puede disolver. Pero también es verdad que si nos unimos podemos resistir el embate de las aguas arrogantes".

Le pregunto a mi padre si cree en Dios.

Creo en los granos de arena, me dice.

Y, atravesando el campo, caminamos los cuatro, mi padre, mi madre, mi hermana y yo, por una calle de arena hacia la casa de los parientes. ■

GUILLERMO SACCOMANNO

Nació en 1948 y reside en Villa Gessel, provincia de Buenos Aires. Trabajó como guionista de historietas en las revistas *Skorpio*, *Superhumor* y *Fierro*. Fue creativo publicitario y periodista. Publicó, entre otros, los libros de cuentos *Situación de peligro*, *Bajo bandera*, *Animales domésticos* y *La indiferencia del mundo*; y las novelas *Roberto y Eva: historia de un amor argentino*, *El buen dolor* y *La lengua del malón*. Obtuvo el Premio Municipal de Cuento, el Premio Crisis de Narrativa Latinoamericana, el Premio Club de los XII, el Premio Nacional de Novela de la Argentina y el Premio de novela Seix Barral.

El eucalipto
y otros cuentos
Ángela Pradelli

Desde acá, desde la planta alta, se ve en su amplitud el bosquecito del baldío de enfrente. Todos los días abro la ventana de la habitación para que entre la brisa de las primeras horas de la mañana y refresque el aire quieto que fue cargándose durante la noche con la respiración pesada de los sueños. El eucalipto se impone sobre los otros árboles: pinos, tilos y algunos paraísos pequeños que nunca terminan de desarrollarse bien porque hay demasiada sombra en esa espesura. Acá arriba, si se mira en perspectiva, el marco superior de la ventana, a la distancia, coincide con la línea superior de las hojas. El eucalipto es el árbol más alto de todos y tal vez la fronda de su copa sea también la más ancha. Hay días en que las ramas se mecen aletargadas. Otros, en que están tan quietas como muertas. En las tormentas de invierno los vientos se cruzan como látigos y enloquecen las ramas más gruesas hasta dejarlas desnudas en lo alto.

A veces me da vueltas en la cabeza una idea que aborrezco. Algunas mañanas al abrir la ventana pienso que, desde esta altura, la única forma de lograr ver el cielo más lleno, es decir, sin el recorte de la copa del eucalipto, sería derribando ese árbol. Es una verdad que detesto. Tal vez porque el árbol derribado se convertiría, con el tiempo, en un colchón de astillas sobre la tierra. El tronco pulverizado, las raíces y también las ramas y las hojas ya deshechas serían abono para que otros árboles crecieran menos frágiles o más altos. Y entonces, una vez más el cielo volvería a recortarse y así una y otra vez.

Pero reconozco que no siempre es así, que a veces prospera algo distinto. Son días en que al despertarme confundo la ventana con uno de esos espejos que nos engañan porque deforman los contornos y siempre están ahí mintiéndonos. Son las mañanas más dichosas, cuando ni siquiera pienso en la falta y los recortes. Y mucho menos en la plenitud de los cielos enteros. ■

Timote

En 1970 yo tenía once años, mis padres acababan de separarse y en casa atravesábamos el temblor que dejan casi siempre las rupturas. Aquel año, cuando sólo faltaban dos días para las vacaciones de invierno, Teresa, una mujer pelirroja que venía dos veces por semana a limpiar y planchar algo de ropa, me preguntó si quería ir con ella a pasar unos días a casa de sus parientes. ¿Dónde viven?, le pregunté. En Timote, me contestó. Durante el mes anterior, de la noche a la mañana, Timote había pasado del anonimato a la fama cuando los diarios, la televisión y la radio dieron la noticia de que el General Pedro Eugenio Aramburu había sido fusilado en esa localidad por un grupo de Montoneros. Es verdad que los primeros días de junio cuando se supo la noticia nadie sabía ni siquiera dónde quedaba Timote, pero en pocas horas, su nombre trascendía no sólo en los discursos sociales sino también en casi todas las conversaciones familiares.

Tomamos el tren a Timote el primer día de las vacaciones de invierno. Teresa acomodó nuestros bolsos en el portaequipaje y se sentó en el asiento del pasillo para que yo pudiera mirar por la ventanilla. Llegamos una tarde muy fría pero de sol y mientras caminábamos por la calle de tierra que corría paralela a las vías del ferrocarril vimos varios autos que iban en nuestra misma dirección. “Seguro que van a ver la casa en la que mataron a Aramburu”, dijo Teresa. La construcción era en realidad un casco de estancia que quedaba justo enfrente de la casa en la que vivían los parientes de Teresa, una casa de techos bajos, que no tenía ni luz ni gas.

Durante los días que estuvimos en Timote, a toda hora, veíamos desfilar autos por el frente de la casa. Venían de los pueblos vecinos aunque es cierto que muchos viajaban también especialmente desde Buenos Aires. Todos querían acercarse al lugar del fusilamiento. Algunos la llamaban la casa de los Montoneros. Otros en cambio le decían la casa de Aramburu. Casi todos estacionaban, se bajaban y permanecían allí diez o quince minutos. Desde enfrente los veíamos recorrer de punta a punta todo el ancho de los terrenos donde se emplazaba la estancia. Sólo unos pocos se atrevían a saltar el alambre y pasar del otro lado. Pero, de un lado o del otro, de adentro o de afuera, todos conjeturaban y sacaban conclusiones. Que este sería el portón por donde los Montoneros habían entrado con Aramburu en el auto. Que el juicio se habría llevado a cabo en la habitación que daba al frente, que sería probablemente la sala principal. Que a Aramburu lo habrían matado aquí, decía uno señalando una ventana que daba al oeste. No, contestaba alguien desde la otra punta,

habrá sido acá. Afirmaban también que el sótano donde lo habían encontrado ocuparía buena parte de la construcción y que probablemente los Montoneros habrían comprado en el pueblo las bolsas de cal bajo las cuales se encontró luego el cuerpo del general. Que no, decían otros, que las bolsas estarían en la casa, que tal vez hubiesen sobrado de alguna refacción. Pero la mayoría aseguraba que la cal la habían hecho traer los guerrilleros desde Carlos Tejedor, una localidad que es cabeza de partido y donde había un corralón grande de materiales para la construcción. Muchos, pero recién cuando ya habían agotado las especulaciones sobre cómo habían ocurrido los hechos, cruzaban la calle de tierra para preguntarle a los parientes de Teresa si habían oído el disparo del fusilamiento. Algunos preguntaban también si habían visto a los Montoneros entrando y saliendo de la estancia durante los días que duró el secuestro, o comprando comestibles en los negocios cercanos a la estación. Querían saber también si los guerrilleros saludaban a los vecinos y hasta si ponían música en la estancia. Los más desconfiados preguntaban si desde allí enfrente nunca habían notado ningún movimiento sospechoso y que cómo podía ser que no hubiesen oído el tiro viviendo tan cerca.

El jueves fue Teresa misma la que les preguntó a sus parientes por el disparo. Era un día frío y nublado, y estábamos en la cocina esperando que se calentara un fuentón con agua para el baño. ¿Pero ustedes oyeron o no el disparo?, les preguntó Teresa acomodándose la melena pelirroja. Teníamos pensado quedarnos en Timote más de una semana pero esa tarde Teresa decidió que nos volvíamos a Buenos Aires y me pidió que la acompañara a la estación a comprar los boletos de tren para regresar al día siguiente. Esa última noche en Timote, en la oscuridad de aquella casa fría, me desperté a la madrugada por un estampido que sin embargo nadie más pareció oír a juzgar por la quietud y el silencio del resto. Ya en Buenos Aires, durante varios meses, en la mitad de la noche, me despertaba de un sobresalto porque oía un disparo que sonaba en el centro de mi cabeza. Después ya no podía volver a dormirme hasta que empezara a amanecer, por el miedo y porque sabía que el tiro no había venido de un sueño. ■

ÁNGELA PRADELLI

Nació en 1959 y siempre vivió en la provincia de Buenos Aires. Es poeta y novelista. Ejerce la docencia en escuelas secundarias y da conferencias y talleres de escritura en distintos países. Sus notas sobre educación y lenguaje se publican en la sección “Opinión” del diario *Clarín*. Colabora también en *Página/12* y otros medios. Publicó *Las cosas ocultas*; *Amigas mías*; *Turdera*; *El lugar del padre; Cómo se empieza a escribir una narración*, antología; Libro de lectura, crónica de una docente argentina; *Combi*; y *Un día entero*. Es antóloga

junto con Esther Cross de *La Biblia por 25 escritores argentinos*. Recibió premios nacionales e internacionales y fue escritora residente en el Atlantic Center for the Arts, Florida, Estados Unidos, también en Ginebra, por la Fundación Pro Helvetia y fue escritora invitada en el 13 The Art of Storytelling organizado por el Sistema de Bibliotecas públicas de Miami.

La pasión según San Martín

Mario Goloboff

A Oscar Terán
"Hijitos, guardáos de los ídolos."
Iera Epístola de San Juan, 5-21.

Los cuadernos llevaban su nombre, y las cajas de lápices, las plumas de tinta, las gomas de borrar, los guardapolvos. Y además estaba toda la mañana frente a nosotros, arriba, ocupando el centro de la pared principal de un aula enorme con tres ventanas altas a la calle desde donde se alzaban los rumores del día, las voces de los vendedores de fruta, las de los paseantes.

Mis hojas eran desprolijas, llenas de ilevantables manchones en cada deber. Al comienzo, me proponía conservarlas casi intactas, pero a medida que avanzaba la semana veía cómo se malgastaban en borrones, en tachaduras, en correcciones ruinosas, dañándose arriba y abajo con esas orejas que torcían los ángulos y entristecían la página. También yo era un chico triste, y quizás fuera por eso que no podía evitar la lenta corrupción de mis prometedoras hojas blancas.

De todos modos, la figura del Gran Capitán adornaba la primera. En aquel sexto grado, el ritual disponía comenzar (y seguir y poblar y cubrir) todo con él: justamente 100 años atrás había muerto en un lugar de Francia cuyo nombre, de pronunciación extraña, parecía hablar del mar y del destierro. Yo me apropiaba de mi primera amada hoja, de mi lápiz de punta casi siempre egoísta, de mis mejores deseos, y comenzaba el desmesurado intento de reproducir en líneas y en contornos lo que indudablemente estaba más allá de mis patrióticos esfuerzos.

Sus virtudes eran tan grandiosas que escapaban a la improvisación de un niño; no obstante, una y otra vez yo insistía. Comenzaba por la erecta nariz, bajaba hacia la boca fina y a pesar de ello decidida y tenaz, tomaba el señero mentón donde el trazo no podía disimularse, recaía en el cuello, regresaba todavía indeciso sobre la sombra de la cara pugnando con las orejas torvas y las inacabables patillas, me

entretenía con los arabescos de la mitad de uniforme visible, y dejaba los ojos, la frente, todo lo de arriba, para un postergadísimo aunque ineluctable final. Esos ojos constituían para mí la peor de las pruebas. No acertaba a ubicarlos en algún lugar preciso y tampoco daba con la medida exacta, con la forma adecuada, con el color, ni, muchísimo menos, con la tan elocuente y nítida expresión: un inalterable espíritu de independencia que lo llevaba a vencer.

Me sentía solo en ese combate desigual. No había nadie alrededor de mí. Los otros chicos se alejaban como en un sueño de fiebre. Los ojos del Cóndor de los Andes me escrutaban desde lo alto. Yo los penetraba hasta tragarlos, pero cuando el lápiz arriesgaba el trazo, las líneas verdaderas se desvanecían.

Al fin, como fuera, terminaba. Me libraría la campana del recreo, la salida, o la mueca de la maestra que, al acercarse a mi banco, iba a gritar "acabe de una vez, no se va a pasar la santa mañana haciendo ese desastre". Y en realidad, cuando en casa abría de nuevo el cuaderno, contemplaba con pena mi obra, porque la estampa era una caricatura, tan distante del cuadro que teníamos en el frente del aula como de cualquier figura humana.

¿No era yo suficientemente patriota? ¿No sentía lo mismo que todos, y por eso fracasaba? ¿O hace esas basuras porque es un judío y no quiere a la Argentina? Esta última pregunta la espetó la señora de Bileto a una clase enmudecida por lo estrambótico de la cuestión. Ana María (lo supe después, cuando repuesto de una corta enfermedad volví a la escuela) fue la única que respondió no, o la única que al menos contestó algo, argumentando vehementemente que yo dibujaba mal y eso era todo: ella sabía que amaba a mi patria más que a ninguna, y que nunca había hablado mal del Santo de la Espada ni de ningún otro prócer.

En aquellos años que nos tocó vivir, todas las cosas fueron haciéndose particularmente difíciles. Acaso cualquier generación de nuestro inhabitable mundo pueda decir lo mismo. Y muy probablemente tenga razón. Pero cada uno debe dar testimonio del conflicto que lo desgarró, y a lo mejor por la suma de esos desgarramientos pueda conocerse alguna verdad, y por la de esas esforzadas verdades (en un incierto futuro) la historia. La nuestra comenzó frente a las titánicas cejas de un Libertador, en una escuela de pueblo, cuando teníamos once o doce años, y terminó mucho después o quizás termine recién ahora en que a los cuarenta y tantos de mi edad trato de dibujar, sin otros artificios que los de la palabra, un rostro que ya escapó de mí, aquel de Ana María.

Ella estaba entre los mejores del grado, única hija adoptiva (era un secreto a voces) de la portera de la escuela, guardaba con decoro su humilde condición, y prefería hacerse querer por su comportamiento y

su compañerismo. "Conducta" contaba tanto o más que cualquier otra aptitud escolar, y si bien éstas no le faltaban, su poder en la clase venía de las pocas y oportunas ocasiones en que hablaba. Lo hacía suavemente, para hacerse oír; creaba un oasis en medio de nuestro bullicio interminable y nuestro interminable desorden. Naturalmente parca, naturalmente justa, naturalmente católica en un pueblo donde las excepciones eran pocas, la sobria defensa que ese día hizo de mí cerró para siempre el insidioso interrogante lanzado por la señora de Bileto. Y abrió a la vez entre nosotros un camino que jamás habíamos explorado: el de mi gratitud, el de una mutua solidaridad que no quebrantarían ni la edad ni el tiempo ni las tan duras marcas que suceden en el tiempo.

He escrito que aquella época fue difícil; sus avatares no alcanzaron a mellar empero nuestra creciente fraternidad. Debo calificarla así ya que no puedo sostener que hayamos sido amigos: las diferencias de sexo contaban mucho más que ahora por aquel entonces, y nuestra frecuentación era impensable. Tampoco conocíamos aún las posibilidades del amor: acaso nuestros sueños se hayan rozado alguna vez, pero temo que fueran sólo los míos los que la buscaban, y en ese caso me parece faltar a su recuerdo el dar cuenta de ellos. No estoy escribiendo para hablar de mí o de mis noches; lo hago para dibujar un sueño que no me pertenece, un inatrapable aliento, esa cara de niña contra la tempestad.

No, no nos amamos, ni nos tuvimos, ni nos perdimos: los ídolos se encargaron de todo ello por nosotros. Los ídolos y mi dificultad para adorarlos.

Terminado el sexto grado, comencé el Nacional y ella el Comercial; fui prefiriendo cada vez más la compañía de amigos callejeros y haraganes; creo haber deseado y obtenido algún éxito entre las muchachas. Afortunadamente, Ana María permaneció siempre apartada de mis relaciones y de esos farragosos contactos. Nos cruzábamos a veces en alguna de las limitadas esquinas, manteníamos un diálogo inocente sobre nuestros respectivos compañeros y estudios, nos separábamos sabiendo que allí vivíamos, cotidianos, presentes, en un universo todavía visible.

El año 52 la vi desfilar por las desnudas calles de nuestro pueblo con inmensas coronas; detrás y delante de Ana María iban hombres y mujeres tristes. Peones del campo, obreros de la construcción y de la única refinería de aceite que había en las afueras, modestos empleados, sirvientas. Velaban la imagen de Eva (para ellos "Evita"), una reciente muerta a la que ya calificaban de eterna. Cuerpos anulados dentro de la multitud, volvían a cada paso a quebrarse bajo silencio de los árboles sin hojas. Pensé que esa noche me perdería irremisiblemente la proyección del cine Rex: Sterling Hayden y Jean Hagen quedarían para siempre detrás de la pantalla sin mostrarme qué pasa

cuando "La ciudad duerme", porque ésta, la mía, no dormiría jamás: vivía una pesadilla que recién empezaba, y lo hacía con todo el boato alcanzable. El espectáculo me pareció grotesco: amparado tras la ventana del living, sonreí. Al ver nuevamente a Ana María, esta vez junto a su madre, me dolió su dolor y quizás el haber sonreído. Desconocía la ilimitada maldad de que son capaces los seres humanos, y jugaba con el duelo de otros como un dios perverso.

En junio de 1955 se desató la esperada tormenta. Para ese entonces nos asfixiábamos hasta en nuestra propia casa, y ya ni delante de Francisca (que desde antes de mi nacimiento trabajaba para nosotros) podíamos alzar la voz. El levantamiento fracasó, pero aun durante esas cortas horas de esperanza papá hizo señas para que no discutiera con ella. La buena mujer, con lenguaje elemental, se explayó sobre las desgracias del país y contra los "vendepatria", los mismos que, en su desordenado libreto, "habían matado a Moreno y a Belgrano, a San Martín y a Evita". La dejamos decir, por compasión, por afecto. También por prudencia: las radios oficiales no tardaron en atronar venganza, y en casa se apagaron las luces del comedor y del salón.

Sólo septiembre trajo la tan ansiada libertad. Cayó lo que acusábamos de tiranía, y con ella sus nombres y estatuas. La más grande y ridícula, la que afeaba el paseo de la plaza del Prócer, la derrumbamos nosotros, los de 5to Nacional. Por aquel tiempo yo ya había empezado a escribir y descubría (u otros me hacían descubrir) una innata facilidad oratoria. A impulsos de esos desatinos adolescentes, dije encendidos discursos de victoria, y también abrí la fiesta de clausura de nuestro bachillerato con dos o tres frases que la tentadora difusión de mi propia palabra me había concedido. Ana María estaba allí, representando a su Colegio Comercial, y oyó, naturalmente, todos mis desvaríos. En ese instante me tuvo sin cuidado, y ni siquiera me acerqué; acaso hasta haya subido mi indignación patriótica y mi acaloramiento para señalarle tácitamente ciertas distancias.

Comenzó después un baile con dos orquestas. Yo, que nunca había superado los tímidos valses, salté desaforadamente desde las rancheras hasta los rocks sueltos. En un momento dado, fuera de mi procaz tembladeral (al que habían ayudado no pocas gotas de alcohol), reparé en ella. Creí que me observaba, junto a otras dos amigas, sin bailar. Desafiante, atravesé la pista, pero cuando me vi tan cerca de su mano, ostentoso, infiel, sin poder retroceder, sentí miedo al rechazo. Me saludó tibiamente, me presentó a sus compañeras, me invitó a compartir su mesa. Le dije que prefería bailar, y asintió. Entendí que no necesitaba testimonios del hombre porque ella sabía qué guardaban los hombres.

Bailamos. Una, dos, muchas piezas. El cantor equivocaba la letra de *Garúa* y se lo comenté. No se ve a nadie cruzar por la esquina.

Sobre la calle, la hilera de focos lustra el asfalto con luz mortecina. *Y yo voy como un descarte, siempre solo, siempre aparte, recordándote*. Festejó mi memoria y mis ocurrencias; me dio una serenidad que no sé si ella misma tenía. Avergonzado, la miré a los ojos para oír: "No temas, algún día toda esta tristeza se convertirá en gozo". Olvidé que bailábamos, olvidé el lugar, olvidé mis fervores de hacía un rato: no olvidé en cambio que era la primera vez que la abrazaba.

Hablamos de cosas intrascendentes, y también de sus horas y de las mías. Pero no aludimos, cumpliendo un ya tácito pacto, a nada de lo que podía separarnos. Nuestro entendimiento estaba ahí, fresco, todavía intocado, jugando una apuesta contra la corrosión.

Los recuerdos que vienen después son los del despertar a una improbable madurez. Dejé el pueblo natal, y descendí en una ciudad fría donde las diagonales profundizaban el desconcierto: simulaban sueños de un déspota extraño y hermético que hubiera querido provocar continuos y falsos desciframientos. Caminé ansiosamente por esas diagonales buscando el contacto de antiguas paredes en mi mano niña, pero ni las casas ni mis manos eran ya las mismas y aprendí a reconocerme cambiante en un cambiante mundo.

Volvía de vez en cuando al pueblo para ver a mis padres; los encuentros eran duros y hasta agresivos. Yo estaba haciendo el examen de conciencia que toda nuestra generación inició entonces, y revisando el abismo que nos separaba de lo que por aquellos días, aún algo pomposamente, llamábamos "las masas". Intelectuales a la deriva, procurábamos reencarnarnos históricamente, y para hacerlo había que ver el pasado con los ojos y el corazón de ellas. Papá concluía nuestras discusiones atribuyendo a la Universidad mis veleidades, "y vaya a saberse a qué otras compañías".

En esos viajes la busqué íntimamente. Perseguía algo más que un reencuentro y una reanudación de nuestro perdido diálogo; algo más que la recuperación de su mirada y de su rostro que nunca lograba recordar; algo más también que la concreción de una fantasía amorosa imposible. Frente a mis cambios, a mis nuevas maneras de ver la patria y sus inquietos destinos, necesitaba su acuerdo, ahora factible, y su inconmensurable perdón.

No pude ya verla. También ella y su madre se habían marchado del pueblo, y nadie supo (o quiso) darme datos claros sobre el lugar donde habitaban ahora. Alguien me dijo que la madre había muerto en Buenos Aires: alguien deslizó insinuaciones sobre "peligrosas" actividades de Ana María en provincias del norte. Pero nada más. Los años han seguido pasando y corriendo sobre nuestras cabezas y nuestras sangres de manera salvaje. La patria es hoy, toda ella, un montón de cenizas, y los

pocos leños que quedan no alimentan más que un fuego tiránico. Ana María seguramente ha caído; tenía sólo un cuerpo para difundir su mensaje, y así debe haberlo entregado: mezclándose al polen que vuela de las flores, al agua que nutre las plantas. Nunca lo he sabido con certeza y tal vez ni quiera saberlo. Busco su nombre aquí y allá, pero jamás lo he visto y eso alumbra una estúpida esperanza. Sé, en el fondo, que ella ya no está. Que ha pasado como una sombra o como un viento que agita los árboles. Que otros la han amado y la han seguido. En nuestro aterido sur, en nuestra pampa desierta, en nuestros salitrales inmensos, en los subterráneos de las villas o en el altiplano hambriento, ellos habrán recogido su comunión silenciosa, su sacrificio, su buena nueva. Yo, pequeño en mi interminable diáspora, la dibujo, extranjero. No acierto en los trazos, en el color ni en los hechos; presiento que sí en sus contornos. Ella cubre mi mano con dulzura de niña, y canta, para que no llore, sobre los movimientos del mar. ■

Lunel, Languedoc, 1978-1979.

MARIO GOLOBOFF

Nació en Carlos Casares, provincia de Buenos Aires en 1939. Es escritor, abogado, y docente universitario. Integró el "Grupo Poesía La Plata" y la Cooperativa Editorial "Hoy en la Cultura", el Consejo de Redacción de *El Escarabajo de Oro*, y fundó con Vicente Battista la revista de ficción y pensamiento crítico *Nuevos Aires* (1970 1974). Algunos de sus libros son: *Leer Borges*; *Genio y figura de Roberto Arlt*; *Julio Cortázar. La biografía*; *Elogio de la mentira* (Diez ensayos sobre escritores argentinos); *Los versos del hombre pájaro*; *Caballos por el fondo de los ojos*; *Criador de palomas*; *La luna que cae*; *La pasión según San Martín*. Fuera del país, hay trabajos sobre él y su obra en Alemania, Estados Unidos, Francia, Israel, Italia, y la ex Yugoslavia. Sus textos y obras de ficción han sido traducidos a numerosas lenguas.

El traje con dos pantalones

Hebe Uhart

Hace mucho tiempo yo vivía con Atilio en un departamento que mi mamá me había comprado porque él dijo que el anterior lo deprimía y por eso no podía trabajar. No era para menos: en el departamento anterior había un ascensor parado desde haría unos setenta años, un vidrio se nos cayó y pusimos un cartón y nos dispusimos a llevar una vida nueva en otro más nuevo, más chico. Yo fantaseaba con arreglarlo a mi gusto, un poco de gusto debo haber tenido, pero no sabía cómo la gente llevaba a su casa todas esas cosas lindas que había por ahí. Fui muy prudente con los adornos porque Atilio los insultaba, los rompía o se tropezaba. Eso sí, llevamos del departamento anterior la camita donde dormíamos, que era de una sola plaza, pero yo veía esa incomodidad como si el destino me la hubiera deparado. A la noche, él venía de andar hasta tarde por ahí, con un cuento recurrente: que se había topado por la calle con un militar grandote, lleno de charreteras y él lo había vencido. Yo le decía "dormite" con cierta prudencia porque sabía el discurso que venía después: estaba referido a gentes mediocres que no comprenden el significado de una gesta heroica. Cuando yo iba a trabajar lo dejaba dormido y envuelto en un vaho de alcohol. Un día me puse muy diligente y dije: "Yo lo voy a ayudar para que se componga". Fuimos a ver a un médico, que le recetó vitaminas, pero hasta las vitaminas que le recetaban a él eran distintas de las del género humano: le recetó unas pelotitas marrones, como pequeñas albóndigas granulosas. También lo llevé a lo del psiquiatra —él le decía doctor Felpudo—. Y la entrevista también resultó distinta de lo que suelen ser. Atilio entró hablando fuerte y con voz pastosa y el doctor Felpudo le dijo:

—Shhh… usted se me sienta y se queda allí calladito.

Él obedeció, porque le tenía miedo a la policía, a los militares, a los médicos, a las madres de sus novias, a los perros y a los viajes. Él me

dijo que para trabajar necesitaba un traje nuevo y no era cosa de desaprovechar la ocasión: mi mamá me dio la plata para comprar un traje en casa Muñoz, donde un peso vale dos, que venía con dos pantalones. Él siempre iba de traje, camisa y corbata, jamás usó una campera o unos vaqueros, porque en el fondo él quería ser muy correcto, pero todo le jugaba en contra. Una vez trabajó unos meses en una compañía de seguros, y con algún criterio que desconozco, lo nombraron secretario del gremio y debía hacer las actas de reuniones. Pero era tanta la ansiedad que le producía anotar todo lo que se decía —porque no se acordaba después de la mitad de las cosas, según me contó— que tiró el libro de actas en el riachuelo. Y después tenía la ansiedad del posible castigo y la humillación de tener que mentir, porque dijo a sus compañeros que se le había perdido.

Ahora bien, yo fui a casa Muñoz, con la seguridad del que cumple una función importante y él me esperaba en el bar de la esquina —siempre me esperaba en el bar de la esquina— mientras yo cumplía mis eficientes funciones. Yo no tenía un centímetro, así que llevé un hilo para medir el largo de los pantalones; con una vida tan agitada y llena de acontecimientos, un centímetro es un detalle irrelevante. No bien entré a esa hermosa tienda con vendedores tan elegantes, caí en la cuenta de que estaba haciendo algo incorrecto, pero yo no era de arredrarme y puse el hilo sobre el mostrador. El vendedor dijo:

—Pero esto... No puedo con esto. Que venga el interesado.

—Está en el bar de la esquina —dije yo con voz débil.

—Tráigalo.

Como si fuera fácil, tuve que convencerlo y me siguió aterrado hasta la tienda. En la puerta había dos vendedores altos, muy bien vestidos, de arrogante prestancia. Atilio era muy delgadito, sus ropas estaban ajadas y miraba la tienda y los gigantes como quien no puede creer en lo que ve. Le tomaron las medidas dos de esos vendedores enormes y prestigiosos, en un rincón, y cuando salimos, uno de los gigantes, que era como un custodio de la puerta, le dijo:

—Tiene que comer más, muchacho, está muy delgadito

Pero tuve que volver otra vez a la casa Muñoz porque se arruinaron enseguida los dos pantalones. El primer pantalón desapareció no sé donde y el segundo había atravesado mil guerras, tenía adheridas unas cosas extrañas, pegajosas, parecía masticado y estaba roto. Yo pensé: "Voy a llevarlo para que se lo arreglen". El vendedor lo miró y dijo, dubitativamente y consternado, tratando de no tocarlo:

¡Pero esto! ¿Cómo se le pudo haber roto así?

—No sé, dije muy afligida por mi ignorancia.

—No, no tiene remedio –dijo.

"Qué lástima", pensé, mientras él esperaba en la casa cubierto con la frazada, ya que no me pudo acompañar porque no tenía pantalones. Yo hubiera deseado que el vendedor levantara ese pantalón hacia la luz, aunque fuera con un palo, pero no hay palos en las tiendas, él lo agarraba con una uña de la botamanga. Para saber qué misterio insondable encerraban esos pantalones. ■

HEBE UHART

Nació en Moreno, provincia de Buenos Aires en 1936. Es autora de los libros de cuentos *Dios, San Pedro y las Almas*; *El budín esponjoso*; *La luz de un nuevo día; Del cielo a casa*. Publicó también las novelas *Camilo asciende* y *Señorita*. Recibió el Premio Konex Diploma al Mérito en el 2004.

Nadar de noche

Juan Forn

Era demasiado tarde para estar despierto, especialmente en una casa prestada y a oscuras. Afuera, en el jardín, los grillos convocaban empecinados y furiosos la lluvia, y él se preguntó cómo podían dormir en los cuartos de arriba su mujer y la beba con ese murmullo ensordecedor.

Tenía insomnio, estaba en pantalones cortos, sentado frente al ventanal abierto que daba a la terraza y al jardín. Las únicas luces prendidas eran los focos adentro de la pileta, pero la luz ondulada por el agua no conseguía matar del todo la sensación de estar en una casa ajena, el malestar indefinible con aquel simulacro de vacaciones.

Porque, en realidad, no estaba ahí descansando sino trabajando. Aunque el trabajo no implicase ningún esfuerzo en particular, aunque no tuviese que hacer nada, salvo vivir en esa casa con su mujer y su hija y disfrutar las posesiones de su amigo Félix, mientras éste y Ruth remontaban el Nilo y gastaban fortunas en rollos de fotos y guías egipcios sin dientes, a cuenta de una revista de viajes italiana.

Para calmarse, para atraer el sueño, pensó que no iba a pisar Buenos Aires en todo el mes. Viviría en pantalones cortos y sin afeitarse, cortaría el pasto, cuidaría la pileta, vería videos y escucharía música mientras su hija crecía delante de sus ojos y su mujer inventaba postres raros en la cocina. Y en todo ese tiempo quizá le dejaran algún mensaje mínimamente estimulante, o al menos catastrófico, en el contestador automático de su departamento.

Mientras tanto, a lo mejor Félix y Ruth decidían prolongar su viaje un mes más, o tenían un accidente, o se enamoraban los dos de un mismo efebo andrógino y analfabeto en Alejandría. Un mes podía ser mucho tiempo en algunos lugares; un mes podía ser casi una vida. Para su hijita, por ejemplo. Tenía que empezar a vivir al ritmo de ella,

como le había dicho su mujer. Día por día, hora por hora, lentamente. Tenía que asumir la paternidad de una vez, como dirían Félix y Ruth, si es que no lo habían dicho.

Entonces oyó la puerta. No el timbre sino dos golpecitos suaves, corteses, casi conscientes de la hora que era. Cada casa tiene su lógica, y sus leyes son más elocuentes de noche, cuando las cosas ocurren sin paliativos sonoros. Él no miró el reloj, ni se sorprendió, ni pensó que los golpes eran imaginación suya. Simplemente se levantó, sin prender ninguna luz a su paso y cuando abrió la puerta se encontró con su padre parado delante de él. No lo veía desde que había muerto. Y, en ese momento, supo incongruentemente que ya se había hecho a la idea de no verlo nunca más.

Su padre tenía puesto un impermeable cerrado hasta arriba y el pelo tan abundante y bien peinado como siempre, pero totalmente blanco. Nunca habían sido muy expresivos entre ellos. Él dijo: "Papá, qué sorpresa", pero no se movió hasta que su padre preguntó sonriendo:

—¿Se puede pasar?

—Sí, claro. Por supuesto.

El padre cruzó el living a oscuras y el ventanal abierto y fue a sentarse en una de las reposeras de la terraza. Desde allá miró hacia adentro, lo llamó con la mano y tocó la reposera vacía a su lado. Él salió obedientemente a la terraza. Dijo:

—Dame el impermeable, si querés. ¿Te traigo algo para tomar?

El padre negó con la cabeza a ambas ofertas. Después se estiró todo lo que pudo y respiró hondo sin perder la sonrisa.

—Va a llover en cualquier momento —dijo—. Qué maravilla. ¿De día es así, también?

—Mejor. Para Marisa y la beba, especialmente.

—Marisa y la beba. Debes de tener un montón de cosas para contarme, ¿no?

Él sintió que se le aflojaba apenas la mandíbula. En los sueños en que volvía a verlo, su padre siempre estaba al tanto de todo lo que les había pasado a ellos en su ausencia.

—Sí, claro —dijo—. Supongo que sí.

—Por supuesto, no pretendo que me pongas al día con las noticias. Obviemos la política, el trabajo, el mundo en general, si es posible. Las cosas domésticas, me interesan. Tus hermanas, vos, Marisa, la beba. Esas cosas.

A él le sorprendió que mencionara la palabra domésticas. Y mucho más aún que hubiese nombrado a todos menos a su madre, pero no supo qué decir.

—Voy a servirme un whisky. ¿Seguro que no querés?

—No, no, gracias. A propósito, qué buena idea, las luces adentro de la pileta.

—No es mía —dijo él antes de entrar—. La casa, quiero decir.

Cuando volvió a aparecer, con un vaso bastante lleno, se frenó detrás de la reposera de su padre y sintió de golpe que todavía no se habían tocado.

—Yo creí —dijo, desde ese lugar— que vos veías todo lo que pasaba acá, desde donde estabas.

La cabeza de su padre se movió levemente a uno y otro lado, varias veces.

—Lamentablemente no. Es bastante distinto de lo que uno se imagina.

Él miró la pileta y tuvo la sensación de que no controlaba lo que decía ni lo que iba a decir.

—Si supieras la cantidad de cosas que hice en estos años para vos, pensando que me estabas mirando —y se rió un poco, sin alegría pero sin amargura, para vaciarse los pulmones no más— o sea que no sabés nada de estos cuatro años. Qué increíble.

El padre se reacomodó en la reposera y lo miró de costado.

—A lo mejor hay cambios, adonde nos mandan ahora. Si te sirve de consuelo.

Él lo miró sin entender.

—Hubo un traslado. Voy a estar en otra parte, a partir de ahora. No sólo yo; muchos más. Las cosas allá no son tan ordenadas como se supone. A veces pasan estos imprevistos. Digo, que esté ahora con vos.

—¿Y por qué conmigo? ¿Por qué no fuiste a ver a mamá?

El padre miró un rato la luz ondulante de la pileta. Su cara cambió muy levemente, hubo un ínfimo matiz de tristeza en su inexpresividad.

—Con tu madre hubiera sido más difícil. Una noche no es tanto tiempo, y yo necesito que me cuentes todo lo que puedas. Con tu madre hablaríamos de otros temas. Del pasado, especialmente; de ella y yo, de muchas cosas buenas que vivimos los dos juntos. Y eso hubiera sido injusto de mi parte.

Hizo una pausa.

—Hay ciertas cosas que son técnicamente imposibles en mi estado actual: sentir, por ejemplo. ¿Entendés? En cierta medida, lo que soy esta noche es algo que no tendría valor para tu madre. Con vos, en cambio, es más simple, para decirlo de alguna manera. Siempre te ubicaste en una posición panorámica en cuanto a las emociones. Con tu madre, con tus hermanas, con vos mismo. En fin.

Hizo otra pausa.

—También pensé que podrías arreglártelas mejor con los sentimientos que te provoque esta visita. A fin de cuentas, yo nunca fui tan importante para vos, ¿no es cierto?

Él sintió algo que hacía mucho tiempo que no sentía. Una especie de sumisión y de necesidad de oponerse a esa sumisión. Supo de pronto que en los últimos cuatro años no había sido esto que era ahora, nuevamente: hijo de su padre. Fue hasta el borde de la pileta, se sacó los mocasines y se sentó con las piernas dentro del agua.

—Si no hubieras sido tan importante para mí, entonces no habría hecho las cosas que hice para vos, por vos, en estos años. ¿No se te ocurrió pensar eso?

—No.

Él quedó perplejo. La respuesta le había parecido tan rápida y brutal que sonó sincera. Y justamente por eso inverosímil. Cobarde. Casi injusta.

—Y ahora que sabés, qué —atinó a decir.

—Nada —contestó el padre.

Después se levantó, llevó la reposera hasta el borde de la pileta y se sentó con las manos en los bolsillos.

—Supongo que no cambia nada. Lo que hiciste, ya lo hiciste. Y me parece que no tiene sentido que te enojes ahora, con vos o conmigo, por eso. ¿No?

No sólo era inútil, además empezaba a sentir que no le era lícito, frente a la condición de su padre, cuestionar nada, ni permitirse esa belicosidad insólita. La necesidad de oponerse se desvaneció y sólo quedó la sumisión, no ya dirigida a su padre sino a un estado de cosas, a una abstracción obtusa e inabarcable.

—Es cierto —dijo—. Perdón.

Se quedaron callados un rato, hasta que él dijo: —De todas maneras, exageré un poco. No fueron tantas las cosas que hice pensando en vos.

El padre soltó una risita.

—Ya me parecía.

Un relámpago rajó en dos el fondo del cielo. Cuando sonó el trueno el padre se encogió y volvió a oírse su risita.

—Ya casi no me acordaba de estas cosas. Es notable cómo funciona la memoria, lo que conserva y lo que deja de lado.

—Los grillos —dijo él— ¿Los oís? No me dejaban dormir. Por eso estaba despierto cuando llegaste.

Después de decir estas palabras dudó. ¿Los grillos? Pero lo pensó mejor y prefirió quedarse con la duda.

—Bueno —dijo el padre con voz muy suave—. A lo nuestro.

—¿Puedo preguntarte algo, antes?

La reposera crujió. Él hizo un esfuerzo para mantenerle la mirada a su padre.

—Como quieras. Pero ya sabés cómo es eso: una vez que te enterás, difícil que puedas borrártelo de la cabeza. No es una amenaza. Lo digo por vos, simplemente.

—Sí, ya sé —dijo él. Y preguntó, con voz insegura: —¿Todos van al mismo lugar? ¿No importa lo que haya hecho cada uno?

—Eso es algo que podría haberte contestado desde los veinte años, más o menos. Siempre sospeché que importaba más en vida que después. En cuanto a la otra pregunta, no es exactamente un lugar, adonde van. Pero sí: todos van al mismo, en la medida en que todos somos relativamente iguales. El modo de vida de tu vecino y el tuyo, por ejemplo, se diferencian tanto como tu estatura y la de él. Son matices, y los matices no cuentan. Digamos que hay, básicamente, sólo dos estados: el tuyo y el mío. Es bastante más complejo, pero no lo entenderías ahora.

—Entonces vos y yo vamos a encontrarnos de nuevo, en algún momento —dijo él.

El padre no contestó.

—¿Importa algo estar juntos, allá?

El padre no contestó.

—¿Y cómo es? —dijo él.

El padre desvío los ojos y miró la pileta. —Como nadar de noche —dijo. Y las ondulaciones de la luz se reflejaron en su cara. —Como nadar de noche, en una pileta inmensa, sin cansarse.

Él tomó de un trago el whisky que quedaba en el vaso y esperó a

que llegase al estómago. Después tiró los hielos en la pileta y apoyó el vaso vacío en el borde.

—¿Algo más? —dijo el padre.

Él negó con la cabeza. Movió un poco las piernas en el agua y miró la base de la reposera, el impermeable, la cara blandamente atemporal de su padre. Pensó en lo reticentes que habían sido siempre en todo contacto corporal y le parecieron increíblemente ingenuos y artificiales aquellos abrazos en los sueños en que aparecía su padre. Esto era la realidad: todo seguía tal como había sido siempre, y recomenzaba casi en el mismo punto en que quedara interrumpido cuatro años antes. Aunque sólo fuese por una noche.

—Por dónde querés que empiece —dijo.

—Por donde quieras. No te preocupes por el tiempo: tenemos toda la noche. Hasta que termines no va a amanecer.

Él respiró hondo, largó el aire y supo que había entrado en la noche más larga y secreta de su vida. Empezó, por supuesto, hablando de su hija. ■

JUAN FORN

Nació en 1959 y a los veinte años ingresó a la editorial Emecé (donde fue sucesivamente telefonista, corrector de pruebas, traductor y editor de ficción argentina). Vive en Villa Gessel, provincia de Buenos Aires, desde allí escribe sus contratapas de los viernes de *Página/12*. Algunos de sus libros son: *Corazones cautivos más arriba*; *Nadar de noche*; *Frivolidad*; Puras mentiras. Creó para la editorial Planeta las colecciones *Biblioteca del Sur* (ficción) y *Espejo de la Argentina* (no ficción) y en 1996 creó el suplemento *Radar* para *Página/12*. En los últimos años ha traducido los libros *País de nieve*, de Yasunari Kawabata; *Bullet Park*, de John Cheever y *Mescalito* de Hunter Thompson. Sus mejores crónicas están reunidas en el libro *La tierra elegida*. Obtuvo el Premio Konex de Platino al mejor periodista literario de la década 1996-2006. En marzo de 2010 publicó un nuevo libro de crónicas, *Ningún hombre es una isla.*

CABA
Ciudad de
Buenos Aires

Los que volvieron

Esther Cross

Fueron cuatro y volvieron tres. Entonces la casa, y lo que la rodeaba, entró en funciones. Mi padre y el padre del chico, el mayordomo, el capataz, los mensuales, hasta un croto que había llegado el día anterior, cruzaron la tranquera que daba al monte con los ojos brillantes y las cabezas bajas. Latour, el padre del chico, parecía menos apurado. Como si mi padre estuviera seguro de que había pasado algo muy malo y el padre del chico no. O como si mi padre pensara que estaban a tiempo y el padre del chico, en cambio, supiese que era demasiado tarde.

Mis hermanos y el hermano mayor del chico Latour habían regresado corriendo. Entraron en la casa pegados, todos en uno, y por eso se habían atorado en la puerta. Entonces mi madre preguntó por el chico –¿Y Martín? Los tres miraron al piso. Mi padre sacudió a mi hermano mayor por los hombros. Mi hermano más chico dio un paso a un costado, con las manos en los bolsillos. El hermano de Martín Latour cerró la boca como si en eso le fuera la vida. Pero no pudo contener una lágrima. Mi padre le dijo un secreto a mi madre; después se arrodilló frente al mayor de los Latour y apoyó las manos sobre sus hombros. Le habló buscando que el chico lo mirara a los ojos. Mi madre corrió al teléfono, a llamar al padre de los hermanos Latour. Cuando Latour llegó, mi padre terminaba de darle instrucciones al mayordomo.

Los hermanos Latour y mis hermanos no eran muy amigos. Pero igual jugaban juntos cada tanto. Los Latour eran vecinos y las familias se cruzaban siempre sin querer –en el camino, en el pueblo, en el restaurante La Rodada algunos domingos a la noche– y un día empezaron a encontrarse más seguido. Por eso mis padres nos llevaban a jugar algunas tardes y los Latour traían por unas horas a sus hijos. A veces, Latour pasaba –lo decía así, pasaba– para saludar. Venía en su

pick up, después de recorrer, con sus dos hijos y su perro en la cajuela. Tenía cara de señor y manos curtidas. Él era esa combinación.

Los chicos Latour y mis hermanos eran parecidos, como todos los hijos de madres que compran el mismo tipo ropa. Mi madre vestía a mis hermanos con ropa que imitaba la ropa de los chicos ingleses. La madre de los Latour compraba en el pueblo ropa que imitaba la ropa que mi madre le compraba a mis hermanos, los Latour no iban casi nunca a Buenos Aires. Los chicos se llevaban bastante bien. Se movían con gestos similares, que el hecho de andar por el campo –saltar alambres, pisar fuerte y con cuidado, pararse a oír– había calcado en sus cabezas. Pero había diferencias. La principal era que los Latour vivían en el campo y mis hermanos no. Mis hermanos sabían de jets, ladrillos de encastre y figuritas. Pero cuando querían saber qué gusto tenía la carne de mulita, por qué cada tanto aparecía una lechuza colgada de la veleta del molino, dónde quemaban la basura, cómo era la vida sexual de las ovejas y esas cosas consultaban la enciclopedia viviente Latour. La otra diferencia era que entre ellos no había una hermana. Yo no tenía doble en ese espejo. Entre el Latour mayor y Martín sólo había tiempo. Esa tarde, cuando encontraron el cuerpo de Martín Latour en el monte, los parecidos se perdieron.

Lo encontraron tirado bajo un árbol. Eran tan chico que ni sabía leer. Un hilo de sangre salía por la nariz. Estaba boca arriba. La piel blanca, manchada de tierra. La cabeza inclinada hacia un lado. Parecía dormido. Pero había algo raro. Como si durmiera un sueño de alteración sutil. Un sueño imposible, de otro mundo. Quizá de un mundo en donde nadie estuviera despierto. Se había torcido el cuello. Y tenía la boca abierta, como si no hubiera terminado de decir lo que estaba por decir, o como si la sorpresa hubiera sido la última palabra de su vida.

Yo me quedé con mi madre, mis hermanos y el hermano mayor de Martín en la casa. Como todos estábamos callados, los movimientos parecían más lentos y los ruidos provenientes de la cocina se oían demasiado bien. Nadie me explicó nada pero entendí, sin error, lo que pasaba (las desgracias son claras y exactas). Los tres varones se comportaban como si no se conocieran, cada uno en su mundo. Pero cuando alguien le hablaba a uno –la casera les preguntó si querían tomar algo, mi madre les preguntó dónde habían dejado los caballos– era como si los tres fueran una persona. Seis ojos y una sola boca, cerrada.

Esa tarde, la gente grande parecía más grande y sus voces cobraron una potencia desmedida. Las voces de los hombres llegaban desde el monte a la casa. Oímos el nombre del chico. Martín. Gritaban su nombre, seguramente haciendo un túnel con las manos. Más alto lo decían y más parecía alejarse Martín de todos nosotros. Entonces fue lo peor. La madre del chico no le había hecho caso a su marido. En vez

de quedarse en casa, esperando noticias mientras oscurecía y los cuartos se agrandaban como sombras, había venido. Oímos las ruedas en el camino, antecedidas por un perro. La señora Latour bajó de un jeep. La había traído el casero de su campo.

Mi madre se apretó las manos y salió a recibirla. Las vi por la ventana. Mi madre corrió a buscarla y le dio un beso. La mujer reaccionó mirándola de frente. Mi madre le pasó la mano por el hombro y entraron en la casa. El hijo mayor de la mujer la miró. La gente preocupada que no habla asusta un poco. Esta señora estaba muy preocupada y no abría la boca. Se sentó en el sillón, con los ojos abiertos. Creo que nunca pestañeó.

El caballo apareció en los galpones, con la boca llena de espuma y los ojos desorbitados, antes de que los hombres volvieran del monte con el cuerpo del chico. Era un caballo bastante gordo. Los mensuales le decían *Café* pero a nosotros ese nombre no nos gustaba. Le cambiamos de nombre todos los veranos, de acuerdo a los libros que leíamos o las películas o series que veíamos.

Apareció corriendo por los galpones, con el recado flojo y cara de loco. Campello, el domador, que se había quedado ahí por las dudas, lo agarró de las riendas. Después lo desensilló, le tiró agua con la manguera y lo soltó. Campello estaba seguro de que le habían pegado con un rebenque o lo habían asustado. Era tan manso que era imposible imaginarlo desbocado. Cosas de chicos, dijo Campello, días después. Pero ese día me enteré de que hasta el ser más tranquilo puede volverse loco. Puede correr para escapar sin darse cuenta de que deja alguna víctima en el camino. Era lo que había pasado. No podía entenderse de otra manera. Ese caballo no tenía nervio. Y había que verlo. Cabeceaba. Tiraba patadas contra el piso. Echaba la cabeza hacia atrás como si fueran a matarlo.

Pero el agua y la familiaridad de la casa lo calmaron. O puede ser que no fuera eso. Era un caballo. A lo mejor los caballos no tienen memoria. Una cosa es lo que pasó hace un rato y otra es lo que hay ahora. Cuando Campello lo soltó, el caballo se revolcó, como siempre, en la tierra, para secarse, y después salió corriendo. Carreras cortas y frenaba. Una y otra vez. Nada fuera de lo común. Era su rutina de todas las tardes, cuando lo soltaban. Pero no era una tarde como todas. El chico que lo montaba estaba muerto, tirado en el monte. Mudo para siempre. Como el caballo, mis hermanos y su hermano. Mudo.

La reconstrucción de ese pasado cercano e irreparable, que no vimos: el caballo se desbocó, corrió a pesar de que Martín Latour le tiraba de las riendas, frenó de pronto para esquivar algo y Martín Latour salió volando por encima de su cuello, se golpeó contra el tronco, perdió la vida. Era eso. Había perdido la vida. Pero seguíamos sin saber por qué el caballo se había desbocado. De un lado, estaba el

cuerpo del menor de los Latour y del otro, el silencio de tumba de su hermano y mis hermanos.

Primero oímos los perros. Cuando Latour entró en la casa, su mujer lo miró. Fue como si estuvieran solos. Latour negó con la cabeza, mirando el piso. Su mujer se agarró la cabeza. Mi padre entró por la cocina. Acostó el cuerpo del chico en el sillón del saloncito de la entrada. Lo tapó con una campera. Aunque ya no hacía falta, llamaron al médico.

Esa tarde, mi madre me había dicho que dejara que los varones jugaran solos. Tenía que entender. A veces los chicos querían jugar por su cuenta. Me ofendí. En el campo no importaba que fuera mujer, yo era uno más. También me di cuenta de que tenían razón. Así que no dije nada aunque tampoco estaba de acuerdo. Tomamos el té juntos. Después los vi moverse, apurados, por la casa, como hacen los varones cuando están por ir juntos a algún lado. Se organizaban, como si fueran un cuerpo. Cuando cerraron el mosquitero, ya hacía un poco menos de calor.

La señora Latour fue a la salita de la entrada y entonces oímos el grito. Fue el primero. Y después ya no podías contar. Parecía un solo grito, que se cortaba cuando tenía que tomar aire para seguir. Gritó muchas veces. No decía nada. Eran gritos vacíos. Mis hermanos se miraron y el mayor de los Latour cerró los ojos. Los gritos rebotaban contra las paredes y la señora Latour también, o al menos eso parecía desde la sala. Oíamos golpes secos, las voces de mi padre y el señor Latour que la llamaban por su nombre. Y esos gritos que estaban en otra dimensión porque en ese momento la señora Latour era inalcanzable. Iba por la sala –a lo mejor no era que se tiraba contra las paredes sino que no las veía–, gravitando alrededor del cuerpo inmóvil de su hijo menor.

El médico llegó y aunque sabía que el chico se había muerto entró corriendo en la casa. No pudo hacer nada por el chico pero atendió a la madre. Vimos que la acompañaban hasta el jeep. Su marido la abrazaba por la cintura. La acomodó en el asiento delantero y entró de nuevo, a buscar a su hijo mayor. Él iba a ocuparse de los trámites con mi padre y el chico de Latour tenía que volver a casa con su madre.

Se lo dijo como si fuera una orden, pero también entendimos que si iba le hacía un favor al padre y además iba a cuidar a su madre por primera vez en la vida. El chico tenía una remera azul. La cara, sucia de tierra, con huellas secas que habían dejado las lágrimas. Su padre lo agarró de los hombros para llevarlo hacia fuera. Mis hermanos y el chico se miraron. ¿Habían querido hacerle una broma a Martín y por eso habían asustado al caballo? ¿Se había espantado el caballo por algo que ellos hicieron sin querer? A lo mejor, habían pisado una rama seca y eso asustó al animal. ¿O se habían peleado y le habían pegado al caballo con el rebenque? ¿O podía ser que Martín hubiera galopado

demasiado fuerte para escaparse porque lo seguían en un juego? ¿Y si el chico les había hecho algo y por eso había salido corriendo así? Ese día, el parecido entre mis hermanos y los chicos de Latour se quebró como un hechizo pero algo más fuerte que el hechizo los unió, aunque no volvieron a jugar juntos. Tuve la suerte de darme cuenta que era mejor no preguntarles nada a mis hermanos. Hubiera chocado contra el silencio de la verdad. ■

ESTHER CROSS

Esther Cross (Buenos Aires, 1961) ha publicado *Bioy Casares a la hora de escribir* y *Conversaciones con Borges en el taller literario*, libros de entrevistas con los escritores argentinos, escritos en colaboración con Félix della Paolera; las novelas *Crónica de alados y aprendices*; *La inundación*; *El banquete de la araña* y *Radiana*; y los libros de cuentos *La divina proporción* y *Kavanagh*. Tradujo *Once tipos de soledad*, de Richard Yates. En 1998 recibió la beca Fulbright-Fondo Nacional de las Artes. En 2004 recibió la beca Civitella Ranieri. También tradujo *La misma sangre y otros cuentos* y *Ángeles y hombres*, de William Goyen. Coordina talleres de escritura. Colabora en distintos medios. En febrero del año 2009 su novela *La señorita Porcel* ganó, en México, el Primer Premio de Novela Siglo XXI. La novela fue publicada en México y en Argentina. Coordina talleres de escritura y colabora en distintos medios. El mismo año, prologó y editó, junto a Ángela Pradelli, *La Biblia según veinticinco escritores argentinos*.

Cuando hablábamos con los muertos

Mariana Enríquez

A esa edad suena música en la cabeza, todo el tiempo, como si transmitiera una radio en la nuca, bajo el cráneo. Esa música un día empieza a bajar de volumen o sencillamente se detiene. Cuando eso pasa, uno deja de ser adolescente. Pero no era el caso, ni de cerca, de la época en que hablábamos con los muertos. Entonces la música estaba a todo volumen y sonaba como Slayer, Reign in Blood.

Empezamos con la copa en casa de la Polaca, encerradas en su pieza. Teníamos que hacerlo en secreto porque Mara, la hermana de la Polaca, le tenía miedo a los fantasmas y a los espíritus, le tenía miedo a todo bah, era una pendeja estúpida. Y teníamos que hacerlo de día, por la hermana en cuestión y porque la Polaca tenía mucha familia, todos se acostaban temprano, y lo de la copa no le gustaba a ninguno porque eran recontra católicos, de ir a misa y rezar el rosario. La única con onda de esa familia era la Polaca, y ella había conseguido una tabla *ouija* tremenda, que venía como oferta especial con unos suplementos sobre magia, brujería y hechos inexplicables que se llamaban *El mundo de lo oculto*, que se vendían en kioscos de revistas y se podían encuadernar. La *ouija* ya la habían regalado varias veces con los fascículos, pero siempre se agotaba antes de que cualquiera de nosotras pudiera juntar el dinero para comprarla. Hasta que la Polaca se tomó las cosas en serio, ahorró, y ahí estábamos con nuestra preciosa tabla, que tenía los números y las letras en gris, fondo rojo y unos dibujos muy satánicos y místicos todo alrededor del círculo central. Siempre nos juntábamos cinco: yo, Julita, la Pinocha (le decíamos así porque era de madera, la más bestia en la escuela, no porque tuviera nariz grande), la Polaca y Nadia. Las cinco fumábamos, así que a veces la copa parecía flotar en humo cuando jugábamos, y le dejábamos la habitación apestando a la Polaca y su hermana. Para colmo cuando

empezamos con la copa era invierno, así que no podíamos abrir las ventanas porque nos cagábamos de frío.

Así, encerradas entre humo y con la copa totalmente enloquecida nos encontró Dalila, la madre de la Polaca, y nos sacó a patadas. Yo pude recuperar la tabla –y me la quedé desde entonces– y Julita evitó que se partiera la copa, lo cual hubiera sido un desastre para la pobre Polaca y su familia, porque el muerto con el que estábamos hablando justo en ese momento parecía malísimo, hasta había dicho que no era un muerto-espíritu, nos había dicho que era un ángel caído. Igual, a esa altura, ya sabíamos que los espíritus eran muy mentirosos y mañosos, y no nos asustaban más con trucos berretas, como que adivinaran cumpleaños o segundos nombres de abuelos. Las cinco nos juramos con sangre –pinchándonos el dedo con una aguja– que ninguna movía la copa, y yo confiaba en que era así. Yo no la movía, nunca la moví, y creo de verdad que mis amigas tampoco. Al principio, a la copa siempre le costaba arrancar, pero cuando tomaba envión parecía que había un imán que la unía a nuestros dedos, ni la teníamos que tocar, jamás la empujábamos, ni siquiera apoyábamos un poco el dedo; se deslizaba sobre los dibujos místicos y las letras tan rápido que a veces ni hacíamos tiempo de anotar las respuestas a las preguntas (una de nosotras, siempre, era la que tomaba nota) en el cuaderno especial que teníamos para eso.

Cuando nos descubrió la loca de la madre de la Polaca (que nos acusó de satánicas y putas, y habló con nuestros padres: fue un garronazo) tuvimos que parar un poco con el juego, porque se hacía difícil encontrar otro lugar donde seguir. En mi casa, imposible: mi mamá estaba enferma en esa época, y no quería a nadie en casa, apenas nos aguantaba a la abuela y a mí; directamente me mataba si traía compañeras de la escuela. En lo de Julita no daba porque el departamento donde vivía con sus abuelos y su hermanito tenía un solo ambiente, lo dividían con un ropero para que hubiera dos piezas, digamos, pero era ese espacio solo, sin intimidad para nada, después quedaban solamente la cocina y el baño, y un balconcito lleno de plantas de aloe vera y coronas de Cristo, imposible por donde se lo mirara. Lo de Nadia era imposible también porque quedaba en la villa: las otras cuatro no vivíamos en barrios muy copados, pero nuestros padres no nos iban a dejar ni en pedo pasar la noche en la villa, para ellos era demasiado. Nos podríamos haber escapado sin decirles, pero la verdad es que también nos daba un poco de miedo ir. Nadia, además, no nos mentía: nos contaba que era muy brava la villa, y que ella se quería rajar lo antes que pudiera, porque estaba harta de escuchar los tiros a la noche y los gritos de los guachos re pasados, y de que la gente tuviera miedo de visitarla.

Quedaba nomás lo de la Pinocha. El único problema con su casa era que quedaba muy lejos, había que tomar dos colectivos, y convencer a nuestros viejos de que nos dejaran ir hasta allá, a la loma del orto. Pero lo logramos. Los padres de la Pinocha no daban bola, así que en su casa no corríamos el riesgo de que nos sacaran a patadas hablando de Dios. Y la Pinocha tenía su propia habitación, porque sus hermanos ya se habían ido de la casa.

Por fin una noche de verano las cuatro conseguimos el permiso y nos fuimos hasta lo de la Pinocha. Era lejos de verdad, la calle donde quedaba su casa no estaba asfaltada y había zanja al lado de la vereda. Tardamos como dos horas en llegar. Pero cuando llegamos, en seguida nos dimos cuenta que era la mejor idea del mundo haberse mandado hasta allá. La pieza de la Pinocha era muy grande, había una cama matrimonial y cuchetas: nos podíamos acomodar las cinco para dormir sin problema. Era una casa fea porque todavía estaba en construcción, con el revoque sin pintar, las bombitas colgando de los feos cables negros, sin lámparas, el piso de cemento nomás, sin azulejos ni madera ni nada. Pero era muy grande, tenía terraza y fondo con parrilla, y era mucho mejor que cualquiera de nuestras casas. Vivir tan lejos no estaba bueno, pero si era para tener una casa así, aunque estuviera incompleta, valía la pena. Allá afuera, lejos de la ciudad, el cielo de la noche se veía azul marino, había luciérnagas y el olor era diferente, una mezcla de pasto quemado y río. La casa de la Pinocha tenía todo rejas alrededor, eso sí, y también la cuidaba un perro negro grandote, creo que un rottweiller, con el que no se podía jugar porque era bravo. Vivir lejos parecía un poco peligroso, pero la Pinocha nunca se quejaba.

A lo mejor porque el lugar era tan diferente, porque esa noche nos sentíamos distintas en la casa de la Pinocha, con los padres que escuchaban a los Redondos y tomaban cerveza, mientras el perro le ladraba a las sombras, a lo mejor por eso Julita blanqueó y se animó a decirnos con qué muertos quería hablar ella.

Julita quería hablar con su mamá y su papá.

* * *

Estuvo buenísimo que Julita finalmente abriera la boca sobre sus viejos, porque nosotras no nos animábamos a preguntarle. En la escuela se hablaba mucho del tema, pero nadie se lo había dicho nunca en la cara, y nosotras saltábamos para defenderla si alguien decía una pelotudez. La cuestión era que todos sabían que los viejos de Julita no se habían muerto en un accidente: los viejos de Julita habían desaparecido. Estaban desaparecidos, eran desaparecidos. Nosotras no sabíamos bien cómo se decía. Julita decía que se los habían llevado, porque

así hablaban sus abuelos. Se los habían llevado y por suerte habían dejado a los chicos en la pieza (no se habían fijado en la pieza capaz: igual, Julita y su hermano no se acordaban de nada, ni de esa noche ni de sus padres tampoco).

Julita los quería encontrar con la tabla, o preguntarle a algún otro espíritu si los había visto. Además de tener ganas de hablar con ellos, quería saber dónde estaban los cuerpos. Porque eso tenía locos a sus abuelos, su abuela lloraba todos los días por no tener donde llevar una flor. Pero además Julita era muy tremenda: decía que si encontrábamos los cuerpos, si nos daban la data y era posta, teníamos que ir a la tele o los diarios, y nos hacíamos más que famosas, nos iba a querer todo el mundo.

A mí por lo menos me pareció re fuerte esa parte de sangre fría de Julita, pero pensé que estaba bien, cosa de ella. Lo que sí, nos dijo, teníamos que empezar a pensar en otros desaparecidos conocidos, para que nos ayudaran. En un libro sobre el método de la tabla habíamos leído que ayudaba concentrarse en un muerto conocido, recordar su olor, su ropa, sus gestos, el color de su pelo, hacer una imagen mental, entonces era más fácil que el muerto de verdad viniera. Porque a veces venían muchos espíritus falsos que mentían y te quemaban la cabeza. Era difícil distinguir.

La Polaca dijo que el novio de su tía estaba desaparecido, se lo habían llevado durante el Mundial. Todas nos sorprendimos porque la familia de la Polaca era re careta. Ella nos aclaró que casi nunca hablaban del tema, pero a ella se lo había contado la tía, medio borracha, después de un asado en su casa, cuando los hombres hablaban con nostalgia de Kempes y el Campeonato del Mundo, y ella se sulfuró, se tomó un trago de vino tinto y le contó a la Polaca sobre su novio y lo asustada que había estado ella. Nadia aportó a un amigo de su papá, que cuando ella era chica venía a comer seguido los domingos y un día no había venido más. Ella no había registrado mucho la falta de ese amigo, sobre todo porque él solía ir mucho a la cancha con su viejo, y a ella no la llevaban a los partidos. Sus hermanos registraron más que ya no venía, le preguntaron al viejo, y al viejo no le dio para mentirles, para decirles que se habían peleado o algo así. Les dijo a los chicos que se lo habían llevado, lo mismo que decían los abuelos de Julita. Después, los hermanos le contaron a Nadia. En ese momento, ni los chicos ni Nadia tenían idea de adónde se lo habían llevado, o de si llevarse a alguien era común, si era bueno o era malo. Pero ahora ya todas sabíamos de esas cosas, después de la película *La Noche de los lápices* (que nos hacía llorar a los gritos, la alquilábamos como una vez por mes) y el *Nunca Más* –que la Pinocha había traído a la escuela, porque en su casa se lo dejaban leer– y lo que contaban las revis-

tas y la televisión. Yo aporté a mi vecino del fondo, un vecino que había estado ahí poco tiempo, menos de un año, que salía poco a la calle pero nosotros lo podíamos ver paseando por el fondo (la casa tenía un parquecito atrás). No me lo acordaba mucho, era como un sueño, tampoco se la pasaba en el patio: pero una noche lo vinieron a buscar y mi vieja se lo contaba a todo el mundo, decía que por poco, por culpa de ese hijo de puta, casi nos llevan también a nosotras. A lo mejor porque ella lo repetía tanto a mí se me quedó grabado el vecino, y no me quedé tranquila hasta que otra familia se mudó a esa casa, y me di cuenta de que él no iba a volver más.

La Pinocha no tenía a ninguno que aportar, pero llegamos a la conclusión que con todos los muertos desaparecidos que ya teníamos era suficiente. Esa noche jugamos hasta las cuatro de la mañana, a esa hora ya empezamos a bostezar y a tener la garganta rasposa de tanto fumar, y lo más fantástico fue que los padres de la Pinocha ni vinieron a tocar la puerta para mandarnos a la cama. Me parece, no estoy segura porque la *ouija* consumía mi atención, que estuvieron mirando tele o escuchando música hasta la madrugada, también.

* * *

Después de esa primera noche, conseguimos permiso para ir a lo de la Pinocha dos veces más, en el mismo mes. Era increíble, pero los padres o responsables de todas habían hablado por teléfono con los viejos de la Pinocha, y por algún motivo la charla los dejó recontra tranquilos. El problema era otro: nos costaba hablar con los muertos que queríamos. Daban muchas vueltas, les costaba decidirse por el sí o por el no, y siempre llegaban al mismo lugar: nos contaban dónde habían estado secuestrados, y ahí se quedaban, no nos podían decir si los habían matado ahí, o si los llevaron a algún otro lugar, nada. Daban vueltas después y se iban. Era frustrante. Creo que hablamos con mi vecino, pero después de escribir POZO DE ARANA, se fue. Era él, seguro: nos dijo su nombre, lo buscamos en el *Nunca Más* y ahí estaba, en la lista. Nos cagamos en las patas: era el primer muerto posta posta con el que hablábamos. Pero de los padres de Julita, nada.

Fue la cuarta noche en lo de la Pinocha cuando pasó lo que pasó. Habíamos logrado comunicarnos con uno que conocía al novio de la tía de la Polaca, habían estudiado juntos, decía. El muerto con el que hablamos se llamaba Andrés, y nos dijo que no se lo habían llevado ni había desaparecido: él mismo se había escapado a México, y ahí se murió después, en un accidente de coche, nada que ver. Bueno, este Andrés tenía re buena onda, y le preguntamos por qué todos los muertos se iban cuando les preguntamos adonde estaban sus cuerpos. Nos dijo que algunos

se iban porque no sabían dónde estaban, entonces se ponían nerviosos, incómodos. Pero otros no contestaban porque alguien les molestaba. Una de nosotras. Quisimos saber por qué, y nos dijo que no sabía el motivo, pero que era así, una de nosotras estaba de más.

Después, el espíritu se fue.

Nos quedamos pensando un toque en eso, pero decidimos no darle importancia. Al principio, en nuestros primeros juegos con la tabla, siempre le preguntábamos al espíritu que venía si alguien molestaba. Pero después dejamos de hacerlo porque a los espíritus les encantaba molestar con eso, y jugaban con nosotras, primero decían Nadia, después decían no, con Nadia está todo bien, la que molesta es Julita, y así nos podían tener toda la noche poniendo y sacando el dedo de la copa, y o hasta yéndonos de la habitación, porque los guachos no tenían límites en sus pedidos.

Lo de Andrés nos impresionó tanto, igual, que decidimos repasar la conversación anotada en el cuaderno, mientras destapábamos una cerveza.

Entonces tocaron a la puerta de la pieza. Nos sobresaltamos un poco, porque los padres de la Pinocha nunca molestaban.

–¿Quién es? –dijo la Pinocha, y la voz le salió un poco tembleque. Todas teníamos un poco de cagazo, la verdad.

–Leo, ¿puedo pasar?

–¡Dale, boludo! –la Pinocha se levantó de un salto y abrió la puerta. Leo era su hermano mayor, que vivía en el centro y visitaba a los viejos nomás los fines de semana, porque trabajaba todos los días. Y tampoco venía todos los fines de semana, porque a veces estaba demasiado cansado. Nosotras lo conocíamos porque antes, cuando éramos más chicas, en primer y segundo año, a veces él iba a buscar a la Pinocha a la escuela, cuando los viejos no podían. Después empezamos a usar el colectivo, ya estábamos grandes. Una lástima, porque dejamos de ver a Leo, que estaba fuertísimo, un morocho de ojos verdes con cara de asesino, para morirse. Esa noche, en la casa de la Pinocha, estaba tan lindo como siempre. Todas suspiramos un poco y tratamos de esconder la tabla, nomás para que él no pensara que éramos raras. Pero no le importó.

–¿Jugando a la copa? Es jodido eso, a mi me da miedo, re valientes las pendejas –dijo. Y después, la miró a su hermana: –Pendeja, ¿me ayudás a bajar de la camioneta unas cosas que les traje a los viejos? Mamá ya se fue a acostar y el viejo está con dolor de espalda…

–Qué ganas de joder que tenés, ¡Es re tarde!

–Y bueno, me pude venir a esta hora, qué querés, se me hizo tarde. Copate, que si dejo las cosas en la camioneta me las pueden afanar.

La Pinocha dijo bueno con mala onda, y nos pidió que esperemos. Nos quedamos sentadas en el suelo alrededor de la tabla, hablando en voz baja de lo lindo que era Leo, que ya debía tener como 23 años, era mucho más grande que nosotras. La Pinocha tardaba, nos extrañó. A la media hora, Julita propuso ir a ver qué pasaba.

Y entonces todo pasó muy rápido, casi al mismo tiempo. La copa se movió sola. Nunca habíamos visto una cosa así. Sola solita, ninguna de nosotras tenía el dedo encima, ni cerca. Se movió y escribió muy rápido, "ya está". ¿Ya está? ¿Qué cosa ya está? En seguida, un grito desde la calle, desde la puerta: la voz de la Pinocha. Salimos corriendo a ver qué pasaba, y la vimos abrazada a la madre, llorando, las dos sentadas en el sillón al lado de la mesita del teléfono. En ese momento no entendimos nada, pero después, cuando se tranquilizó un poco la cosa –un poco– reconstruimos más o menos.

La Pinocha había seguido a su hermano hasta la vuelta de la casa. Ella no entendía por qué había dejado la camioneta ahí, si había lugar por todos lados, pero él no le contestó. Se había puesto distinto cuando salieron de la casa, se había puesto mala onda, no le hablaba. Cuando llegaron a la esquina, él le dijo que esperara y, según la Pinocha, desapareció. Estaba oscuro, así que podía ser que hubiera caminado unos pasos y ya se perdiera de vista, pero según ella había desaparecido. Esperó un rato a ver si volvía, pero como tampoco estaba la camioneta, le dio miedo. Volvió a la casa, y encontró a los viejos despiertos, en la cama. Les contó que había venido Leo, que estaba super raro, que le había pedido bajar algunas cosas de la camioneta. Los viejos la miraron como si estuviera loca. "Leo no vino, nena, ¿de qué estás hablando? Mañana trabaja temprano". La Pinocha empezó a temblar de miedo y decir "era Leo, era Leo", y entonces su papá se calentó, le gritó si estaba drogada o qué. La mamá, más tranquila, le dijo: "Hagamos una cosa: lo llamamos a Leo a la casa. Debe estar durmiendo ahí". Ella también dudaba un poco ahora, porque veía que la Pinocha estaba muy segura y muy alterada. Llamó, y después de un rato largo Leo la atendió, puteando, porque estaba en el quinto sueño. La madre le dijo "después te explico" o algo así, y se puso a tranquilizar a la Pinocha, que tuvo tremendo ataque de nervios.

Hasta la ambulancia vino, porque la Pinocha no paraba de gritar que "esa cosa" la había tocado (el brazo sobre los hombros, como en un abrazo que a ella le dio más frío que calor), y que había venido porque ella era "la que molestaba".

Julita me dijo, al oído, “es que a ella no le desapareció nadie”. Le dije que se callara la boca, pobre Pinocha. Yo también tenía mucho miedo. Si no era Leo, ¿quién era? Porque esa persona que había venido a buscar a la Pinocha era tal cual su hermano, como un gemelo idéntico, ella no había dudado ni un segundo. ¿Quién era? Yo no quería acordarme de sus ojos. No quería volver a jugar a la copa ni volver a lo de la Pinocha.

Nunca volvimos a juntarnos. La Pinocha quedó mal y los padres nos acusaban –pobres, tenían que acusar a alguien– y decían que le habíamos hecho una broma pesada, que la había dejado medio loca. Pero todas sabíamos que no era así, que la habían venido a buscar porque, como nos dijo el muerto Andrés, ella molestaba. Y así se terminó la época en que hablábamos con los muertos. ■

MARIANA ENRÍQUEZ

Nació en 1973 en Buenos Aires. Es licenciada en Periodismo y Comunicación Social por la Universidad Nacional de La Plata y trabaja en el suplemento de arte y cultura *Radar* del diario *Pagina/12*. Publicó dos novelas, *Bajar es lo peor* (1995) y *Cómo desaparecer completamente* (2004) y un libro de relatos, *Los peligros de fumar en la cama*, 2009. Varios de sus cuentos aparecieron en antologías de narrativa argentina e iberoamericana.

Otras fotos de mamá

Félix Bruzzone

Ayer, sábado, conocí a Roberto, un ex novio de mamá que militó en el PC y que logró escapar del país justo antes de que ella desapareciera. Yo había hecho el contacto por un tío mío que fue compañero de él en la secundaria, así que en la semana lo llamé y él me invitó a su casa, donde me recibió emocionado.

La casa, bastante cómoda, parecía muy grande, pero no sé si en verdad lo era o si la impresión se debía a la gran cantidad de luz que entraba por un techo de vidrio. Nos sentamos en el living y al principio Roberto habló de mamá y me mostró dos fotos: en una están los dos abrazados en la orilla de un canal; en la otra, ella fuma en un balcón y mira hacia abajo. Cuando le pregunté si tenía copias dijo que podía hacerlas y prometió que iba a buscar más fotos. Después me invitó a almorzar y acepté. La mujer de Roberto, Cecilia, dijo que había preparado una salsa de tomates y nueces, y antes de que la probáramos ya hablaba de su exquisito sabor.

Durante el almuerzo Roberto habló de su exilio. Supongo que le gusta contar esas historias. Cecilia no dijo casi nada y yo sólo intervine para asentir o para que Roberto siguiera con su relato: habló de Roma, de una novia italiana y del hijo que tuvieron juntos, que ahora vive en Turín y cada vez que viaja le envía postales desde lugares insólitos. De mamá, en cambio, dijo bastante poco. No tenía claro cuándo habían estado juntos por última vez ni por qué habían dejado de verse.

Más tarde, mientras me alentaba en mi búsqueda y prometía averiguar entre algunos conocidos, recordó que una mañana, poco antes de que nadie supiera más de mamá, se habían cruzado por casualidad en una esquina. Él esperaba el colectivo –era invierno pero hacía calor– y cuando de pronto la vio acercarse su primera intención fue saludarla,

pero ella le hizo un ademán para que no lo hiciera y entonces él se quedó en el lugar, casi inmóvil, y se limitó a devolver el gesto. Eso era todo. No sabe si ya entonces la perseguían, pero sí que él no había tardado mucho en abandonar el país porque las cosas, para todos, se habían complicado más de lo que esperaban.

Nos despedimos alrededor de las cuatro. Parte del cielo, antes despejado, se había cubierto de nubes negras. Lo último que dijo Roberto –miraba el techo de vidrio como si sobre él fuera a ocurrir algo importante–, fue que pronto empezaría a llover.

Como Cecilia también tenía que salir me ofrecí a llevarla. Ella tenía una clase de pintura y el lugar me quedaba de paso. En el camino hablamos de cualquier cosa. Ella había conocido a Roberto en un corso y vivían juntos desde hacía dos años. Tenía dos hijos de su primer matrimonio, uno de mi edad y el otro, más chico, que todavía vivía con ella. En realidad, nada de lo que decía me importaba mucho, y me sentía algo inquieto. Me preguntaba cuántos años podía tener Cecilia, pero más me preocupaba saber nuevos detalles de la mañana en que Roberto había visto a mamá por última vez. ¿Dónde había sido? ¿Cuánto antes de la desaparición? ¿Sería esa la última noticia que yo tendría de ella o alguna vez lograría saber algo más? Por otra parte, me daba la sensación de que el encuentro con Roberto había generado más cosas para él que para mí. Él, antes de hablar de la tormenta próxima, había dicho que quería caminar, y yo supongo que sí, que quería, pero también estoy casi seguro de que caminar, para él, era una especie de necesidad, una urgencia tibia antes de volver a su casa y organizar algo para la noche.

El auto avanzaba lento, así que hablamos bastante pero no sé bien de qué porque mientras Cecilia hablaba yo pensaba en mamá y en esas cosas que pienso cuando me pongo triste: los parques llenos de gente, el sol, las sombrillas que tapan el sol y yo que llego cuando ya no hay lugar ni sombrilla y que entonces me tengo que quedar solo a un costado.

Antes de doblar en la calle donde quedaba el lugar en que Cecilia toma sus clases, ella recordó que tenía que comprar algo para su hijo menor. Dijo que él jugaba al rugby y que le había pedido el favor de comprar tapones para los botines: el domingo tenía un partido importante. Y ahora el problema era que ella, al salir, no iba a encontrar nada abierto. Le daba pena defraudarlo, él no se merecía algo así. Entonces le dije que yo podía comprarlos y que ella, después, pasara a buscarlos por casa. Al principio se negó, dijo que ya iba a ver cómo se arreglaba, que con acercarla a su clase era suficiente, todas cosas así, muy amables, pero cuando insistí no tardamos en ponernos de acuerdo. Yo iba a estar en casa hasta tarde, pensaba escribir en mi cuaderno de cosas de mamá todo lo que había dicho Roberto y después emborra-

charme. Siempre que averiguo algo sobre mamá compro dos o tres botellas de vino y las tomo solo en el patio.

Pero no hice nada de eso. Sólo compré los tapones, recordé el tiempo en que los compraba para mis propios botines de rugby, y esperé que llegara Cecilia.

Cerca de las seis la tormenta adelantó la noche. Hubiera sido necesario encender alguna luz pero preferí dejar todo a oscuras. Los dos amigos que viven conmigo habían avisado que no iban a dormir en casa y me gustaba oír los golpes de las gotas contra el techo sin nada que me distrajera. Me pregunté en qué pensaría Roberto y si él se preguntaría algo sobre mamá o incluso sobre mí. Supuse que si él había salido a caminar era probable que hubiera tenido que refugiarse de la lluvia. Imaginé que en algún café ocupaba una mesa junto a la ventana, que pedía un trago, que el agua sobre el vidrio le traía recuerdos de sus años en Europa. Roma –yo siempre quise ir a Roma–, novia romana, pequeña habitación con vista a edificios desteñidos por la luz –yo una vez vi fotos así, la luz odiosa contra las paredes–, amigos exiliados y, de a poco, la impresión de haber salido de una pesadilla en el momento en que despertar sólo añade dolor al dolor, terror a un terror sin límite.

También recordé mis propias pesadillas. Mejor dicho, la pesadilla persecutoria que se había repetido durante años. En ella siempre alguien, o algo –algo que quizá sólo era la sensación de ser perseguido–, me acechaba desde un lugar invisible. Las calles familiares se convertían en pasajes estrechos donde los edificios, huecos, eran iluminados por una oculta fuente de luz. Y yo, en medio de aquella resolana deforme, corría –mis pasos no hacían ruido– y nunca giraba para ver si mi perseguidor estaba cerca o lejos. Y por raro que parezca, lo que me producía mayor terror no era la proximidad sino la distancia. Y entonces, antes de ser atrapado, y antes de lograr escapar, despertaba y me quedaba inmóvil en la cama durante algunos segundos hasta que me levantaba para ir a la habitación de mi abuela. Todo lo que ocurría entre mi cama y la de ella –mis pasos sobre la alfombra, mi dedo sobre la llave de luz, mi mano al abrir la puerta de mi habitación y al abrir la puerta de la habitación de ella– producían el mismo silencio que mis pasos en el sueño.

No sé durante cuánto tiempo pensé en mis pesadillas, pero cuando Cecilia tocó el timbre yo todavía intentaba recordar las palabras de mi abuela cada vez que me hacía volver a dormir; y quizá por eso, de alguna manera, me pareció que no era Cecilia la que llegaba a casa sino mi abuela, o mamá, o que las dos juntas llegaban después de haber ido a comprar algo para la cena.

El timbre volvió a sonar dos veces y recién entonces tanteé sobre la mesa en busca de los tapones. Cuando los encontré fui hasta la puer-

ta, pensaba entregárselos a Cecilia y despedirla con alguna frase cordial y la promesa de volver a hablar con Roberto por lo de las fotos. Pero al abrir y verla afuera, mojada, me pareció mejor hacerla pasar.

Mientras entrábamos encendí varias luces y ella explicó que había querido caminar porque mi casa no quedaba lejos, pero que no había pensado que iba a llover tanto y que en la última cuadra, toda de casas bajas y sin balcones, se había empapado. Le ofrecí una toalla y le pregunté si quería tomar algo caliente. Ella aceptó.

En el baño sólo encontré el toallón que uso después de bañarme y como no estaba húmedo se lo alcancé. Y mientras ella empezaba a secarse noté el cambio: la que estaba ahí no era Cecilia, o era la Cecilia de muchos años antes. Todo, incluso la situación de estar en una casa donde vivían tres personas jóvenes, la rejuvenecía: los zapatos salpicados con la suciedad de la calle, las medias arrugadas sobre las rodillas, el perfume mezclado con el olor del agua, la cara algo enrojecida por la agitación de haber caminado rápido; todo eso y además el pelo, inflado por la humedad y cubierto por una especie de corona de pequeñas gotas que brillaban a la luz de la lámpara del comedor.

Mientras yo preparaba café Cecilia preguntó si podía llamar a Roberto para avisarle que iba a llegar más tarde, pero la lluvia había dejado el teléfono sin tono. Le dije que podía ser que él tampoco hubiera vuelto y ella, como yo, supuso que debía haberse refugiado en un bar hasta que pasara la tormenta.

Cuando el café estuvo listo ella lo tomó de a pequeños sorbos y yo pensé en uno de los chicos que alquilan conmigo, que viajó a París, trabajó en una cafetería y se trajo de allá todas las clases de café que uno se pueda imaginar. Ahora es un fanático, colecciona frascos de las variedades más insólitas y los guarda como si en cada uno hubiera un gran secreto. Así que ver a Cecilia sentada a la mesa, en silencio, el café humeante en el pocillo que se llevaba a la boca, me hizo creer que ella también guardaba algún secreto, y que si la dejaba hablar podía llegar a contármelo.

Y habló, pero no de mamá ni de Roberto ni de nada de lo que yo esperaba. Por un momento yo había llegado a pensar que ella podría revelarme algo fuerte, algo como que Roberto era mi padre o que él había tenido algo que ver con la muerte de mamá. Siempre que un desconocido me habla de mamá espero ese tipo de historias. Hace poco me contaron una en la que dos policías, por una denuncia accidental, llegaban a la casa donde se ocultaban mamá y algunos de los de su grupo. El temor, el nerviosismo, la estupidez, hacían que uno de los de adentro ametrallara al policía que había tocado el timbre; el otro, que lograba esquivar las balas, pedía refuerzos y acudían al lugar un carro de asalto, un camión lleno de soldados y un helicóptero. La tarea

era sencilla: mientras un grupo abría fuego sobre la casa, dos o tres se acercaban un poco más y arrojaban varias granadas que, al explotar, dejaban una nube de polvo y humo negro, una montaña de escombros y, bajo esos escombros, los desafortunados cuerpos sin vida de mamá y de sus amigos.

En lugar de contar algo así Cecilia dijo que el café era una delicia y quiso saber cómo estaba preparado. Dije que no era nada especial, que quizá lo especial era la variedad; y que cuando uno llega de afuera, mojado y después de haberla pasado mal bajo la lluvia, cualquier café puede ser delicioso.

Ella, quizá algo incómoda, cambió de tema: empezó a hablar de los tapones para los botines de su hijo. Nunca me hubiera imaginado que una mujer pudiera interesarse por algo como eso. Sabía tanto de botines que estuve a punto de preguntarle si trabajaba en alguna casa de ropa deportiva. Después dijo que estaba feliz por haber podido cumplir con la promesa de comprarlos y habló de su separación, de cuánto había significado para su hijo, habló de problemas escolares y de la no muy buena relación que el chico tenía con Roberto. Supongo que ella es capaz de hablar de eso por mucho tiempo. En realidad, no sé cuánto tiempo lo hizo, pero sí que en un momento preferí volver a hablar del café, y en cuanto la lluvia se hizo más débil la acompañé a buscar un taxi.

Caminamos hasta la avenida cubriéndonos bajo las copas de los árboles, aunque a veces con el viento era peor. En las calles oscuras la lluvia era un ataque invisible, irreal, del que no había manera de defenderse. Cuando logramos cubrirnos abajo de un toldo estuve por decirle esto a Cecilia, pero en lugar de eso dije que iba a llover el resto de la noche. Ella esperaba que no, y dijo que no le gusta cuando su hijo juega con la cancha llena de charcos y de barro.

Abajo de ese toldo tuvimos que esperar bastante. Hablamos de lo inestable del tiempo en esta época del año y de lo difícil que resulta encontrar un taxi libre los días de lluvia. Cuando al fin uno se detuvo, nos despedimos y todo fue tan rápido que me olvidé de pedirle que le recordara a Roberto lo de las fotos. El taxista giró en U en medio de la avenida y pensé que cuando llueve es más fácil violar las leyes de tránsito. Luego el taxi se alejó veloz y antes de que llegara a la plaza lo perdí de vista.

Debían ser las nueve y la lluvia se hacía más fuerte. Enfrente, a mitad de cuadra, las luces encendidas del supermercado de los chinos me hicieron suponer que el lugar seguía abierto. Crucé y avancé hacia las luces. A esas horas la caja la atiende el dueño, un chino bastante gordo que mientras yo elegía los dos vinos que ahora sí quería tomar, me miró con desconfianza. Después, cuando estaba por pagar, me dijo algo incomprensible, quizá el precio, y como vi que afuera la tormenta

arreciaba se me ocurrió que tomar algo de vino iba a facilitar el regreso. Le pedí al chino si tenía algo para abrir una de las botellas y él metió la mano en un cajón lleno de papeles, tapitas y corchos. Por un momento creí que no me había entendido, pero entonces sacó un trapo, lo colocó sobre el fondo de la botella y, luego de sacar el papel de aluminio, empezó a golpearla contra una columna. El corcho no tardó en asomar, y cuando más de la mitad estuvo afuera él terminó de sacarlo con los dedos. Sonreí. Él sonrió, le ofrecí que tomara y tomó. Después tomó un poco más y volvió a sonreír. Dijo otras palabras incomprensibles y me pasó la botella. Tomé un poco, él me miró como en busca de aprobación. Asentí, tomé varios tragos seguidos y él aplaudió. Después señaló hacia la calle, supongo que para decir que me quedara hasta que pasara la tormenta. Entonces fue hasta el fondo del supermercado y volvió con una silla. Me senté, él bajó las persianas y también se sentó y pronto tomamos el resto de la botella. Después tomamos la otra y cuando la terminamos él, siempre sonriente, trajo cuatro o cinco más. Supongo que en algún momento me quedé dormido, que vomité, que me sentí bien y que me sentí mal, muy mal, que lloré; y creo que cuando me fui –empezaba a amanecer y del temporal quedaba sólo una lluvia suave–, el chino sentado en el suelo, apoyado contra una de las góndolas, aún sonreía. ■

FÉLIX BRUZZONE

Nació en 1976 en la Ciudad de Buenos Aires. Estudió Letras y es maestro de escuela primaria. Publicó cuentos en antologías como *Uno a uno*; *Buenos Aires/Escala 1:1 Los barrios por sus escritores; En celo* (Argentina); *Hablar de mí* (España); *Asado verbal* (Alemania). Y en revistas como *Mu* y *La mujer de mi vida*, y sitios de Internet como *No retornable* y *El interpretador*. En 2008 Publicó *76* (cuentos) que en 2010 será publicado en Alemania, y *Los topos* (novela), que en 2010 será publicada en Francia.

El cantar de los abuelos

Vicente Battista

Vivíamos con los abuelos, en la antigua casa que ellos habían inaugurado. Era angosta y larga, con una sólida puerta de hierro en la entrada y un jardín con higuera, camelias y un limonero en los fondos. Tenía dos patios, dos baños y una gran cocina que daba al último patio y al jardín; tenía siete habitaciones, una pegada a la otra. El dormitorio de los abuelos era lo que más nos impresionaba, acaso por su vasta cama de bronce, púdicamente cubierta con una manta bordada; acaso porque sobre esa cama habían sido engendrados mi madre, mis tías y tíos. No quedaba memoria de aquello: el colchón estaba hundido en dos sitios, uno del abuelo, el otro de la abuela. Entre ambos había una frontera de más de treinta centímetros. Si alguna vez durmieron abrazados ya no había rastros sobre el viejo colchón. Tampoco por la casa, los abuelos no eran pródigos ni en palabras cariñosas ni en caricias. Estábamos acostumbrados a eso. Nos habían enseñado que la pareja era una respetuosa unión, consolidada con la buena cocina, el buen lavado y el buen planchado. El resto pertenecía al reino de la fantasía y, como en las películas de entonces, inevitablemente se fundía en negro.

El domingo del escándalo comenzó idéntico a los otros. Nos despertaron cuando el desayuno estaba listo, controlaron que nos lavásemos los dientes y a las nueve menos cuarto estuvimos en el primer patio, vestidos y prolijos, para llegar puntuales a misa de nueve. Regresamos pasadas las diez, como todos los domingos. Hubo tiempo de sobra para que mamá canjeara el vestido por el batón, para que papá colgara el traje hasta la próxima misa y para que nosotros nos pusiéramos la ropa de entrecasa. A las once y media estábamos listos para recibir al resto de la familia. Comenzaron a llegar a las doce y diez, a la hora de siempre y en el orden de siempre. Hubo un prólogo de besos, chismes y risas y luego las mujeres ordenaron la mesa para el vermouth: cortaron trozos de salamín y queso, colocaron platos de aceitunas verdes y negras, alinearon sifones y

botellas de Amaro Pagliotti, Fernet y Cinzano. Cada hombre lo preparó a su gusto, que fue idéntico al de los domingos anteriores y nosotros, otra vez, nos acercamos tímidamente para obtener el privilegio de un vaso de soda, con un trozo de limón, que bebimos lentamente, imaginando el sabor del Amaro Pagliotti y del Cinzano (sabíamos que el Fernet era amargo) junto al gusto real del salamín, del queso y de las aceitunas. La abuela dijo que pronto iba a estar la comida y cada cual ocupó el sitio que tenía asignado: el abuelo en la cabecera y la abuela en la otra punta. Los mayores del lado del abuelo, distribuidos por edad y casamiento, y al final nosotros, a la izquierda y derecha de la abuela. Le pedimos al Señor la bendición de los alimentos, le agradecimos esa nueva comunión y comenzamos a comer. Hubo críticas porque alguno de nosotros masticaba con la boca abierta y elogios por ese sabor especial que tenía la salsa hecha por mi madre. La historia no había cambiado nada. Pensé que más tarde jugaríamos en los patios. Pensé que vendría la merienda, y luego la despedida hasta el próximo domingo. Pero no: en mitad de la comida se oyó nítida la voz del abuelo. Se dirigió a la abuela. Dijo:

–¿Te acordás de Raquel?

Y ahí comenzó el escándalo.

La abuela preguntó qué Raquel y el abuelo dijo la que fuera tu amiga, en Mar del Plata, aquel verano, cuando inauguraron la rambla de cemento. Te tenés que acordar. La abuela dijo que no, que no se acordaba y el abuelo se sorprendió de que hubiese olvidado a Raquel, tan juntas ese verano. Tenés que acordarte. La abuela repitió que no y el abuelo insistió. Las palabras cruzaban de una punta a otra de la mesa y a nadie se le ocurría detenerlas: aún no llevaban peligro.

Pero la abuela negó por tercera vez y el abuelo dijo:

–Como panal de miel destilaban sus labios, miel y leche había debajo de su lengua.

Entonces la abuela dijo que sí, que haberlo dicho antes, que claro, Raquel. Hizo un gesto cómplice, de elogio. El abuelo le brindó una sonrisa al gesto y en su mano apareció una pipa. Comenzó a cargarla, suave, desmenuzando las hebras de tabaco. Le habían prohibido fumar mucho antes de que nosotros naciéramos y hasta ese domingo sus pipas sólo habían sido un grato recuerdo del abuelo joven. Cada una tenía su historia, pero todas estaban condenadas a decorar un rígido portapipas: colgadas para siempre. El abuelo había elegido la negra, la que más quería, y le estaba devolviendo la vida. La puso entre sus labios, encendió un fósforo, y dejó que el humo escapara lentamente. Detrás del humo vinieron las palabras. Dijo:

–Sus pechos eran como dos cabritos mellizos, su fruto fue dulce a mi paladar.

Hubo espanto en la cara de los mayores. Sentí ganas de reír, pero la mirada severa de mi madre me lo impidió. Bajé la cabeza, como cuando el padre Samperio me amonestaba. Las palabras de la abuela me hicieron alzar la vista.

–¿Te acordás de Rubén? –dijo, y esa inocente pregunta tuvo de pronto ribetes apocalípticos.

El abuelo dijo que no, que no se acordaba. La abuela se sorprendió e insistió que tenía que acordarse; de la época de la Unión Cívica, dijo, más aventurero que militante. ¿Cómo había olvidado las largas discusiones hasta bien entrada la noche?

El abuelo negó por tercera vez. La abuela dijo:

–Era blanco y rubio, señalado entre diez mil.

–¡Claro que sí! –dijo el abuelo y levantó la copa de vino.

Entonces la abuela, la que nos hablaba del daño que hace el alcohol, la indeclinable devota del agua Villavicencio, sin gas, la abuela de la horchata y la Pomona, llenó su vaso con vino, lo acercó a la nariz, lo cató, aprobó con un gesto cómplice, y se lo bebió de un trago.

–Su paladar era dulcísimo –dijo–, como el buen vino.

Mirábamos a los abuelos, pero teníamos vedado modificarles los gestos o las palabras. Era un sueño loco. Sólo en un sueño el abuelo podía hablar de sus amores. Hablar de Noemí, de los labios de Noemí, que destilaban como panal de miel; o hablar de Ana, del olor de sus ungüentos, mejores que todas las especias aromáticas; o hablar de Esther, con una estatura semejante a la palma y pechos semejantes a los racimos. Sólo en un sueño la abuela podía hablar de sus amores. Hablar de Saúl, de cabellos crespos y negros como el cuervo; o hablar de Daniel, con piernas como columnas de mármol; o hablar de Benjamín, imponente como ejércitos en orden. Únicamente en un maravilloso sueño podían hablar de Ruth, de Ezequiel, de Sara e Ismael; hablar de Elizabeth y de David, porque sesenta habían sido las reinas, ochenta las concubinas y las doncellas sin cuento. Pero no era un sueño: canjeaban amantes y amores como dos chicos juguetones cambian figuritas y travesuras. Se los veía felices.

–Levántate, hermosa mía –dijo el abuelo–, el tiempo de la canción ha venido.

Se pusieron de pie y anduvieron con pasos lentos y armónicos. Semejantes al gamo, leería años después. Se encontraron en mitad del patio.

–Las mandrágoras han dado olor –dijo la abuela, y apretó las manos del abuelo–, venga mi amado a su huerto y coma de su dulce fruto.

Se recostó sobre su hombro y dejó que la tomara de la cintura. Caminaron hacia el dormitorio. En ese instante fue como si despertáramos: recuperamos la palabra.

–¡Qué cosas lindas dicen los abuelos! –se maravilló el primo más pequeño.

–¡Cerrá la boca! –amonestó el tío más grande.

Y en orden, sin atropellarse, cada uno de los mayores armó la frase que justificara el estupor. Hablaron de locura senil, aconsejaron no hacerles caso, diagnosticaron arteriosclerosis, le echaron la culpa a los años o al vino. Como un rato antes los abuelos habían canjeado amores, ahora ellos canjeaban frases; pero al revés de los abuelos, no parecían felices. Dejamos que nuestros padres, nuestras tías y tíos se quedaran con las palabras y caminamos hacia la cámara en donde habían sido engendrados.

Los abuelos estaban echados sobre la vieja cama de bronce. Se los veía embriagados, hermosos como la luna y esclarecidos como el sol. Ella despeinada, la cabeza llena de rocío. El sonriendo, los labios como lirios que destilan mirra. Se habían abrazado con fuerza, dulces y alegres. Adivinamos el perfume del nardo y del azafrán, el de la caña aromática y el de la canela. Supimos que habían recuperado el gozo y supimos que aquello era el final de la fiesta. ■

VICENTE BATTISTA

Nació en Buenos Aires en 1940. Integró la redacción de la revista literaria *El escarabajo de oro* y fundó y dirigió junto a Mario Goloboff la revista de ficción y pensamiento crítico *Nuevos Aires*. Entre 1973 y 1984 vivió en Barcelona y en las Islas Canarias. Publicó seis libros de cuentos y cinco novelas. Obtuvo el primer premio Municipal de Literatura por *El final de la calle* (1990) y el Planeta de Argentina por *Sucesos Argentinos* (1995), novela que bajo el título: *Le tango de l'homme de paille* fue publicada en la colección Série Noire de Éditions Gallimard (Paris, 2000) Su novela *Siroco* fue editada por Éditions Le Mascaret (Lyon, 1993). Su libro de cuentos policiales, *La huella del crimen* (2007) lo adquirió la CONABIP, para distribuirlo en las bibliotecas públicas, y Edition Köln, de Colonia, lo está traduciendo al alemán para editarlo bajo el nombre de *Sie Werden Kommenn, Kriminalerzählungen aud Argentinien* (*Ellos vendrán, cuentos negros argentinos*). Desde hace seis años dicta talleres de narrativa en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires.

Moisés

Soledad Barruti

La tormenta ya pasó y a través de los postigos la luz del mediodía se deshace entre hilos dorados de polvo brillante. Es verano y hace calor, pero Julia se despertó sobresaltada como si hubiera abierto los ojos en medio de la noche helada. Apretó las muelas, se sujetó de las sábanas y una y otra vez giró la cara de izquierda a derecha sin detener la mirada, sin posarla sobre nada. Como un animal perdido, buscó sin buscar hasta que una brisa calurosa rodeó sus mejillas haciéndola aspirar su propio miedo. Se detuvo. Respiró. Disimuladamente orientó sus ojos hacia ahí: hacia el moisés. El canasto de mimbre, algodón y puntillas blancas parecía flotar a su lado.

Vacío. El moisés está vacío, se dijo. El bebé ya no estaba. No está, desapareció, se dijo. Pero cómo, cómo sucedió.

Se fue, escuchó Julia decir a alguien con su propia voz desde adentro suyo. Y sin pensarlo se paró. Sin pensarlo, porque de haberlo hecho, habría anticipado el dolor en el cuerpo. Un dolor lacerante, como si por dentro su cuerpo estuviera atravesado por cientos de filos. Pero no volvió a acostarse. Se quedó de pie quieta, muy quieta, encerrada entre su cama y la pared. Una mano sobre el vientre, la otra apoyada, sosteniendo su peso para no caer.

Cómo me dejaron sola, se pregunta con el aire entrecortado, el corazón asustado, los dedos apretados adentro de sus puños que resultan tan breves para contener la intensidad de su angustia atolondrada. Su cuerpo tembloroso, exhausto, abatido. Se tendrían que haber quedado, se lamenta hablándose entre susurros como si pretendiera consolarse aún sabiendo que ya es tarde.

No tendría que haber vuelto, se dice.

No podés quedarte más de dos días en la clínica, hay que volver a casa, le dijo su madre, que también agregó, estás pálida cuando termi-

nó de instalarla en la habitación que había preparado para ella y el bebé. ¿Te sentís bien? Porque estás pálida. Su madre repitió pálida y se dio vuelta para arropar al bebé que estaba acostado en el moisés y Julia se frotó las mejillas, la nariz, la frente, y sacando fuerzas de sus fuerzas más ocultas dijo: ¿Ves?: ya no estoy pálida y quiero estar sola. Julia, ni siquiera sabés amamantar, le dijo.

Finalmente, fue su padre quien sacó a su madre del brazo. Ya lo hablamos Susana, tiene dieciocho años, no es una nena, le explicó con esa voz un poco más honda, más rellena, que usaba cuando contenía la paciencia masticando las palabras. Vamos que quiere estar sola con su bebé, agregó guiñándole un ojo. Pero Julia no había pedido eso. Julia quería estar sola. Tan claro lo dijo que no entiende por qué su padre apuró los pasos y salió de su habitación hablando como siempre en ese tono que tapaba otras voces.

Sólo cuando recibió la noticia de su embarazo su padre pareció enmudecer. Ni siquiera le preguntó de quién era. Simplemente le dijo: lo imaginé. No con enojo, sino como si realmente lo hubiera estado esperando; incluso se podía adivinar algún dejo de ilusión resplandeciendo en su mirada. Esa tarde, en cambio, fue su madre quien habló. Porque sin dudas debió haber querido pensar en la tristeza, en la vergüenza, en el temor que podría sentir su hija embarazada y sola, pero no pudo disimular su alegría. Hace tanto tiempo que nosotros queremos tener otro bebé, le dijo.

Es cierto que no sabía, se dice y se da cuenta de que su madre debe estar por entrar para ayudarla a amamantar. Porque sus pechos están enormes, tiesos; inclementes, no interrumpen ese goteo ardiente que ya atravesó su corpiño, su remera; que derraman leche sobre el suelo y duelen; duelen aunque ella sólo apoye la punta de su dedo para que el líquido caiga. Como si le hubieran metido piedras adentro. Duelen incluso más que el abdomen que le fajaron para evitar que se le abra la herida de la cesárea.

Que no venga, ruega entonces Julia pensando en su madre. Porque si entrara, ¿qué le diría? ¿Se fue? ¿El bebé desapareció y yo no tengo nada que ver? No le creería. Y su padre, menos. Si desde que quedó embarazada sólo le da la razón como a los locos.

Julia está en el rincón hacia donde se dirige la claridad que entra por la ventana pero mira la pared y se tapa los oídos con las palmas de sus manos abiertas. El silencio afuera de sí misma, a su alrededor, es atemorizante. Como si alguien le hubiera disparado al cielo un único tiro.

Querría deshacer todo para empezar de nuevo sin volver el tiempo atrás. No es magia lo que desea: es el poder que, está segura, debería tener la desesperación cuando no hay paz en ningún lado. Pero no

sucede y Julia sigue oliendo la pintura fresca, pintura blanca, prístina, al igual que cada uno de los muebles que sus padres compraron. Blancos porque no sabemos qué va a ser, dijeron esa tarde que los eligieron. Cierra las piernitas, no muestra nada, había dicho el ecografista con una sonrisa, conmoviendo a su madre que sostuvo fuerte la mano de su padre mientras Julia se comía las uñas. Entonces, todo blanco. La ropa también. Los cajones están llenos de tela blanca de puro algodón formando batitas, enteritos, baberos, soquetes y pañuelitos.

Su habitación blanca la enceguece. Su habitación blanca y pequeña con su cama, su cómoda y su espejo hacia un costado; su mundo: tan estrecho y a la vez feroz como una boca abierta que le grita directo al oído provocándole el peor de los dolores: punzante, abrasivo, brutal, el dolor de su propio encierro.

Julia descubre su encierro y siente que no puede más y querría salir corriendo y por eso tira de las puntas de su pelo negro que cae, delgado, sobre sus hombros frágiles como alitas de pollo. Sus párpados tiemblan cerrados porque si los abriera podría estallar en lágrimas por su mirada verde, por su garganta, por su boca que se hincha a borbotones. Hasta que de repente, en un impulso que arremete contra sí misma, se dice: No puedo más. Y se da vuelta, y el broderie blanco le grita, la bata le grita, el mimbre le grita; el moisés vacío la aturde recordándole que tuvo un bebé que ya no está, que desapareció.

Julia parió con su bata azul acostada, anestesiada desde el cuello hasta la punta de los pies; su cuerpo muerto: no debía haber sentido nada. Pero el dolor estaba ahí, como un presentimiento y la sala de parto tenía la furia de un martillo o de un trueno que estallaba contra su sien. Hasta que escuchó el primer llanto. Compacto, como surgido de abajo del agua, generó un eco que retumbó a su alrededor. Y la partera exclamó: ya está. Salió todo bien. Luego, tal vez hubo un mínimo cruce de miradas entre ella y el bebé. Pero eso sólo lo sospecha. Lo que recuerda es que enseguida se lo llevaron lejos a recibir el calor de la incubadora y que por dos días apenas lo escuchó nombrar.

Hace unas horas volvieron a su casa. Era la mañana pero el cielo plomizo hacía intuir la noche. Llovía. Sus padres la ayudaron a acostarse y enseguida trajeron al bebé que llenó de su olor el resto de la habitación; un olor dulce y vaporoso como la leche.

Qué más, se pregunta toda revuelta por dentro pero dispuesta a comprender, a saber qué pasó. Si hace unas horas sus padres se lo pasaban uno al otro, exultantes.

Qué pasó, se pregunta Julia de frente a esa habitación que aúlla. Quiero estar sola, había dicho ella inesperadamente. Sola. Y sus padres acordaron irse. Pero a su lado persistía esa otra respiración, ese otro latido que también latía en su propio corazón, adentro de su cabeza. El

cuerpo del bebé hacía chirriar el mimbre, y no se dormía, no se dormía. Miraba para todos lados como queriendo descubrir aquello que lo rodeaba en ese preciso instante. Tenía los ojos muy negros, acechantes y brillosos, como los ojos de un gato por la noche. Sacudía los pies y las manos, gesticulaba. Todo en él resultaba incomprensible. De reojo lo miraba Julia pretendiendo ordenarle con la mirada que se durmiera. Hasta que en sus labios rosas el bebé dibujó algo que parecían besos pero que enseguida se volvieron palabras.

Ya está, le dijo el bebé moviendo los labios. Ya está. Vas a estar acá para siempre. Sin salida, le dijo el bebé una y otra vez sin parar, como si le estuviera echando una maldición. Entonces, Julia quiso levantarse pero no pudo: los puntos de su herida la devolvieron una y otra vez a la cama. Cosida al colchón. Ya está, insistió el bebé.

Sin más que hacer, hizo como le habían enseñado: apoyó su mano sobre la panza del bebé y la movió hacia los lados para que se durmiera y le cantó una canción con los labios cerrados, tensos. Una canción que se parecía también a un quejido.

Es la misma canción que canta ahora porque la música y los olores inducen los recuerdos. Pero en lugar de seguir pensando en el bebé, sin querer piensa en Lucas. Al igual que cada vez que lo recuerda: no volvió a llamarla desde que se enteró de que estaba embarazada; como si hubiera dejado de existir. Y siente que llora, sus ojos empiezan a llorar, sus lágrimas gordas mojan los dedos de sus pies y ella podría deshacerse en esas lágrimas ahora mismo. Llorar no soluciona nada, se dice. Un año entero de amor, recuerda Julia y ventila sus ojos devolviendo a su memoria el año en que Lucas fue su novio aunque nadie más lo supiera.

Entonces, ahora todo será cuestión de tiempo, se dice y adentro suyo vuelve a inflarse la ilusión como un globo que le desborda el corazón y llena su cuerpo de burbujas. Siente el alma que vuelve a posársele adentro; y en esos segundos de quietud respira y agradece la secreta esperanza que la colma, que la inunda por dentro hasta hacerla llorar pero no de tristeza sino de dicha.

Así, abrazando su propia fe como un tesoro, con su llanto suave y su sonrisa plácida, deja que sus pies la guíen hacia ese espacio vacío: un círculo de luz donde el suelo es tibio y ella puede rendirse, dejarse caer.

Julia no ve la puerta que se abre, apenas escucha su voz. La voz de ambos pero sobre todo la de su madre que la llama. Y queriendo levantarse apoya la mano sobre el suelo mojado por su propia leche que siguió fluyendo. Pero no puede y ambos se abalanzan hacia donde yace. ¿Qué pasó? ¿Qué hacés ahí tirada?, le preguntan intentando hacer que se levante, tironeando de un brazo cada uno. Estás

hirviendo de fiebre, Julia, grita su padre. Pero Julia no puede hablar, ni defenderse. El bebé, es lo único que atina a decir. El bebé se fue. ¿Qué decís? Si de acá lo estoy viendo, responde el padre. Está durmiendo como un angelito, dice señalando hacia el moisés; y la suelta para caminar hacia ahí. No, no te acerques, querría suplicarle ella pero ya es tarde. Siente el rugido de su padre, la furia, la impotencia. ¿Qué hiciste?, le pregunta sin mirarla, alzando al bebé. Su madre también se va de su lado, hacia el moisés.

Es cierto; pareciera que ahí está, se dice. Pero no. Su padre no se da cuenta de que abraza y besa y sacude a otro bebé. Uno con la boca abierta, los ojos empapados y rojizos, enormes; los mocos líquidos pegoteándole los labios, el cuerpo inmóvil y oscuro. Qué hiciste, exclaman su padre, su madre. Los dos a la vez: Qué hiciste, le gritan y se alejan corriendo con el otro bebé envuelto entre las sábanas.

Y Julia se queda sola.

Boca arriba agradece el silencio, respira el aire vacío que emerge del espacio roto y sigue recordando. Recuerda su mano sobre la panza blanda del bebé que seguía sin dormirse. Ya está, le decía. Ya está. No tenés cómo escaparte. Por eso su mano fue tensándose, tensándose hasta que subió rígida como una garra de la panza mullida y redonda de su bebé hacia su cara. Julia apoyó la palma de la mano con toda la suavidad de la que fue capaz e intentó cerrarle los ojos. Pero no pudo porque el bebé empezó a llorar. Entonces le tapó la boca con firmeza y siguió cantándole su canción de cuna. Hasta que se quedó quieto. Hasta que se durmió y ya no dijo nada.

Fue entonces que se escabulló. Sin que nadie lo viera, entre los hilos de luz, como el polvo brillante que se filtra a través de los postigos.

Recién entonces ella dejó de cantar. ■

SOLEDAD BARRUTI

Nació en Buenos Aires en 1981. Es periodista y colabora regularmente en el suplemento *Radar* de *Página/12*, además de publicar en diferentes medios gráficos. Asistió al taller de narrativa de Sandra Russo y al de Guillermo Saccomanno. Tiene terminada su primera novela, *El sabor de Dios*.

Cientos de mails

Ariel Bermani

La primera imagen que vuelve cuando me acuerdo de ella es, para qué negarlo, su culo. Además fue lo primero que vi cuando entré al aula, acompañado por la mujer que iba a presentarme. La vi a ella, a Valeria, de espaldas, buscando algo que seguramente se le había caído, el culo parado, moviendo las manos por el piso. Enseguida se levantó y me miró a los ojos –tenía ojos verdes– y supe, necesito ser sincero, que iba a terminar haciendo cualquier cosa para tener ese culo a mi disposición. Redondo, parado, carnoso. Duro. Así lo adiviné. El jean lo apretaba. Se notaba claramente que el elástico de la bombacha se le había metido en la carne. Hice un gran esfuerzo para pensar en otra cosa.

La mujer que me llevó me dejó a cargo del curso. Yo los había estado observando mientras ella hablaba. Eran unos veinte, la mayoría mujeres, grandes –de cincuenta para arriba–, los jóvenes eran, creo, sólo tres. Dos pibes con aspecto de estar saliendo del secundario y Valeria. Enseguida supe su nombre. Hice que se presentaran y fui olvidando todo lo que decían hasta que ella habló. “Soy Valeria”, dijo, “egresada de Letras, en Lomas, vengo al taller porque quiero conocer nuevos autores”. Cuando la escuché tuve que cruzarme de piernas –apretar fuerte las piernas– para disimular una bruta erección. Me quedé unos segundos en silencio. No sabía cómo empezar, por dónde. Ellos estaban leyendo a García Lorca y yo les había llevado, para romper el hielo –como se dice habitualmente– poemas de Gambarotta. Les leí dos. Se quedaron con la boca abierta. Incluso ella, Valeria, que, era evidente, estaba ahí por aburrimiento, porque no soportaría llegar temprano a su casa. Desentonaba, en ese curso. En todos los aspectos, empezando por el aspecto físico.

Gambarotta los desconcertó. No lograban imaginarse que la poesía podía tener esos colores, esos matices, ese lenguaje. Cuando les leí el

poema para Kojak –no hay, no habrá, no va a haber, mejor serie que Kojak– me miraron casi con lástima. Pero comprendí que una luz, chiquita, de 25 wats, acababa de encenderse. Valeria sonrió. Escuchó el poema y sonrió. Se pasó la mano por el pelo. La miré, agradecido.

Esa clase era la última antes de las dos semanas de vacaciones de invierno. Hicimos circular los mails. Los comprometí para que consiguieran el libro de cuentos de Samanta Schweblin.

Unos días después recibí el primer mail de ella. Digo el primer mail porque fueron, en definitiva, al cabo de tres o cuatro meses, cerca de quinientos. Cuatro meses, entre agosto y noviembre. En su mail me decía: "Buenos días, Ariel. Te molesto para consultarte sobre el libro de Schweblin. ¿Dónde puedo conseguirlo? Saludos, Valeria (la chica que había perdido la birome cuando vos llegaste)". Ese breve texto tuvo un efecto devastador para mí. Me quedé leyéndolo durante varios minutos, no podía parar de leerlo. Trataba de encontrar un mensaje oculto, saber qué estaba diciéndome, qué insinuaba. Traté de decodificar palabra por palabra, letra por letra, incluso. Ese "buenos días", ¿qué significaba? Cuando hacía referencia a la birome, ¿estaba dándome a entender que se dio cuenta que le miré el culo apenas entré al aula? Estuve cerca de cuarenta minutos redactando mi respuesta. Ahora que me detengo en esto me doy cuenta que me dejé llevar por la pasión. Le sugerí lugares posibles para conseguir el libro, librerías del centro, y le puse que, ya que iba al centro, me visitara en la biblioteca donde yo trabajaba en ese momento. Le pasé la dirección y mis horarios. Ese mismo día me respondió. Era un mail corto. Decía que no tenía tiempo para visitar a nadie y que nunca iba al centro. Eso era todo. Pero me llenó de esperanzas su despedida. No puso "saludos, Valeria", puso "un beso, Valeria". Era un cambio. Y ese pequeño gesto, mandarme un beso, me mantuvo feliz por varias horas. Pero enseguida comprendí que algo tenía que escribirle. Algo que permitiera avanzar un poco. Le propuse prestarle mi ejemplar del libro de Schweblin. Encontrarme con ella en Adrogué y darle el ejemplar, para que no tuviera que viajar al centro. Y cerré el mail de una manera arriesgada, así: "muchos besos, Ariel". Habíamos avanzado, de los saludos al beso y a los "muchos besos". Pero ella no respondió, al menos durante cuatro días. Su respuesta llegó cuando yo estaba totalmente desanimado. Escribió: "gracias por ofrecerme el libro, sos un dulce, pero mi marido fue al centro y ya lo compró. Nos vemos cuando terminen las vacaciones. Besos, Vale". Ahora todo había cambiado. Tenía marido. Primer punto en contra. Pero me mandó "besos" y puso que soy un dulce. Dos puntos a favor. El hecho de que fuera casada no complicaba las cosas, después de todo yo también estaba casado, o prácticamente casado, vivía con una mujer.

El mismo día en que me contó que ya tenía el libro me mandó otros dos mails. En uno hacía comentarios sobre el libro y también me conta-

ba que le había gustado mucho lo que les leí de Gambarotta. En el otro me contaba que su hija mayor estaba con fiebre y que eso la tenía preocupada y que había faltado al colegio “doy clases en varios colegios” –escribió–, por eso pudo avanzar con la lectura.

Nos vimos el martes siguiente. En realidad, no sólo a ella la ví, estaban todos, pero a mí me costaba registrarlos. Hablé mucho, casi sin hacer pausas para respirar y sin darle lugar a nadie. Ella me miraba fijo y eso me daba impulso para seguir. Traté de ser gracioso, pero serio a la vez, punzante, cálido. Había mucho en juego. Tenía dos horas para impresionarla.

A la salida fue la primera en irse, pero esa misma noche me escribió. Un mail largo. Me contaba de su vida en los colegios, lo difícil que era que los chicos leyeran. Me puso, también, que le había encantado la clase. Y repitió eso de que soy un dulce. El canal de comunicación estaba abierto. Durante esa semana nos mandamos cuatro o cinco mails por día. Cada mail se cerraba con la frase “muchos besos”, “miles de besos” o –un hallazgo de ella– “cantidades industriales de besos”. Pasamos de las quejas por lo poco que se lee a lo duro que resulta convivir con alguien, a lo difícil que es criar a los hijos y -ese fui yo–, a lo lindo que sería, alguna vez, tomar una cerveza juntos. Una cerveza bien fría. Con maníes y papitas. En un bar alejado del centro de Adrogué. Ella misma propuso el bar.

En Lomas, un sábado a la tarde, nos encontramos. En la estación. Y caminamos rápido hasta el bar, pedimos la primera cerveza y yo me senté cerquita de ella, las sillas pegadas. Mientras tomábamos empecé a tocarle la cara, dejé vagar mis dedos por su cara y ví como sus ojos se cerraban. Me acerqué más, quise besarla pero no me dejó. “Por favor”, me dijo. “Qué”, le pregunte. “Por favor”, volvió a decir.

Durante los días que siguieron los mails se multiplicaron, se volvieron incontrolables. Nos escribíamos todo el tiempo. Yo le escribía desde el trabajo, desde casa, desde los locutorios. A veces salía de uno y entraba en otro, ansioso por ver si en esos cinco minutos que habían pasado ella había contestado. Todos mis correos estaban dirigidos a un único objetivo: volver a vernos, a solas. Ella respondía que soñaba conmigo, con mi cuerpo, que le costaba concentrarse cuando yo hablaba, en el taller, porque me imagina desnudo. Yo le confesé lo primero que me impresionó al entrar al curso la primera vez. Puso muchos signos de admiración cuando me respondió ese mail. “Que zarpado!!!!!”, así lo escribió. Pero a pesar de tantos besos que nos mandábamos los besos reales nunca llegaban. Seguíamos viéndonos los martes y ella, durante la clase, se comportaba como una alumna ejemplar, fría, inteligente, sin hacer un solo gesto que delatara nuestro acercamiento. Después de la clase desaparecía sin que yo me diera cuenta. Me acuerdo que una tarde traté de no perderla de vista, la ví salir, me apuré hasta alcanzar-

la, le toqué un hombro y se dio vuelta para mirarme con cara de pánico. “Que no nos vean, por favor”, dijo y la dejé ir. Ese episodio fue largamente comentado en los siguientes mails.

Cuando pasaron casi dos meses de nuestras confesiones y promesas que nunca se concretaban, ella dejó de ir al taller. Faltó tres clases seguidas. Y no respondió ninguno de mis decenas de mails de esos días. Ya la había dado por perdida, pero un martes apareció, con un jean ajustado –creo que era el jean de la primera vez- una remera de estimulante escote, el pelo suelto. Me miró durante toda la clase y no se escapó cuando terminamos. Se quedó haciendo tiempo en el aula, esperando que todos se fueran. Yo también hice tiempo mientras la miraba sin disimular. Salimos juntos y me propuso alcanzarme con su coche hasta la estación de Burzaco. Yo podía tomar el tren ahí y a ella le quedaba cerca de la casa. Avanzamos en silencio, por la avenida Espora hasta que me animé y empecé a tocarle las piernas. Salió de la avenida, dobló en una calle oscura y estacionó. Traté de besarla y, como la primera vez, ella me respondió “por favor”. “No quiero”, dijo, después. “Acá no, me da vergüenza”. “¿Entonces dónde?”, pregunté. “En otro lado”. Me llevó a la estación y el beso de despedida me lo dio en la comisura de los labios. “Nos escribimos”, dijo y me bajé del coche.

Nos escribimos. Mucho. Más que antes. Creo que llegamos a los veinticinco mails por día. Planificamos el encuentro. Un sábado, en el centro. En un lugar elegido por mí. Íbamos a encontrarnos en Constitución, a las dos y media de la tarde. Cuando llegó el sábado se enfermó su hija menor. Al sábado siguiente a ella le salieron unos granos en la cara y no quería verme así. “Con estos granos horribles parezco un choclo”, escribió. Otro sábado cayó enfermo su marido. Una semana después, justo la misma mañana del día en que finalmente íbamos a vernos, ella empezó a menstruar.

El último martes de noviembre nos vimos por última vez. Cuando terminó la clase fuimos a comer pizza pero ella avisó que no podía quedarse, tenía que volver temprano a su casa. Me escribió unos cuantos mails, el miércoles, el jueves, incluso el viernes, pero no los contesté. Yo tenía en mi casilla de correo una carpeta donde almacenaba todos los correos que le mandaba y todos los que recibía de ella. La carpeta se llamaba “Vale” y estaba dividida así: “Vale envíos”, “Vale recibidos”. Borré todo, fue fácil. Marqué los mails, uno por uno, y apreté la tecla “delete”.

Recibí otros dos mails de ella, semanas después. Pero tampoco los contesté. Ni siquiera los leí. Los borré sin haberlos leído. Uno llevaba por título “Quiero verte el sábado” y el otro “Este sábado no puedo”. ■

ARIEL BERMANI

Nació en Buenos Aires, en 1967. Es narrador y poeta, dicta cursos y talleres de lectura y de escritura en diferentes instituciones. Publicó cuentos, artículos y poemas en numerosas revistas y participó de las antologías de cuentos *Buenos aires no duerme*, en 1997, *La selección argentina*, en 2000 y la *Antología de narrativa argentina siglo XXI*, en 2006. Publicó las novelas: *Leer y escribir* (segunda mención Premio Clarín 2003), Buenos Aires, 2006; Veneno (Premio Emecé) Buenos Aires, 2006 y *El amor es la más barata de las religiones*, Montevideo, 2009. Durante 2010 se publicarán su novela *Furgón*, su libro de poemas *Poesía casi completa* (1989-2009) y su libro de crónicas *Inochi wa takara. Quinteros japoneses en Florencio Varela.*

Todo por dos pesos

Pablo Toledo

El día en que, después de veinticinco años, me despidieron de la empresa, para Susy fue una señal del destino. "Pensá como los chinos, que a la crisis y a la oportunidad las escriben de la misma forma: es el momento perfecto para independizarse, fijate cómo les va a Marita y Néstor". En la cena les dijimos a los chicos que íbamos a empezar algo nuevo, y que durante unos meses habría que recortar gastos. Cuando nos acostamos ya teníamos elegida la ubicación, y Susy pensaba en cómo decorar el negocio. Nos fuimos unos días a Colonia, para descansar un poco y probar suerte en el casino, y a la vuelta nos pusimos en campaña.

Con la indemnización pagamos el adelanto de una cuatro por cuatro y empezamos a llenar el baúl con cajas de mercadería que después guardábamos en el garaje. Al principio llevábamos el inventario en un cuaderno, pero después le pedí a un amigo que me trajera de Miami una agenda electrónica como las de los vendedores de la empresa.

Susy lo tenía todo estudiado: había negocios parecidos en todas las cuadras, pero eran depósitos de porquerías con las cajas a medio abrir, mal iluminados y peor decorados, sin vendedores. "Hace falta un lugar bien puesto, con productos más distinguidos, vendedores atentos, que den ganas de entrar y quedarse". Con dos amigas del club y la arquitecta, que también iba al club, salían todas las tardes a "estudiar la competencia", y volvían con bolsas cargadas de "ideas".

Mientras tanto yo, en casa, hacía números en la computadora portátil que le había comprado al mismo amigo de la agenda electrónica. En la cancha de tenis o a la salida del cine comentaba las proyecciones de ganancias, y nuestros amigos decían que nos envidiaban el coraje, que si no fuera por los hijos, las cuotas de la hipoteca o el crédito del auto ellos harían lo mismo.

Cuando alquilamos el local y la arquitecta empezó junto con Susy a decorarlo, yo me dediqué a seleccionar personal. Buscábamos chicos universitarios, con buena presencia y disposición para aprender. Adapté unos tests de un manual de recursos humanos, hice una serie de entrevistas y, con el *team* armado, comenzamos las sesiones de entrenamiento para explicarles la filosofía del local, cómo tratar a los clientes y algunos *tips* de ventas.

Terminamos para la fecha en que la refacción debía haber estado lista, pero dos días antes de la inauguración Susy se peleó con la arquitecta y tuvimos que tomarnos otra semana para redistribuir las secciones. En la fiesta de apertura hubo un mago que sacaba de la galera flores artificiales y acróbatas que hacían malabares con los productos. Nuestros amigos aplaudían a rabiar.

Arrancamos bien: yo en la caja, la sonrisa de Susy en la puerta del local y los vendedores que cumplían al pie de la letra lo que les habíamos enseñado. La gente que paseaba por las góndolas parecía contenta y todos llevaban algo. Por la noche rotábamos los productos y renovábamos los carteles de las paredes. Las radios a pila y los relojes de pulsera, que vendíamos al costo, salían casi por docena, y siempre acompañados por cosas más baratas que nos dejaban un buen margen.

A pesar de eso, los números de la primera semana no alcanzaron ni por lejos las proyecciones de mis planillas. En la reunión de ventas hicimos algunos ejercicios de motivación y fijamos premios. Una amiga de Susy, coordinadora de un equipo de vendedoras de cosméticos, vino a darnos una mano.

La semana siguiente fue peor: había llegado el momento de liquidar las primeras comisiones y todos estaban descontentos con lo que les tocaba. Ellos sabían cómo era el trato y habían aceptado pero, como siempre, cuando las papas queman nadie se acuerda de que las cuentas siempre estuvieron claras y que las comisiones dependían sólo de ellos mismos. No había plata para repartir porque no habían vendido lo suficiente, pero que aceptaran eso era pedir demasiado. Fijamos un piso semanal, porque si en la empresa había aprendido algo era que en esas discusiones nunca falta el avivado que empieza a hablar de sindicatos y ahí sí que perdíamos como en la guerra.

Ajusté las previsiones, Susy afinó la vista para detectar los robos, cambiamos algunos vendedores por gente con más experiencia, renovamos el inventario. No cubríamos mi sueldo en la empresa pero nos quedaba parte de la indemnización hasta que las cosas despegasen. Susy no se acostumbraba a los ajustes: cada cambio generaba una pelea en la que ella me trataba de vulgar comerciante sin visión y yo le decía que con su sueño no llegábamos a fin de mes.

A los tres meses de abierto el local cumplimos veinticinco años de casados, y nos regalamos una semana en Miami. En temporada baja salía lo mismo que hubiéramos gastado en Punta del Este, y nos dimos el gusto: *discmans* para los chicos, un equipo de música para nuestra habitación, ropa para todos, zapatos y accesorios para Susy, y para mí un saco Armani de liquidación. Los *malls* eran el sueño de Susy hecho realidad, gente sofisticada dispuesta a gastar su dinero en productos accesibles. Ella recorría las tiendas extasiada, pero cada paso era para mí un martillazo en los clavos del féretro. Sonreía, compraba, quemaba dólares en un viaje que al fin me convenció de que en Buenos Aires no podríamos reconstruir nada de todo eso.

Regresamos para enfrentamos, mes tras mes, con los mismos problemas. Quedó para más adelante la parrilla nueva, y también la impermeabilización de la azotea. Después dejamos de pagar el seguro, nos atrasamos con las cuotas del club y del colegio de los chicos, le dijimos a la mucama que viniera sólo los jueves. Salíamos con nuestros amigos, porque la vida sin gustos no es vida, pero por suerte ellos también empezaban a sugerir restaurantes más baratos, menos salidas al cine, encontrarnos para ver una película en video y luego tomar un café.

Redujimos personal hasta que sólo quedó Susy en la puerta, yo en la caja y entre los estantes una chica nueva que pusimos en negro con sueldo fijo. Al primer cheque rebotado, los proveedores nos exigieron pago en efectivo. Despedimos a la vendedora, que nos mandó una carta documento; pagamos el arreglo extrajudicial de nuestros ahorros. Desde que le rebotaron la tarjeta de crédito en un shopping Susy evitó ir de compras con sus amigas.

En la empresa despidieron más gente y Mario, uno de los contadores, se ofreció a invertir en nuestro negocio parte de su indemnización. Para entonces debíamos dos meses de alquiler, cinco cuotas del colegio, demasiados pagos de la cuatro por cuatro y más impuestos de los que podíamos contar; ya no teníamos mucama y habíamos dado de baja los seguros y las reservas para las vacaciones. Los fines de semana, Susy llevaba cosas que sobraban en casa a ferias americanas para canjear por otras que pudiéramos disfrazar como regalos “vintage” para los cumpleaños. Invitamos a Mario y a su mujer a cenar, y hasta las tres de la mañana armamos planes para una nueva etapa del negocio, mucho más allá de nuestro sueño original.

Pero al día siguiente Mario, que estaba entusiasmado pero no comía vidrio, insistió en ver los libros. Mentí a dos frentes: a Susy le dije que no podíamos tener como socio a alguien que de entrada no confiaba en nosotros; a Mario le dije que lo habíamos pensado bien y que, para Susy, el proyecto era tan especial que le resultaba imposible compartirlo.

Si de algo sirven las frases hechas, acá tendría que decir que no se puede tapar al sol con un dedo por demasiado tiempo. Susy inventaba sonrisas para recibir a los clientes, disponía baratijas de la manera más digna posible, racionaba las últimas cajas del material de mejor calidad, pintaba mentiras de mil colores para sus amigas y hasta para mí, pero cuando bajábamos del colectivo de vuelta a casa (la concesionaria nos había embargado la cuatro por cuatro) y nos encontrábamos con que habían vuelto a llamar a los chicos a la tesorería del colegio, o que la mancha de humedad ya era una gotera que tampoco podríamos reparar, cuando nos encerrábamos en la habitación a dejar que el contestador filtrase los llamados, escondidos de todo y de todos, sin tener ya dónde escondernos de nosotros mismos, no nos quedaba ni el silencio.

Entre los mensajes del contestador, un día encontramos una invitación de Marita y Néstor; en realidad, un saludo de la mañana, otro de la noche y una invitación del día siguiente. Para la gente del club, Marita y Néstor eran la imagen del éxito: en el '92 habían dejado sus trabajos para montar un negocio que nadie entendía del todo pero que les permitía vivir de viaje, estar siempre al tanto de las mejores inversiones y ofrecer sus valijas a quien necesitara cosas de afuera. No era extraño que les sonaran los celulares y comenzaran a hablar en inglés con "unos socios de afuera". Justo ellos querían vernos a nosotros, justo en ese momento. Esa noche, por primera vez desde la vuelta de Miami, Susy y yo charlamos, reímos, hicimos el amor.

A la mañana siguiente devolví el llamado. Néstor atendió al cuarto timbrazo y me saludó por mi nombre antes de que yo dijese una palabra. Alguien nos había mencionado y con Marita se habían dado cuenta del tiempo que había pasado desde la última vez en que nos habíamos juntado los cuatro: quedamos en ir a comer un asado ese viernes a casa de ellos.

Ese día cerramos el local temprano para que Susy pudiera retocarse la tintura y maquillarse con tiempo. Yo saqué una de las botellas de vino bueno de la época de los regalos empresariales y me puse una camisa de mangas cortas y un pantalón claro que había comprado en Miami. Pedimos un radiotaxi para llegar quince minutos después de la hora en la que habíamos quedado.

Nos abrió la puerta Marita. Mientras ella y Susy se pasaban los últimos chismes y terminaban las ensaladas, fui a ayudar a Néstor con la parrilla. Me preguntó por el negocio y le dije que no nos podíamos quejar, que, como Marita y él habían dicho desde siempre, dar el salto para independizarse era lo mejor que nos podía haber pasado. Néstor se alegró por nosotros y, mientras daba vuelta la carne, me contó que ellos estaban por mandarse con un negocio nuevo. Si esto sale va a

ser grande, muy grande. Después su voz quedó ahogada por el chisporroteo de las achuras, y entre los dos preparamos la fuente para llevar a la mesa. Forcejeamos un poco con la puerta del patio, que tenían que cambiar desde hacía meses pero nunca encontraban el momento para hacer entrar a los albañiles, y encima sabés cómo son, te dicen dos días y después son dos semanas.

Durante la cena volvimos a ser los de antes: hablamos de las vacaciones, de nuevos modelos de celulares, del cumpleaños de quince de Luciana Gentile y del bar mitzvah del hijo de los Goldman, de las próximas elecciones para la comisión del club. En un momento sonó el teléfono y los dueños de casa se sobresaltaron. Néstor miró el número en el identificador de llamadas, y bajó el volumen del contestador mientras se disculpaba por no haber desconectado el teléfono durante la cena, al tiempo que Marita explicaba que si había algo que ella detestara eran las interrupciones a la hora de la cena, más si había visitas.

Cuando Marita y Susy fueron a buscar el café y las masitas que habíamos llevado, Néstor volvió a mencionar el negocio. Con la vista fija en la copa semivacía de vino empezó a explicarme gambetas financieras con tasas de interés, costos de importación, subsidios a la industria, arreglos aduaneros, hipotecas en Miami contra plazos fijos en Buenos Aires que rendían en cuentas uruguayas: tenían todo listo, pero estaban con algunos problemas de caja para arrancar. Desde la cocina llegaban las risas de las mujeres: Marita le mostraba a Susy fotos de la vez que habían hecho un crucero por el Caribe. Las risas de Marita sonaban a carcajadas; al darme vuelta vi cómo Néstor se mordía los labios, respiraba hondo y levantaba la mirada por un instante hacia mí para volver a concentrarse en su copa. Y entonces supe que nunca arreglarían la puerta del fondo, que no habría otro crucero, que el otro día, antes de responder mi llamado, Néstor también había verificado el número.

El tono en el que me hablaba lo había escuchado mil veces en los deudores que venían a mi oficina. En la empresa lo llamábamos “el ajedrez”, cuando veíamos las próximas cinco jugadas y no nos quedaba otra que esperar que dijeran lo que habían venido a decir para que nosotros les contestáramos lo único que podíamos contestarles. Néstor hizo su pedido y yo inventé una excusa, los dos lo sabíamos, tan poco creíble como ese negocio fantástico. Marita y Susy entraron con el café, y cambiamos de tema. Apenas terminé el pocillo fingí cansancio y, contra las protestas de Susy de que me estaba convirtiendo en un viejo aburrido, anuncié que nos íbamos.

Nos despedimos en la vereda; yo dije que teníamos la camioneta estacionada a la vuelta. Antes de cerrar la puerta Néstor me dijo que lo pensara, que si cambiaba de idea había tiempo, y le dije que cualquier

cosa lo llamaba. En la esquina Susy me preguntó de qué habíamos hablado y le dije algo de un torneo de tenis. Mientras caminábamos hacia una avenida para buscar un taxi ella me describía las fotos del crucero, que ya tenían tres años, y me contó que habían tardado porque la cafetera espresso se les había roto la semana anterior y habían tenido que hacer café de filtro.

Conocíamos el barrio de haber ido en auto, pero recorrerlo a pie era otra cosa. Empezaba a hacer frío, y cruzábamos una calle vacía tras otra sin rastros de la avenida. Había luces en las casas pero nadie en las veredas, ningún kiosco abierto en donde pedir indicaciones ni policías a los que molestar. Susy, que hacía ya varias cuadras que estaba en silencio, detuvo su taconeo y me miró directo a los ojos, como cuando éramos novios, como cuando nos enteramos del primer embarazo, como cuando le dije que me habían echado de la empresa. "Nos perdimos, ¿no?". ■

PABLO TOLEDO

Nació en Buenos Aires en 1975. Es profesor de inglés graduado del Instituto Superior del Profesorado Joaquín V González (Buenos Aires), donde dicta la materia Literatura Británica II. Cursa la Carrera de Edición en la Universidad de Buenos Aires. Es colaborador del diario *The Buenos Aires Herald*, en la sección de *Educación*. Ha publicado cuentos en antologías de autores jóvenes del Centro Cultural San Martín: *Al cerebro mágico lo inventaron los porteños*, en *...y otros cuentos*, 1995; del Centro Cultural Rojas: *Profesor* en *La Iniciación*, 1998; en la Editorial Universitaria de Buenos Aires: *Algunas cosas que se rompieron* en *Más y mejores cuentos*, 2000; y *Las cosas los años* en *Nuevas narrativas*, 2002.

Su primer novela, *Se esconde tras los ojos*, 2000, obtuvo el Premio Clarín de Novela en el año 2000, otorgado por un jurado compuesto por Vlady Kociancich, Andrés Rivera y Augusto Roa Bastos.

Narrativa Cardinal Argentina

Este libro se terminó de imprimir en el mes de
Septiembre de 2010 en Cooperativa de Trabajo Artes Gráficas
el Sol Limitada, Av. Amancio Alcorta 2190, Pque. Patricios,
Ciudad de Buenos Aires.

PROVINCIA DE BUENOS AIRES
CIUDAD DE BUENOS AIRES

Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.

FUNDACIÓN
EXPORT AR
Ministerio de Relaciones Exteriores,
Comercio Internacional y Culto